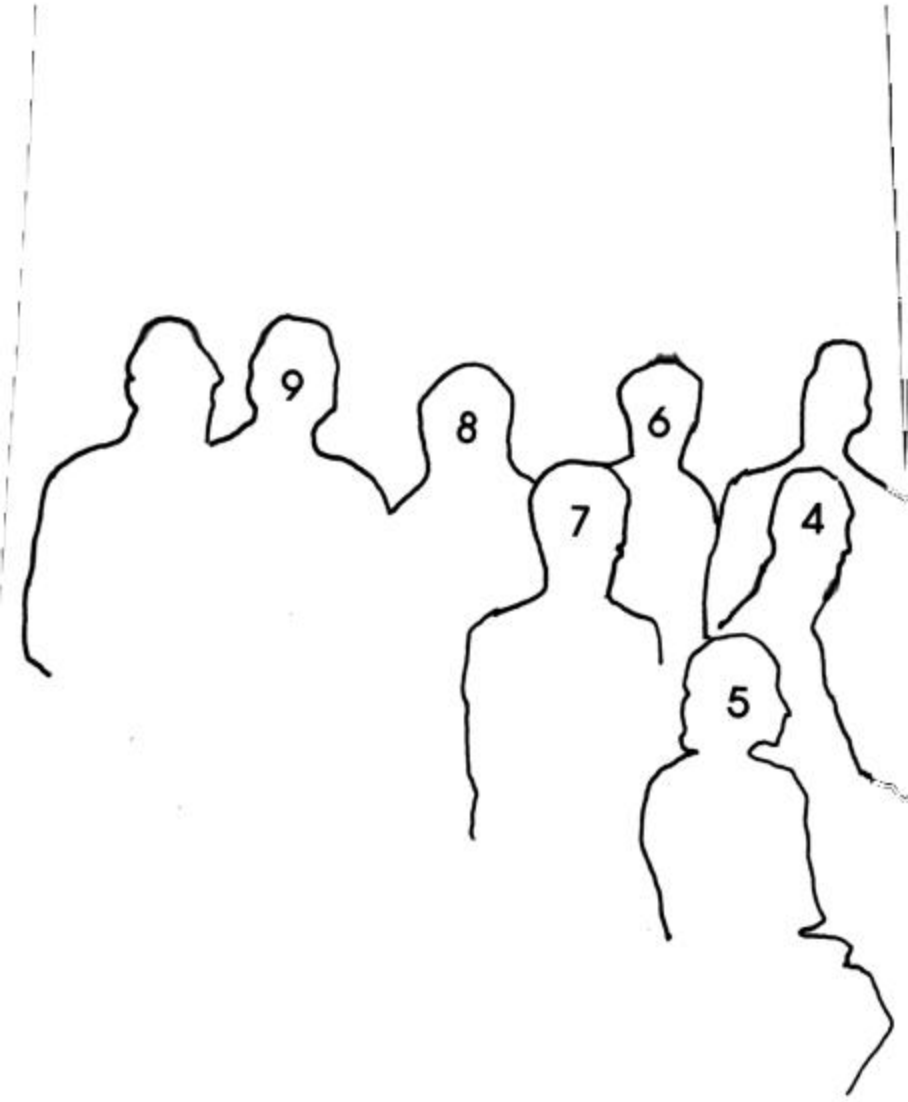
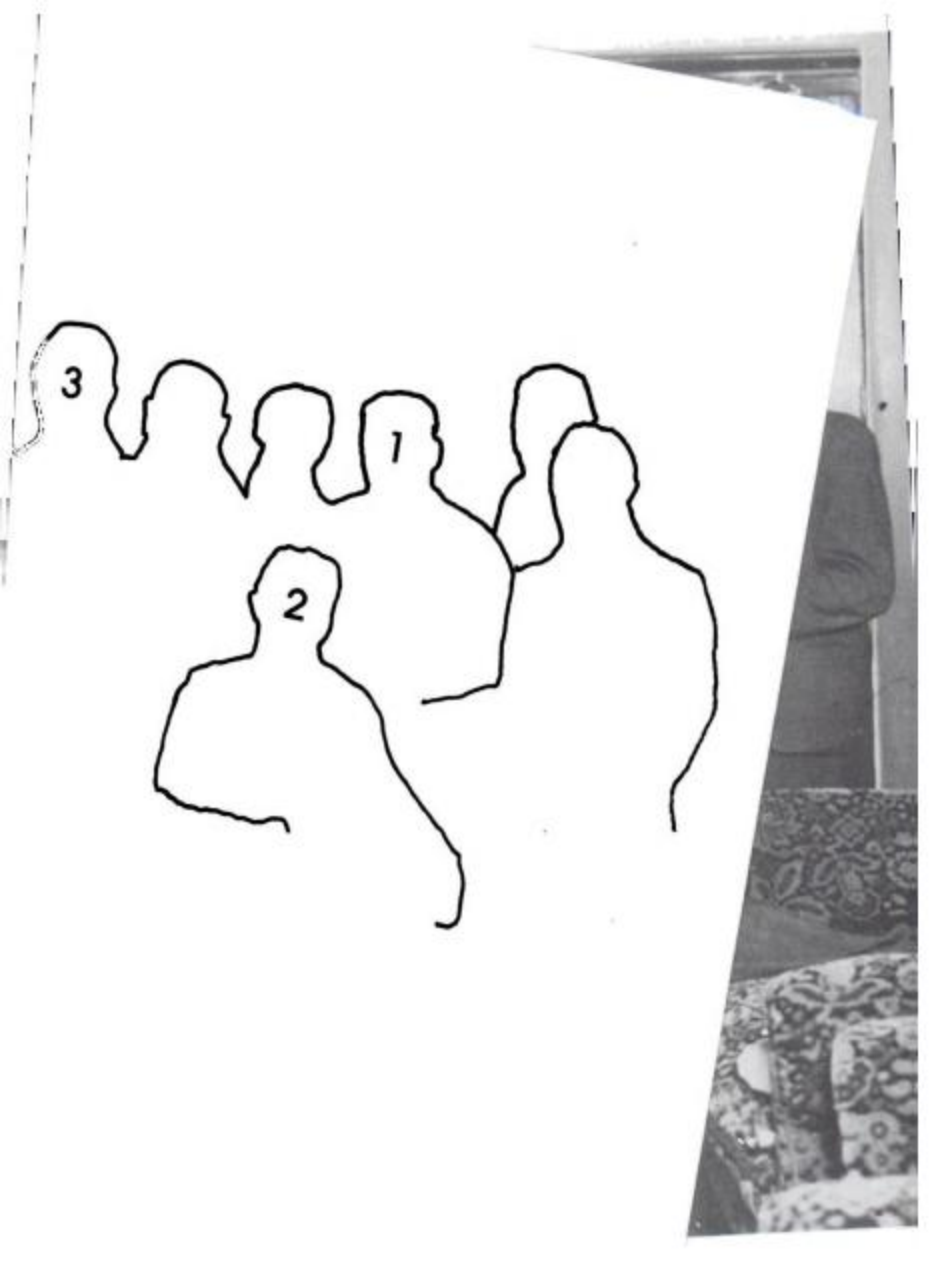
# MEMORIAS de ESPAÑA 1937

## ELENA GARRO

siglo veintiuno editores

# la creación literaria


9
8
6
7
4
5


3
1
2

elena garro

*

# memorias de españa 1937

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

**siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.**
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

**siglo veintiuno de españa editores, s.a.**
CALLE PLAZA 5, 28043 MADRID, ESPAÑA

portada de germán montalvo
edición al cuidado de pangea editores, s.a. de c.v.

primera edición, 1992
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 968-23-1827-0

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico / printed and made in mexico

# 1

Yo nunca había oído hablar de Karl Marx. En casa y en la Facultad de Filosofía y Letras estudiábamos a los griegos, a los romanos, a los franceses, a los románticos alemanes, a los clásicos españoles, a los mexicanos, pero a Marx, ¡no! El latín era obligatorio, así como las raíces griegas; era una educación muy diferente a la de ahora.

México era entonces una ciudad de dos millones de habitantes, llena de parques, árboles, iglesias barrocas, palacios coloniales y edificios modernos. La ciudad era barrida por el viento de la serranía del Ajusco, cuyos árboles minúsculos veíamos desde nuestros balcones. El cielo era alto, azul y sus crepúsculos espectaculares. Éramos veinte millones de mexicanos distribuidos en todo el país. Veinte millones de gente tranquila y como decía Salvador Novo, un gran poeta ilustre del grupo de los "Contemporáneos", "Veinte millones de mexicanos no pueden estar equivocados".

El grupo de los "Contemporáneos" reinstaló la cultura en México después de la Revolución y de la sangrienta Revolución cristera. Los "Contemporáneos" no eran políticos, sólo eran eruditos. Ellos nos enseñaron a T. S. Eliot, a André Gide, a Joyce, a Malraux, a Mallarmé. . . Xavier Villaurrutia, un poeta del grupo, abrió una tienda de arte en el pasaje de San Juan de Letrán, llamada Hipocampo. En ella se reunían, por las tardes, sus amigos los "Contemporáneos". La tienda era pequeña, con vitrinas en las que se exhibían libros escogidos y litografías. Xavier era

cortés, bajito, con una hermosa voz y escribía sus *Nocturnos* sin darse bombo, ni hacer ruido. Me propuso que yo pusiera en escena *Perséfona* de André Gide. Entonces yo era coreógrafa del Teatro Universitario, dirigido por Julio Bracho, y habíamos tenido un gran éxito en Bellas Artes.

Por esos días llegó a México la *Antología* de Gerardo Diego y el *Romancero gitano* de Federico García Lorca, que hicieron furor. Tambien llegaron Rafael Alberti y su mujer María Teresa León a dar unas conferencias en el Centro Asturiano. Se habló mucho de la belleza de la pareja y del libro de Rafael: *Sobre los ángeles*.

Fue Enrique Ramírez y Ramírez, un joven moreno, delgado, de grandes ojos negros, que llevaba zapatos y no usaba calcetines, quien me regaló en las Juventudes Socialistas, adonde me había llevado un amigo, una revista: *URSS in construction*, en cuya portada sonreía una joven rubia entre flores de manzano. No me asombró que Enrique no llevara calcetines ya que en México decimos: "Aquí se roban los calcetines sin quitarles los zapatos." Me asombró que las Juventudes ocuparan un cuarto destartalado en un viejo edificio colonial, y que sólo tuviera un escritorio amarillo y tres sillas. Esa misma tarde llegó a besar a Enrique Teresa Pomar, una joven vivaracha a la que llamaban "La Estufita" y que, según me dijeron, era la hija del secretario del Partido, Pomar.

Otro día, un amigo me sacó de clases para llevarme al oscurecer a una manifestación frente a Palacio Nacional. Entre la muchedumbre había una joven de pelo corto y cara de muchachito, que me acogió con gran cariño: se llamaba Ninfa Santos e iba acompañada de un señor de ojos azules: Ermilo Abreu Gómez, con quien se casó. A partir de esa noche, Ninfa y yo establecimos una amistad que ha durado medio siglo.

En aquellos días yo era menor de edad, en España

había una guerra civil y en México se daban de bofetadas en la calle los partidarios de uno y otro bando. Los mexicanos acudían a la embajada española para enrolarse en el ejército español. "Sí, sí, pero ¿en cuál bando?", preguntaban los funcionarios. "En cualquiera, lo que quiero es ir a matar gachupines", contestaban. Al menos eso se decía. . .

En Madrid se lo conté a Rafael Alberti y se echó a reír: "Esta chica, con esa vocecita sólo dice barbaridades." Yo sabía más que Rafael Alberti, porque venía de la H. Colonia Española. Le expliqué que un día del "Grito" en un pueblo del sur invitaron a mi hermano menor y a mi primo Boni a ser pajes de la reina y de la princesa de los festejos patrios, porque ambos eran muy bonitos. Ésa fue la única vez que mi familia estuvo sentada en el estrado de honor en medio de los militares revolucionarios. Mi hermana mayor, Deva, y yo, nos escapamos del estrado y nos metimos entre la multitud. Como éramos muy chicas sólo vimos un techo de sombreros. De pronto llegó el "Grito": "¡Viva México!". . . "¡Viva!", coreó la multitud. "¡Mueran los gachupines!". . . "¡Mueran!", contestaron, y mi hermana y yo huimos hasta el portón cerrado de la casa a esperar el regreso de los criados, ya que jamás regresarían mis padres. Volvieron y furiosos nos dijeron: "¡Habéis arruinado el Grito! ¿Dónde andabais? Los militares, la reina, la plaza entera se revolvió para buscaros. ¡Sois imposibles!"

Antes, en México, Octavio Paz había escrito un poema, "¡No pasarán!", y lo invitaron a un congreso de intelectuales antifascistas en Madrid. Pero Paz estaba en Yucatán y no se enteró de la invitación, ya que ésta salió en un rincón pequeño de un periódico. Hubo que mandarle telegramas. Él contestó dando instrucciones: debía ir a la LEAR, Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, a

decir que aceptaba y que volvía a México con rapidez. En la LEAR conocí a Olga Kostakovsky, una señora muy guapa, que luego supe que era la "compañera" de Chávez Morado. Se arregló todo en unos minutos y, antes de salir para España, Paz me presentó en la calle de Bolívar a ¡Juan de la Cabada!, que iba acompañado de la gran actriz de moda: Andrea Palma. Los dos nos invitaron a tomar un helado. Juan preparaba su novela *Los chicleros*, novela que perdió en un tren francés. Por charlar con los amigos se mudó de vagón y cuando quiso volver al suyo vio que ya lo habían cortado en una estación. Volvió con los amigos asombrado y gritando: "¡Se hizo chiquito el tren. . . se hizo chiquito!" Nunca recuperó esa novela que le había costado dos años de vida en la selva de Tabasco.

Se formaron dos grupos para ir a España: el de los invitados: Carlos Pellicer, Octavio Paz y José Mancisidor, y el de los espontáneos: Silvestre Revueltas, Juan de la Cabada, Fernando Gamboa, Chávez Morado y María Luisa Vera.

A los pocos días, nos citaron en el centro, nos subieron a una camioneta y emprendimos el viaje. Salimos rumbo a Estados Unidos. El grupo era tan variado, que en los impecables pueblos de Texas, donde las viejecitas llevaban faldas largas azules y cofias almidonadas y ocupaban lugares estratégicos para vender cestitos de cerezas, nos tomaban por un circo.

Juan de la Cabada distribuyó los papeles: Gamboa era el mánager, Susana Steel, su compañera, era la forzuda, Revueltas el gordo, Chávez Morado el payaso, Octavio Paz el galán joven, Mancisidor el domador, Juan el trapecista y yo la caballista. Para no llamar tanto la atención, escogíamos lugares solitarios y bien cuidados

para comer los sándwiches. "¡Qué precioso jardín!", "¡Qué bien cuidado!", estábamos diciendo, cuando se presentó un texano malhumorado para decirnos que estaba prohibido comer en los cementerios.

Por las noches buscaban los hoteles más inmundos para que no nos rechazaran por gente de color. A mí me parecía que exageraban su temor a los americanos. Cuando llegamos a Nueva York, nos reunimos con los Arenal, Verdecio, O'Gorman, todos casados con norteamericanas. Octavio, Pellicer, Mancisidor y yo debíamos embarcar en Canadá. Los demás buscarían barcos en Nueva York. Casi perdimos el tren para Canadá. Y en Quebec olvidamos el nombre del hotel en el que nos hospedábamos y no podíamos volver. ¡Por supuesto que yo tenía la culpa de estos enredos!

El viaje a España fue feliz. Yo, sin saber cómo ni por qué, iba a un Congreso de Intelectuales Antifascistas, aunque yo no era anti nada, ni intelectual tampoco, sólo era estudiante y coreógrafa universitaria. El barco inglés "Empress of Britain" era imponente y el capitán me mandó flores a la mesa, porque Nicolás Guillén y Juan Marinello hicieron correr la broma de que yo era una estrella rusa de ballet, que viajaba de incógnito. "La Pacecita tiene madera de artista", decía Juan Marinello, a quien yo, por majadera, llamaba Juan Martinelo, pues siempre hablaba de Martí. . .

El viaje de Cherburgo a París fue precioso. Yo nunca había visto campos de trigo salpicados de pequeñas amapolas rojas y la belleza del campo francés me hacía lanzar exclamaciones que irritaban a Paz.

En París, en los andenes de la estación, escuché que llamaban a Paz. Me asomé a la ventanilla y dije: "Éste es. . ." Un señor rubio, vestido de gris, muy elegante,

sonrió: "No. Buscamos a tu padre. . ." Era Louis Aragon, a quien acompañaban Alejo Carpentier, muy flaco y muy joven, Pita Rodríguez y otros, que contestaron: "Son unos niños. . ."

Yo sólo quería ver el Louvre, la Tour Saint Jacques, el Palais de Justice y la Tour de Nesle, y buen disgusto me llevé cuando supe que la habían demolido. Había terminado de leer a Alejandro Dumas y sabía que nunca encontraría a un escritor como él. El chofer francés me comprendió: corrió el techo del taxi y complacido me mostró los edificios, haciendo rodeos antes de llevarnos a la cena donde esperaban los escritores ocupados en Marx y ajenos a Alejandro Dumas. La cena era en una cueva enorme, había muchísimos comensales y todos se arrebataban la palabra, el vino corría a mares y me fijé que nadie comía, picaban apenas en el plato para seguir hablando.

Esa misma noche, después de los discursos y la cena, Pablo Neruda nos llevó a un hotelito lleno de chinches. Pasamos la noche sentados en dos sillas y amanecimos muy deprimidos. "¡Eres una burguesa, debes endurecerte!", opinó Paz. Yo había leído *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y esa noche comprobé su parecido con los tangos de Gardel. . . ¡Qué diferencia con Garcilaso! Juan Ramón escribió un artículo en el que decía: "La poesía lugonesca y nerudona. . ." A mí me gustaba Juan Ramón, y un tiempo después, cuando lo conocí en su casa de La Habana, me resultó incongruente su figura de Greco sentada en una mecedora tropical. Años más tarde don Luis Araquistáin me dijo: "Juan Ramón siempre fue un maniático. Tiene horror de la gente. Una tarde fui a su casa para pedirle una colaboración para *Leviatán* y una voz salió detrás de un biombo y dijo: 'Juan Ramón no está en casa', y el biombo cruzó el salón de puntillas y desapareció por una puerta. ¿Qué le parece, doña Elenita?". . . A mí me pareció muy bien.

# 2

Ese día, en París, Alejo Carpentier, que era muy flaco y usaba pantalón y saco sin chaleco, nos llevó a la Exposición Universal, en la plaza del Trocadero. A la entrada se encontraba la estatua de una pareja joven avanzando contra el viento sobre un pedestal muy alto. Era también el acceso al Pabellón Soviético, en donde había maquinaria aburrida y un mapa de Rusia hecho de jade, diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas y oro. El mapa era una joya deslumbradora. "Las joyas son para el pueblo", me dijo Alejo. "¡Ah, como en la Iglesia!", contesté. En un salón estaban los retratos pintados al óleo por Guerasimov, de todos los mariscales soviéticos. "Académicos, gusto staliniano", comentó Paz en voz baja, pero a mí me gustaron más que el *Guernica*, que estaba en el Pabellón Español y que me pareció hecho con recortes de periódico. Fue don Luis Araquistáin, que estaba de embajador en París, el que tuvo la idea de pedirle a Picasso, pagándolo por supuesto, un trabajo para la exposición. Pero ya don Luis había vuelto a España y en su lugar estaba Gordón Ordaz. Yo no sabía, pero en España había habido una crisis política y Largo Caballero y Araquistáin habían perdido el poder y en su lugar estaban Juan Negrín y Julio Álvarez del Vayo. La lucha en España era feroz, como lo era en esos días en la Unión Soviética, aunque yo ignoraba esas luchas y los escritores hablaban en voz baja y en clave de lo que sucedía en política.

Al oscurecer tomamos el tren para ir a España. Paz quiso dejar el equipaje en el hotel lleno de chinches y no anotamos ni el nombre ni la calle del hotel. "No llevamos ropa. Vamos a un país que sufre. . .", decretó. Y sólo cogí dos vestidos de hilo. A mí empezaban a hartarme tantas órdenes.

En el vagón nos encontramos con André Malraux, con los cabellos rubios y los ojos claros inquietantes; con André Chamson, con Nicolás Guillén, siempre muy alegre, con Mancisidor, con Marinello y con muchos otros.

Descubrimos que no había agua, ni luz. "¡Nos sabotean!", dijo Mancisidor. "¡Pobre Mancisidor!", comentaba Rafael Alberti con malicia, pues en el palacio de los duques de Heredia Spínola, de Madrid, adonde estaba instalada la Alianza de Intelectuales, encontró un manojo de cartas del duque hablando de un empleado suyo al que se refería siempre como el "pobre Mancisidor". . . "¿Ves tú? ¡Es famosísimo!", decía riendo en la biblioteca de aquel palacio magnífico.

Pasamos una noche de perros, sin dormir, sin agua, sucios y cansados. Realmente la revolución era fatigosa. Por la mañana, al llegar a la frontera española, los intelectuales se dividieron, y Malraux, acompañado de sus amigos, entró por una vereda en la montaña, mientras que nosotros tomamos un trenecito viejo, cruzamos un túnel y aparecimos en Port Bou. Allí una comisión oficial del pueblo nos llevó a la playa:

—¡Mírenla! Ahí la tienen, camaradas; una bomba con conciencia de clase. ¡No estalló!

Y nos mostraron una especie de huevo enorme de hierro que yacía sobre la arena. Los escritores comentaron emocionados aquella bomba con conciencia de clase y me miraron con ojos acusadores.

Tomamos el camino a Barcelona. Era impresionante la cantidad de automóviles chocados que había a lo largo del camino. Pregunté a qué se debían tantos accidentes: "Mira, camarada, es que los camaradas no sabían conducir y se lanzaban como locos sobre los automóviles y naturalmente sufrían accidentes." No supimos qué decir, ante semejante explicación. Por la tarde llegamos a Barcelona. Es difícil olvidar la impresión terrible que me hizo esa ciudad. Era como si una capa de plomo pesara sobre ella, plomo ardiente, pues además hacía mucho calor. Las ramas de los árboles estaban rotas y las calles casi desiertas. El ambiente era pesado, trágico, me dio miedo, nunca había visitado una ciudad como ésa. Nos hospedaron en el hotel Majestic, en el Paseo de Gracia. Me asomé a la ventana, no había tropas victoriosas, sólo un silencio tristísimo. Quise irme en seguida de España. "Me quiero ir a mi casa", le dije a Octavio Paz. Éste se indignó ante mi estupidez: "¡No sé por qué te traje!", dijo. Yo tampoco lo sabía, ni lo sé hasta el día de hoy.

Los intelectuales hablaban en voz baja del "POUM". ¿El "POUM"? Yo los conocí muy bien en México. Fueron a arreglar que Trotski se fuera para allá, tengo fotos de ellos, los Farel, Bartomeu Costa, Sanchís, Rebull. La cuñada de Diego Rivera, Cristina, los acompañó a la estación. "Allí los vimos el día que se fueron. . .", dije alborozada. "¡Embustera! Nunca conociste a los del POUM", me cortó Octavio, cuando me escuchó hablar de ellos, y me prohibió abrir la boca.

Los intelectuales hicieron como si no hubieran escuchado y continuaron hablando de otras cosas. Por la noche nos llevaron a la Plaza de la República, frente a la Telefónica.

—Aquí fue. . . sí, estuvo terrible. . . —confiaron mirando para todas partes, aunque la plaza estaba vacía. Yo me fijé bien en la Telefónica, pues allí trabajaba mi tío

Joaquín y muy temprano eché carrera para verlo. Entré, casi no había gente, pregunté por él y salió temeroso; al verme gritó: "¡Igual a Valentín!" Y me abrazó. Yo le pregunté: "¿Qué sucedió aquí?" Mi tío, muy cauteloso, me explicó en dos palabras: "Un tiroteo terrible con anarquistas. No lo comentes." No comenté nada. Me volví al hotel corriendo, pues me esperaban para salir a Valencia, sede del Congreso. En la carretera había también muchos coches volcados. "Los camaradas los incautaron y no sabían guiar", nos explicaron nuevamente Paco y Antonio, los choferes milicianos. Encontrábamos campesinos enlutados, que levantaban el puño y decían: "¡Salud, camaradas!" Otros levantaban las manos enlazadas y a Pellicer y a mí nos gustó más esto. Ignoraba que uno era el saludo comunista y el otro el saludo anarquista; y desde esa mañana, mi tío me había dicho que las ideologías estaban en pugna, aunque yo no tomé el caso muy en serio.

Hacia las tres de la tarde llegamos a Valencia. Hacía mucho calor, y nos llevaron a un casino en la playa, en donde Juan Negrín ofrecía una paella a los intelectuales. Entre tanta gente nos sentimos perdidos: éramos unos paletos, y el desorden era gigantesco. Un hombrecillo parecido a un duende gordo se me acercó acalorado: "¡Oye!, ¿has visto mi cigarro? Lo perdí, ayúdame a buscarlo debajo de las mesas." Los dos nos pusimos a cuatro patas. "¿Oye, tú quién eres?", me preguntó. "¡Nadie!", dije. "¡Muy bien! Yo soy Acario Cotapos, Acario Cotapos, músico chileno", repitió.

—¡Camarada Paz, te busca tu compañero! ¿Qué haces en el suelo? Soy Arturo Serrano Plaja —dijo un joven de nariz pronunciada y pantalón de hilo. "¡Aquí está mi cigarro!", interrumpió Acario Cotapos. . .

Serrano Plaja nos llevó a la apertura del Congreso. El local estaba abarrotado. Abajo, en el centro, habían colocado el estrado y allí estaba Juan Negrín. Entró un hombre intensamente pálido, con muletas y rostro muy hermoso, y José Bergamín anunció con su voz mesurada y ademanes elegantes a "Gustav Regler, herido en el frente. . ." El nombre levantó oleadas de aplausos. "Mira, ahí está la delegación soviética. Ése es Tolstoi", dijo Serrano Plaja, señalando a un hombrón rubio, de piel sonrosada, sentado junto a un hombre triste, de tez pálida y traje y cabello gris. "El otro es Ilya Ehrenburg", dijo Plaja con cautela. "Tuvo dificultades, ¿verdad?", preguntó Paz. "Están superadas", contestó Plaja. "Ya hablé con ellos y les dije que Trotski es un agitador magnífico", exclamó Pellicer con voz de trueno. Negrín había dicho unas palabras y Bergamín anunció a Tolstoi como el primer orador. Era difícil sumergirse de pronto en el enigmático lenguaje marxista; se diría que hablaban un idioma cifrado. Entendí que a Tolstoi no le gustaba Trotski, sobre todo cuando Pellicer exclamó: "¡Ahí le tienen, atacando al gran agitador. . .!"

Serrano Plaja nos mostró a Ludwig Renn, un hombre alto, flaco, de gafas, aire duro, rodeado de otros personajes, entre los que se encontraba Anna Seghers, con aire de institutriz bondadosa. A los dos los volví a ver en México. A ella la atropelló un automóvil y estuvo muy grave. A Gustav Regler también lo vi, llegó una noche al piso de Pablo Neruda, muy pálido y enfadado. Luego se instaló en Cuernavaca y a principios de los años sesenta murió en la India en un viaje de turismo. Supe que tuvo disgustos y dificultades: la frase "revolución permanente" dividió a los comunistas en varios bandos. En esos días acababa de pasar la segunda gran purga de Moscú y la vieja guardia comunista desaparecía rápidamente. Yo no estaba politizada, de manera que ignoraba ese dra-

ma: fue hasta 1938, en marzo, durante la tercera purga, cuando vi que Octavio Paz, a la hora del desayuno, exclamó con lágrimas: "¡Bujarin. . .! ¡No! ¡Bujarin, no!" "¿Quién es?", le pregunté. "¡Cómo preguntas eso! El ideólogo del partido, el autor del *ABC del comunismo*. . ." En el periódico leí que le habían dado un tiro en la nuca. Me quedé sin habla. ¿Quién podía entender esas cosas? Era dramático ser comunista. . . y peligroso.

# 3

Los españoles formaban las comisiones para atender a los intelectuales extranjeros y Manolo Altolaguirre, Arturo Serrano Plaja, Juan Gil Albert y otros andaban muy atareados. Faltaba Luis Cernuda. "En la sierra de Guadarrama leía a Virgilio, durante los primeros combates. Hizo mal. Don Álvaro de Albornoz le nombró canciller en la embajada en Polonia, para sacarlo de España, y en la estación perdió el portafolios con las claves", nos dijeron. Luis Cernuda se había vuelto invisible. No asistía al Congreso.

Esa tarde, después de la ceremonia de apertura, nos encontramos solos en la calle, cargando la maleta y provistos de un papel que nos dio Serrano Plaja, con una dirección: calle de la Paz número. . . último piso, en donde debíamos dormir. Pero no encontramos la calle y nos metimos a un café donde un chico muy rubio tocaba el piano y cantaba.

*A la entrada de Valencia*
*lo primero que se ve*
*son los cuatro enchufistas*
*que están tomando café.*

Era Herrera Petere. Cantaba muy bien y parecía un galán de cine, ¡de aquella época en la que no cualquiera podía ser galán! Petere dejó de cantar: "¿Sois los mexicanos? Pues daos prisa, la ciudad permanece a oscuras. . ."

Era imposible encontrar la calle; todas las gentes que nos cruzábamos eran de Málaga. . . La ciudad quedó a oscuras y pisábamos pozos sin fondo. Un miliciano nos echó la linterna sorda a la cara, le explicamos nuestro problema y compadecido nos llevó al portal del edificio y subió con nosotros al último piso. Nos encontramos en una especie de vestíbulo enorme, con piso de mármol, techo de vidrio como el de un invernadero y una columna en el centro. Al pie de la columna y sentada en una silla baja estaba una vieja enlutada. Alrededor del vestíbulo muchas puertas cerradas. La vieja al vernos empezó a gritar: "¡Ay Dios mío, Dios mío, más asesinos en mi casa!" El miliciano le ordenó: "¡Calla, abuela!" La vieja aumentó los alaridos y todas las puertas se abrieron al mismo tiempo y aparecieron hombres en camiseta que gritaron a coro: "¡Calle, abuela!" La abuela no calló.

El cuarto que nos reservó Serrano Plaja estaba ocupado por un hombre cuya ropa colgaba en una percha. Los hombres en camiseta ordenaron: "¡Hala, a dormir y si ése llega no abráis!" El cuarto era muy estrecho y la cama estaba usada por aquel desconocido: "¡No duermo!", dije. "¡Pequeñoburguesa!", contestó Paz. Nos pusimos la ropa de dormir y alguien golpeó con furia a la puerta. Paz se llevó un dedo a los labios en señal de silencio. Los golpes aumentaron: "¡Abran en nombre de la policía!", gritó un vozarrón que nos dejó pegados al suelo.

Abrimos. Tres milicianos jóvenes dijeron: "¡Papeles!" Vieron el pasaporte y se marcharon. Me senté en el borde de la cama a reflexionar: no me gustaba la guerra, echaba de menos mi casa, la Facultad y el baile. "Estos intelectuales ni bailan ni duermen", pensé. Un ruido infernal se desató sobre la ciudad, "¡buuuuu!", al mismo tiempo que una voz surgida de las tinieblas, una voz terrible, anunció: "¡Al refugio, al refugio, el peligro es

por aviación!", repitiendo la frase sin descanso. Por la ventana vi caer una lluvia de luces azules: "¡Es el fin del mundo!", grité, salí del cuarto y bajé las escaleras descalza, con las trenzas sobre la espalda y metida en un camisón de gasa lila muy escotado. Las mujeres bajaban abrochándose las blusas negras y tres de ellas me detuvieron en el portal: "¿Adónde vas desnuda?. . . ¡Desvergonzada!. . . ¡A esto vienen las inglesas!" Me sujetaron y subieron conmigo a la habitación, en donde encontramos a Paz amarrándose las alpargatas que habíamos comprado en Port Bou. "¡Cobarde!", dijo. Me vestí y alcanzamos la calle oscura por la que corría la gente. Llegamos a un refugio vigilado por cuatro milicianos armados, que anunciaron: "¡Completo!" Y la voz gigantesca continuaba ordenando: "¡Al refugio! ¡Al refugio!" Encontramos un sótano que nos aceptó. Era peor: había mosquitos, niños llorando, mujeres acurrucadas en el suelo y hombres maldiciendo: "¡Como caiga un bombón, tapa la entrada y nos quedamos aquí atrapados como ratas!" Una cantinela llenaba el refugio: "¡Hijos de puta!". . . "¡Hijos de puta!". . . Nunca volvimos a un refugio. Salimos de ahí a las nueve de la mañana, un calor húmedo cubría la ciudad desvelada, pasamos por el Café de la Paz, donde Vicente Sáenz, con traje de verano y camisa blanca, nos dio los "Buenos días". Paz estaba sucio y desmelenado, yo no quedaba atrás. A Vicente le habían dado un buen hotel. Le pedí que cambiara su cuarto por el nuestro y se negó; tampoco Pablo Neruda, que me llamaba "m'ijita", quiso hacernos el favor y odié a los dos "viejos egoístas".

—Chicos, perdonen. Andamos muy escasos de alojamientos y como sois los más jóvenes. . . — nos explicó Serrano Plaja—. Yo nunca he estado de acuerdo con que se dé lo peor a los jóvenes, creo que merecen lo mejor, pero no todos opinan como yo.

Serrano Plaja nos llevó a un hostal en el que las habitaciones estaban divididas por sábanas colgantes. El espectáculo me puso de mal humor: "¡Vístete como Dios manda! ¡Ponte corbata!", le dije a Paz. "¿Corbata? ¿Corbata? ¡Tú vas a provocar que me fusilen!", contestó Paz. Era una opinión. Vicente Huidobro, Julien Benda, André Chamson, Claude Avelin y hasta el mismo Ilya Ehrenburg usaban corbata. . .

Los intelectuales andaban atareados con el Congreso y las "ponencias". Yo, con el miedo. Manolo Altolaguirre, con los ojos canela clara y la sonrisa infantil, me aseguró: "Elenita, no te preocupes, yo también tengo muchísimo miedo. Mira, le estaba escribiendo a Conchilla para que volviera con Palomita, y justamente en el momento en que escribía: 'Conchilla, puedes venir; estoy mirando la cuna de Paloma y no sucede absolutamente nada', se produjo una explosión, desapareció la cuna y el cuarto y yo me quedé agarrado a una cornisa." ¡Claro que Conchilla y Palomita se quedaron en Londres!. . .

Y Manolo miró al cielo. Se comentaba mucho el misterio del matrimonio del poeta angelical Altolaguirre con la feroz campeona de natación Concha Méndez. . . A Manolo lo vi muchas veces durante muchos años, siempre acompañado de Juan de la Cabada, con quien trabó una amistad ejemplar. Los dos estaban siempre riendo, rodeados de amigos en la casa desordenada de la segunda mujer de Manolo, María Luisa Gómez Mena, una cubana pequeña, millonaria y febril. Lo vi unas semanas antes de matarse, en un accidente de automóvil, en España, con María Luisa. Los años no lo cambiaron, era el mismo Manolo, sonriente y alocado. Manolito nunca dejó de visitar a Conchilla en su casa de Coyoacán, dentro de la que crece un árbol frondoso y Concha ha abierto el

techo para que su copa salga al cielo. Allí, en un cuarto junto a la cocina, vivió Luis Cernuda mucho tiempo. Un día murió en ese cuarto de criados, como corresponde a los poetas. . . ¡Y terriblemente solo!

En el Congreso revoloteaba una chica rubia que llevaba una camisa de punto color miel con motas blancas exactamente igual a la mía. La chica tomaba fotos con rapidez y tenía el aire melancólico de un canario extraviado: se llamaba Gerda Tarro y me llamaba la atención no sólo su camisa, sino su nombre tan parecido al mío. Gerda y su marido, Robert Kapa, otro fotógrafo, formaban una pareja muy hermosa. Él tenía el cabello oscuro y los ojos vivaces de color violeta. Eran húngaros y a ambos los envolvía una aureola trágica, romántica, de aventureros jóvenes, bellos y enamorados. Cuando el Congreso se trasladó a Madrid, Gerda y Kapa aparecieron allí con sus cámaras al hombro. . .

## 4

Entramos a Madrid por la Alameda de Osuna, en un atardecer dorado y polvoriento. El paisaje era plano y el cielo alto; unos árboles melancólicos daban la entrada a la ciudad palaciega construida en piedra gris. Los choferes, Paco y Antonio, nos depositaron en la puerta del hotel Victoria, en la Plaza del Ángel. Cruzamos el enorme portón de madera que llevaba a un elegante vestíbulo de piedra en el que desembocaba una escalera que conducía a un enorme salón con ventanas a la Plaza Santa Ana. El salón hacía de comedor y lugar de reunión. Junto a un muro había un piano. . .

Nos tocó una habitación en el tercer piso, con mirador a la Plaza Santa Ana. Todos teníamos miedo. "No temas, en Madrid sólo caen obuses", me aseguró Manolo Altolaguirre. El hotel tenía cortinas negras y estaba prohibido encender la luz antes de correrlas. "Son un blanco para los rebeldes que están ahí. Además, está la Quinta Columna. . ." Eso de "Quinta Columna", me sonó a cuento fantástico. Luego supe que fue el general Mola quien inventó el término. Algún periodista le dijo: "No tiene usted sino cuatro columnas, general. . ." Y él contestó: "Tengo la 'Quinta Columna' en Madrid". . . Y la "Quinta Columna" alcanzó fama internacional, aunque nadie la vio nunca, ya que sólo de noche disparaba. . .

El Congreso se abrió en Madrid en el auditorio de la residencia estudiantil. Había muchas cámaras de cine y

Gerda y Kapa tomaban fotos a gran velocidad. La mañana era radiante y en el bar instalado en el patio del local se agolpaban durante los descansos los escritores, los fotógrafos y algunos ministros. Por ahí andaba Jesús Hernández, que no tenía cara de ministro de Educación, o al menos así me pareció. Vicente Huidobro estaba preocupado porque Pablo Neruda había prohibido dirigirle la palabra y, sólo de escuchar su nombre, Pablo vomitaba fuego. Huidobro era amable, de maneras fáciles y conversación brillante, pero era chileno y las rivalidades son terribles. Lo encontré varias veces paseando solo por Madrid. Conversaba mucho con Carlos Pellicer, que lo llamaba "el Gran Huidobro". . .

Al atardecer, José Mancisidor y Juan Marinello estaban tristes, se sentían discriminados porque no los habían nombrado presidentes de algo. Nicolás Guillén, en cambio, se paseaba risueño muy cerca de Alberti. Nicolás, de pantalón blanco, camisa blanca y sonrisa perenne, se sentía como pez en el agua. Nunca le sorprendí ningún gesto de mal humor. Pellicer continuaba elocuente, independiente y proclamándose católico a los cuatros vientos.

En la noche, los intelectuales se reunieron en los sótanos del hotel a discutir. Yo cabeceaba de sueño junto a una columna y escuché decir a Malraux, que estaba rodeado de un grupo pequeño: "Si el imbécil de Mancisidor lleva esa acusación contra Gide, me retiro del Congreso." Jef Last, el joven secretario de André Gide, que combatía en España, aprobó sus palabras. José Bergamín dijo algo en voz baja y yo no dije a nadie lo que había oído. Recordé que Gide había escrito un famoso librito, *Retour de l'URSS*, en el que criticaba al sistema soviético y entendí el porqué Mancisidor quería hacer una declaración en contra de él. Fue casi lo único que entendí en el Congreso. Miré a Jef Last, muy rubio y muy delgado,

en la penumbra del sótano, y recordé que alguien había cantado en la mañana:

*Y los molinos de Holanda*
*giran, giran sin cesar,*
*preguntando con el viento*
*dónde se encuentra Jef Last. . .*

Una señora vestida de negro, con el cabello cortado a "la garçon" y fumando en una boquilla larga, se me acercó. Su amabilidad me dejó aplastada. Era María Zambrano, la mejor discípula de Ortega y Gasset, después o antes que Julián Marías. Supe que había enojo con Ortega y que Bergamín le escribió una carta terrible a Victoria Ocampo, en cuya casa de Buenos Aires se alojaba el filósofo español. Ortega se había marchado de España y, hablando de la guerra civil, había dicho: "No es eso, no es eso. . ." Esperaba una guerra diferente.

A María Zambrano la vi muchas veces en España, en México y en París, en donde en alguna ocasión se alojó en mi casa. Recuerdo que cuando desayunaba en la cama decía: "Elenita, hoy amanecí muy cartesiana. . ." Ahora nadie la recuerda o sólo hablan de sus gatos. . . María me pareció siempre una pitonisa. En el café de Pont Royal, en París, cuando le presenté a Adolfo Bioy Casares, me enfadé con ella porque no le gustó "Ese señorito literato". En una ocasión me contó que unos días antes de la guerra española vio las calles de Madrid con grandes charcos de sangre. Le creí, pues posee el don de la adivinación. La encontré la última vez en París, en mi casa: estaba triste, pero guardaba su inteligencia y su voz elegante. . .

Los otros mexicanos seguían en Francia, tratando de llegar a España. Yo esperaba a Juan de la Cabada. Mancisidor me aseguraba: "Ya vienen, ya vienen. . ." Le pregun-

té: "¿Por qué no vino Gide?" "Rubita, en España no queremos traidores", contestó. Mancisidor estaba tomando notas para un libro: *Diario de una madre española*. Lo miré asombrada: "¿No sería mejor que fuera padre?", le pregunté. "No, rubita, el padre ya murió en la guerra", contestó. Yo le tenía mucho afecto a "Manci", como lo llamaba, pues durante el viaje a España y a Estados Unidos, siempre que había tenido un problema y se reunían para juzgar "mi conducta burguesa", él tomaba mi partido y él era el jefe de todos.

En el hotel Victoria apareció Juan Chabás, "el hombre más guapo de España". "¿No sabes que le quitó una amante al rey?", me preguntaron. Me quedé estupefacta. En mi casa había un retrato al óleo de Alfonso XIII, y cuando me tardaba en comer las lentejas, la chacha española me decía: "¡Come, que saca la mano el rey y te da una bofetada!" Juan Chabás era alegre, le gustaba reír, tenía los ojos claros, muchas canas y usaba botas altas. Más tarde, cuando volvimos a Madrid con el resto de la delegación mexicana, me divertía contarle las tonterías que decía un pintor mexicano de bigote largo y ademán trágico. Cuando Chávez se enteró me hicieron un "juicio" y Mancisidor me regañó, pero se puso de mi parte.

Por las mañanas desayunaba sola en el comedor del hotel Victoria. José Bergamín y André Malraux, dos "estrellas" fulgurantes del Congreso, ocupaban una mesa junto a una ventana. Eran amables y me invitaban. Una mañana Malraux me puso sobre la cabeza una peineta con tres esferas azules muy pequeñas y me llamó "Angelito". Me dejó anonadada. . . En el lado opuesto, en una mesa junto a la pared, estaban Tolstoi e Ilya Ehrenburg, fumando y observando aburridos a los demás. En las mesas del fondo estaban los corresponsales extranje-

ros fumando "Lucky Strike" y en Madrid había psicosis del tabaco.

"¡Tú, pequeña, que tienes tipo de yanki, pídeles cigarrillos!", me decía León Felipe, que había vuelto a España después de escribir "Good bye, Panamá". Yo no había leído el documento, pero se decía que era formidable. Al volver con los cigarrillos, León Felipe golpeaba el suelo con su cachava, se mesaba las barbas recortadas y repetía: "¡Ese sinvergüenza de Wenceslao me quiere matar!" Bertuca, su mujer, era alta, gruesa, de piel cetrina, labios apretados y cabello al rape. Era maestra de escuela, usaba trajes sastre y hablaba un inglés perfecto. Trataba de callar a León Felipe. "¡Pequeña, explícale a Bertuca que los españoles llevamos un hacha al hombro!" Yo trataba de explicárselo a Bertuca, pero ésta me decía: "¡Calla, mocosa!" Con León Felipe daba paseos; había sido actor y farmacéutico, y había inventado el "guacamole" en África.

Rafael Alberti nos llevó al frente instalado en la Ciudad Universitaria. Había que cruzar corriendo un tramo abierto en pleno llano para llegar a la Facultad de Letras, en donde estaban instalados los "rojos". El edificio estaba tan destrozado como los que lo rodeaban. Las ventanas tenían los vidrios rotos y algunos milicianos muy jóvenes, apostados al muro, sacaban las puntas de sus rifles para cazar a "los otros", instalados en una Facultad vecina. "Mira", dijo Rafael, y mostró con velocidad un hombro y una bala pasó zumbando. "No dirás que los españoles somos malos tiradores", comentó.

Aquella guerra de edificios me dejó deprimida. Los milicianos parecían muy cansados, hablaban en voz baja, para que no escucharan los "otros"; había botellas rotas tiradas en el suelo destrozado y algunos dormían a plena

luz. Se veían exhaustos, era un juego macabro aquel frente universitario. Salimos de allí antes del mediodía y no sentí ganas de volver nunca. Prefería el Paseo de Rosales. Paco y Antonio me habían conseguido un pase militar para visitar el barrio de Argüelles, que era zona de guerra, y mientras los intelectuales se reunían, yo bajaba por alguna calle abandonada, por la que corría el agua de las cañerías rotas hasta el paseo. Reinaba un silencio total, se escuchaba correr el agua dulcemente. Las fachadas de los edificios y de las casas estaban abiertas y se contemplaba su interior como si se hubieran quedado en cueros. La misma cocina, el mismo baño y las mismas habitaciones se repetían desde el primer piso hasta el último. Sobre el muro de un salón pequeño estaban tres fotografías de parejas de novios: los abuelos, los padres, los nietos. ¡Eran inquietantes! Casi tan inquietantes como el silencio o los kioskos y las sillas retorcidas que había en la soledad del Paseo de Rosales, en cuya orilla había una trinchera abierta y amueblada con tresillos desgarrados y polvorientos. "Un día te van a dar un morterazo", me dijo un miliciano que me dejó pasar a la zona de guerra. Lo que sí tiraban en cuanto yo aparecía eran tiros, pero yo corría a la trinchera abandonada y espiaba la arboleda espesa en la que estaban los franquistas casi al alcance de la mano. Invité a Paz, a Pellicer y a Chávez a visitar esa zona. Bajamos muy tranquilos hasta el Paseo de Rosales y allí nos recibió un tiroteo. Corrí a la trinchera y los otros me siguieron. "Ahora nos van a dar un morterazo", dije. Pellicer y Chávez estaban lívidos. Paz decía: "¡Esto es magnífico!" Corrimos a lo largo de la trinchera y salimos uno por uno en carrera desaforada, en medio de una lluvia de balas, hasta alcanzar una calle perpendicular al Paseo. "Me han enfermado del hígado. Nunca más aceptaré una invitación suya, niños heroicos", se quejó Pellicer, que estaba

disgustado. Pensé que habíamos visto un pedacito de guerra, ¿no habíamos venido para eso?

Con Paco y Antonio arreglé un viaje al Escorial, pues León Felipe tenía urgencia de verlo. Los choferes consiguieron la gasolina y cuando íbamos a subir al auto nos encontramos a Tolstoi y a Ehrenburg instalados en él. Hice un berrinche y Alberti me dijo: "¿Cómo te atreves a chillar así?" Pero Tolstoi y Ehrenburg bajaron del auto, me dieron un beso y nos fuimos al Escorial seguidos de un grupo enorme en el que iban Tolstoi y Ehrenburg.

En la celda de Felipe II León Felipe se detuvo largo rato. La Tumba de los Reyes era como el descenso al Hades. Al Escorial lo rodeaba un océano de piedra para defenderlo de los intrusos. Sus jardines solemnes y geométricos, y la silla de Felipe II rodeada de aquel mar de piedra encrespada, estaban cargados de silencio, y volvimos pensativos a Madrid. Sobre las fachadas de los edificios había cartelones gigantescos con una boca y un dedo sellándola: "¡Silencio!" Junto a él otro cartelón igual con una oreja enorme: "¡El enemigo escucha!" El Escorial ordenaba más silencio que aquellos cartelones, ya que los madrileños hablaban sin parar: "Están pasando tropas. . . Va a haber un 'fregao'." Por la noche un ruido como el de un temblor de tierra sacudió Madrid. Venía de lejos y parecía acercarse. Las sirenas de las ambulancias cruzaban las calles oscuras. "¡Es la batalla de Brunete!" Los intelectuales se sentaron en los escalones de piedra que llevaban al vestíbulo y esperaron a oscuras. El portón estaba cerrado, sólo faltaban los intelectuales que formaban la "Heroica Brigada de Cuenca", como llamaban al grupo de escritores encabezados por el anciano Julien Benda, que iban a dormir a esa ciudad por hallarla más segura. De pronto un grupo de hombres

enfurecidos golpeó el portón y entraron rifle en mano.

—¡Aquí hay un "carca" que hace señales al enemigo desde una ventana iluminada! ¡Van a bombardear el hotel!

—¿En qué piso está ese "quintacolumnista"? —preguntó Pablo Neruda, que ocupaba el primer escalón.

—¡En el tercero! —contestaron los hombres mirándonos con ojos llenos de chispas de ira.

—¡Es mi ventana! —grité y subí corriendo la escalera. Llegué a mi piso y apagué la luz. El hotel parecía vacío. Los ascensores no funcionaban, una sensación de horror me apretó la garganta. Bajé despacio para recobrar alientos y porque no hay que correr cuando de verdad se tiene miedo. Los milicianos me echaron una linterna a la cara:

—¡Es una chiquilla! —y se marcharon.

—No me hable, hijita, es usted una inconsciente. Pudieron matarnos a todos —me dijo Pablo Neruda.

Los demás rieron del incidente.

Pablo Neruda era muy bueno, pero nunca se lavaba las orejas y las traía llenas de cerilla. Yo no entendía esa costumbre. Se contaba que se había casado con una giganta holandesa y había tenido una hija que sufría de hidrocefalia y que él no quería verla, por eso había abandonado a la madre y a la hija. "Bueno, de cualquier manera esas criaturas no viven mucho, ya debe tener doce años y no va a tardar en morir", decían los entendidos en voz baja. Me preocupaba el porqué de ese matrimonio con la giganta holandesa. . . Él nunca dijo nada, era como si no existiera esa parte de su vida. Tal vez le daba miedo o timidez. O tal vez por eso siempre andaba un poco pasado de copas. . .

Sucedió una tragedia: Gerda Tarro, la jovencita parecida a un canario, murió en Brunete. Cuando las tropas se retiraban, ella saltó a un auto y un tanque la arrolló. Su viudo, Robert Kapa, estaba desolado. Muchos años después encontré en Azcona a una vieja húngara. Pronto

descubrimos que nos unían Gerda y Kapa. Ella los había conocido en Budapest cuando vivían un amor loco en una buhardilla. De ahí marcharon a París y luego a España. A Kapa lo vi en París, en México y en Nueva York, siempre con su trinchera arrugada y su aire suicida. Como Gerda, murió fotografiando otra batalla, en Indochina. Robert Kapa nunca volvió a casarse. . .

"El Campesino", el héroe de Brunete, se presentó en Madrid para asistir a un enorme mitin. Echó un discurso acalorado llamando a la defensa de Madrid. En un palco estaban Rafael Alberti, María Teresa León y Koltzov, el director de *Pravda*, el periódico soviético. Koltzov era de estatura media, joven, fornido y de cabello liso tirando a rubio. Tenía un curioso defecto en los dientes, lo que no le impedía sonreír continuamente. Nos llamaron al palco y Koltzov nos miró con amabilidad. "No hay que competir con los camaradas soviéticos, ellos han enviado tanques y nosotros sólo rifles, no se hagan notables. . .", nos habían recomendado los mexicanos. Y ante Koltzov, María Teresa y Alberti, permanecimos mudos. . .

El Congreso decidió volver a Valencia para terminar en Barcelona. Nos detuvimos en Peñíscola, para asistir a un banquete preparado para los congresistas. Yo estaba en una mesa de argentinos; de pronto González Tuñón se levantó de un salto y corrió hacia un automóvil sport, del que bajó Koltzov vestido con un traje de verano color canela. Un grupo de escritores lo rodeó solícito, pero Koltzov sólo estuvo unos minutos y desapareció en su automóvil. Se diría que buscaba a alguien. En las callecitas de Peñíscola, que subían hacia la cumbre en escalones de piedra blanca, Nicolás Guillén causó sensación entre los chiquillos que lo seguían en parvadas, mientras él reía satisfecho de su éxito. La comilona fue, como

siempre, pantagruélica. Yo ignoraba que el pueblo estaba racionado y que pasaba hambres severas.

En Minglanilla, en donde hubo otro banquetazo en la Alcaldía, nos rodearon las mujeres del pueblo para pedirnos que les diéramos algo de lo que iba a sobrar del banquete. Me quedé muy impresionada. Allí, a pesar de la prohibición de los compatriotas de hacernos notables, Stephen Spender y otros escritores nos invitaron a salir al balcón de la Alcaldía. Desde allí vi a las mujeres enlutadas y a los niños que pedían pan y me puse a llorar. Me sentí cansada y con ganas de estar en mi casa. Cuando apareció el libro de Stephen Spender, nos dedicó una línea que Paz leyó triunfante: "El guapo poeta Octavio Paz y su joven y bella mujer que en Minglanilla se puso histérica. . ." Nunca le perdoné la frase. Spender olvidó que, durante el banquete, Nordahl Greig pidió que se regalaran al pueblo las viandas espléndidas que estaban en la mesa. Sin ningún éxito. Tenía razón Pepe Bergamín cuando juntaba las manos, miraba al suelo y decía: "Hay que comportarse bien por los ingleses". . . Años más tarde, cuando en París Aldous Huxley me encontró encantadora, no dije una palabra. Había aprendido la lección. André Malraux era distinto, se permitía tener "tics" y los cubanos, los españoles, los alemanes también se exaltaban. . .

En Barcelona, Pablo Casals dio un concierto. Companys presidía en un palco y nos invitó a estar a su lado unos momentos. Era pálido, rubio y con una sonrisa extraña. . .

El Congreso se marchó a París y nosotros volvimos a Valencia, en donde encontramos a Miguel Hernández, a quien quise mucho. Se insistía mucho en que lo había educado un cura, de ahí su perfecto latín y su retórica.

No olvidaré jamás el corte de su cabello castaño, a cepillo, con un pequeño copete al frente, como peinaban a los niños, ni su voz de bajo profundo. Tampoco olvidaré cómo partía los melones con una navaja resortera que sacaba del bolsillo de su pantalón de pana. . . Tampoco olvidaré las fotos de Josefina, su mujer, que me mostró con orgullo: estaba recién casado y se ponía muy serio al hablar de Josefina. Lo volví a ver en invierno, en París, cuando estábamos allí con León Felipe y con Bertuca dedicados a jugar al "futbolito" en los cafés del barrio latino. Miguel volvía de la URSS y su rostro se había vuelto solemne, como si la experiencia soviética lo hubiese marcado. Lo asediamos a preguntas, que él esquivó, alegando que eran cosas muy serias para hablarlas a la ligera. Llevaba un traje de dril gris mal cortado, de mangas cortas y estrechas, y temblaba ligeramente de frío. Era un traje de pobre. Se nos ocurrió invitarlo al Folies Bergère y, cuando aparecían las chicas con los pechos desnudos, Miguel me cubría los ojos con la mano. "Estas cosas no las debe ver esta chica. . .", opinó.

En Valencia, cuando me escapaba a la playa, veía todos los días a un inglés tendido sobre una toalla blanca y con un bañador azul. Nadie se bañaba, sólo aquel solitario y yo. Los chiringuitos estaban cerrados y la playa desolada. No fue él quien me dirigió la palabra, fui yo: "¿Usted es inglés?" "No, soy español." "Pues tiene un color más bonito que el mío", dije. "Es que hace más tiempo que vengo a la playa", contestó. "Yo casi no puedo venir. Estoy casada con un poeta y a esa gente no le gusta el deporte. . .", dije. El joven rubio enrojeció aún más: "Yo también soy poeta, me llamo Luis Cernuda", dijo. Casi no supe qué decir, pero vi que era verdad que Concha Albornoz era su única amiga.

De París nos escribió Carlos Pellicer; estaba en una clínica haciéndose un tratamiento de hígado debido a los sustos que pasó durante el Congreso de Intelectuales Antifascistas en España. . .

Se fue Pellicer y llegaron los mexicanos rezagados: Juan de la Cabada, Fernando Gamboa y su compañera Susana Steel, Silvestre Revueltas y María Luisa Vera.

Supimos que Silvestre Revueltas no hizo alto ni en Barcelona, ni en Valencia, ni en Madrid, sino que fue directamente de la frontera al frente de la Ciudad Universitaria madrileña. Sin guía, y sin nadie que lo aconsejara, se metió corriendo en los llanos que separaban las diversas facultades y recibió una lluvia de balas "rojas" y "azules". Silvestre corría en todas direcciones para esquivarlas, agitaba los brazos y gritaba: "¿En dónde están mis camaradas?. . ." Alguien a voces le indicó una trinchera abierta y abandonada, y ahí corrió a esconderse hasta que oscureció. Los españoles dejaron de tirar, creyeron que el gordo de pantalón de mezclilla y en mangas de camisa era un loco. . . Así nos lo contó él mismo muy tranquilo. . . Juan de la Cabada se marchó a Valencia con los demás.

Barcelona sin el Congreso se convirtió en mítines y paseos por las Ramblas, la Telefónica, que continuaba siendo un centro de atracción y de la cual se hablaba siempre en voz baja. Yo estaba aburrida de ese edificio y de examinarlo, pero los demás señalaban las roturas en la piedra de la fachada y hablaban sin cesar de aquel combate que yo no terminaba de entender. En España nada era claro, todo se decía a medias palabras y a media voz, para los entendidos. Y se prohibía preguntar.

Nos acompañaba Lolita Cadenato, una joven rubia, de traje sastre color canela y a quien yo había visto acompañada de Koltzov. Me confesó que eran muy amigos.

También venía con nosotros Güell, un hombre bajo, un poco grueso, que hablaba el ruso como el español. Nos llevaron a visitar la catedral de Gaudí y las zanahorias y coliflores de sus torres me parecieron un Walt Disney de mal gusto y lo dije. "¡Si serás gansa!", me dijo Lolita y ya no pregunté por qué no tenía techo. Yo prefería Le Lion D'Or. Ahí se bebía vermouth y la gente se reía. Fue en otra visita a Barcelona cuando hubo un bombardeo terrible y ya no volví a ese café tan animado.

Por la noche, Lolita y Güell nos llevaron al Paralelo o Barrio Chino. Imaginaba algo parecido a Shangai, aunque sólo había visto esa ciudad en el cine. ¡No! El Barrio Chino eran unas callecitas mal trazadas con tiendas oscuras en las que se vendían objetos feos y amenazadores. Nos detuvieron unas mujeres: "¿Tenéis carnet?", nos preguntaron unas mujeres a Lolita y a mí. "No. . . ¿de qué?", pregunté. "De puta." "¿No sabes que están sindicalizadas?", dijo Güell, echándose a reír. . . Las noches eran tan oscuras que casi no podíamos volver al hotel. Tropezábamos con los árboles, nos perdíamos y al final muchas veces lloré de miedo.

A Paz lo invitaron a leer su poema "¡No pasarán!". Estábamos en un teatro de Barcelona en el escenario, y Paz leía; de pronto, cambió de color y se detuvo como si hubiera visto un fantasma. En primera fila un hombre joven, de piel rojiza, expresión angustiada y tricot muy viejo, lo miraba con una fijeza extraña. Paz recuperó el aliento y leyó el poema sin pronunciar el nombre de Juan Bosch, "el camarada muerto en el ardiente amanecer del mundo". Paz había escrito ese poema para Juan Bosch, el organizador de la huelga estudiantil más larga de México y a quien Paz le debía su iniciación en el marxismo y en la rebeldía. Escribió ese poema cuando se publicó en México que Juan Bosch, el agitador expulsado de México, había muerto en España.

Salimos de prisa del teatro. "Es él. . . es él. . .", tartamudeaba Paz. El "muerto" nos siguió hasta el hotel Majestic, lo vi esconderse tras unas cortinas gruesas que cubrían las ventanas del vestíbulo. Un camarero me hizo una seña para que fuera a mirar por la ventana y fui, mientras Paz hablaba con los delegados de una comisión.

"¿Eres su compañera?", me preguntó Juan Bosch en voz muy baja. Ante mi afirmación agregó: "Dile que me consiga un pasaporte en la embajada mexicana. . . Me andan cazando, cazando. . . Soy del POUM. . . No lo digas a nadie. . ." Estaba tan angustiado, que me contagió su congoja. Lo miré con pena, sabía que Paz no podría conseguir nada. Me cogió una mano y repitió: "Me andan cazando. . . Han matado a todos mis compañeros. . ." "¿Quiénes?", pregunté asustada. "Ellos. . . ellos. . . los comunistas. . ."

Sin querer me volví a ver el bar hundido en la penumbra, en donde un grupo de jóvenes altos, fuertes y alegres hablaban y bebían. Hacía unos minutos apenas que yo me había acercado a ellos para preguntarles: "¿Ustedes son rusos?". . . Se rieron y negaron con la cabeza. "¿Pues qué son?, ¿qué hacen aquí?" Uno se adelantó y dijo riendo: "Somos futbolistas. . ." Pero el camarero me dijo unos minutos después que eran rusos que acababan de llegar a España. Ahora, con Juan Bosch escondido detrás de la cortina, sentí una ira inexplicable: ¿por qué los rusos o los comunistas perseguían a otros comunistas?, ¿por qué Juan Bosch estaba en aquel estado infrahumano? No podía quedarme allí más tiempo. Le prometí pasar su recado. En adelante la sombra de Juan Bosch nos siguió por Barcelona. El POUM tenía muchos partidarios y no le era difícil meterse detrás de una cortina o de alguna puerta. Pero nadie le dio un pasaporte. Paz estaba muy angustiado, pero fue inútil que le preguntara por qué era tan grave ser del POUM.

## 5

El cónsul de México, Alejandro Gómez Maganda, nos hizo una comida y, como era de Guerrero, me pareció normal pedirle cigarrillos "Lucky Strike". Muy generoso, me regaló dos cartones. Quiso que nos tomaran fotos con él en el balcón del consulado. Se lamentaba del cariz sangriento que había tomado la guerra civil española. Claro que lo hizo con mucho tacto y sin tomar partido. Allí supe que en España había personajes soviéticos de primera magnitud dirigiendo la política y la guerra, pero no dijo los nombres, ésos los supe mucho después y me quedé más que sorprendida. Me aconsejó obediencia y prudencia. Alejandro siempre fue un gran amigo, como son los guerrerenses cuando ofrecen amistad.

Volvimos a Valencia en automóvil, acompañados de Lolita Cadenato y de Vicente Sáenz. Viajábamos con los faros apagados, para evitar sorpresas. Nos detuvimos varias veces en pueblos oscuros en busca de algo de comer. ¡No encontramos nada! En una taberna pedí exasperada un sándwich de lo que fuera. "¡No puedo darte nada! ¡Ni siquiera de perro!", me contestó el hombre malhumorado. "¿De perro? ¿Por qué?" "¡Porque me los he comido a todos!", gritó el hombre.

Al amanecer el Mediterráneo lucía en todo su esplendor. Era el mar más antiguo del mundo y parecía que acababa de nacer. Las playas tendidas, cubiertas de arena fina como oro molido. Era increíble que por ahí

hubieran navegado los griegos y los romanos. Nos bañamos en su agua tibia y seguimos el camino.

En Castellón de la Plana encontramos a Manolo Altolaguirre muy pálido, vagando por la plaza en busca de alguien que se llevara a "la primera actriz" a Valencia, pues se había puesto enferma. Su aparición me maravilló. No lo olvidaré nunca esa mañana caminando a pasos muy cortos a pesar de su gran estatura y con las puntas de los pies ligeramente hacia adentro, lo que le daba un encanto infantil muy singular. Paz encontró la fórmula: yo me quedaría en Castellón y en mi lugar iría la "primera actriz". Manolito aprobó la solución: "¡Qué bien Elenita, qué bien, podremos charlar dos o tres días, mientras encontramos a alguien que nos lleve. Aquí está toda la tropa del teatro." Sacaron en brazos a la actriz, pálida como una muerta, la subieron a mi lugar y se fueron. Manolito y yo nos fuimos al hotel donde se hospedaba la tropa. Los encontré en el corredor, pálidos, cansados y hartos. Manolito me relataba sus tribulaciones, cuando apareció el auto y Vicente Sáenz dijo: "Me quedo yo." Fue el chofer miliciano el que dispuso volver, dejar a Vicente y llevarme a mí.

En Valencia continuaba el calor. Nos llevaron a una casa enorme situada en el Grau. La casa la tenía requisada la embajada mexicana y en ella había algunos refugiados franquistas. Allí no vivía el embajador De Negri, muy amigo del padre de Octavio Paz. La casa estaba rodeada de jardines, cruzados de caminillos de grava y algunas bancas colocadas bajo los árboles. Nos encontramos a los Gamboa, a Juan de la Cabada, al que le había tocado un cuarto que era una especie de invernadero, pues a Juan siempre le tocaba lo peor, a María Luisa Vera, a quien le daban mucho miedo los franquistas. María

Luisa era la consentida de un ministro de Cárdenas, llamado Muñoz Cota y a quien los mexicanos llamábamos Muñoz Kótex, porque había inventado la educación sexual, lo que provocó que muchos padres indignados, al saber que subían al escritorio del maestro a sus hijos desnudos para mostrar con un puntero las partes sexuales, decidieran cortar las orejas a los profesores. Por eso hubo manifestaciones de maestros desorejados, que protestaban en el Paseo de la Reforma, en fila, muy serios, con las cabezas vendadas.

A nosotros nos tocó una habitación de lujo: los muros forrados de seda roja, la cama dorada y una gran terraza que daba al jardín y a la reja principal de entrada. Todos nos envidiaban la magnificencia de la habitación, pero nosotros nos ahogábamos de calor.

A María Luisa le gustaban mucho los españoles: "Oye, ¿te has fijado en lo guapos que son los españoles?", y se iba en moto con un jovencito miliciano de muy buen ver.

En Valencia se hablaba mucho de David Alfaro Siqueiros, que había dado conferencias pidiendo que pintaran todas las fachadas de las casas, para convertir a la ciudad en un enorme fresco. Sí, había que pintar los muros, pero con ¡pistola! Eso de la pistola hacía reír a Manolo y a Arturo Serrano Plaja. En cambio, escandalizaba a Juan Gil Albert. Juan de la Cabada aseguraba, riendo: "Son vaciladas de David." Eran muy amigos, ahora David estaba en el frente y Juan en Valencia. Se comentaba también el uniforme estrafalario que se había inventado Siqueiros: "¡Pero si va vestido de húsar austriaco!", nos confiaban los españoles mitad riendo mitad en serio.

Pepe Bergamín decretó que Juan de la Cabada era el Cervantes mexicano y que debía escribir inmediatamente, en vez de charlar. Manolo Altolaguirre estuvo de acuer-

do, le pidieron un cuento y a Paz unos poemas para publicarlos en España.

Fernando Gamboa, Susana y Chávez Morado inventaron organizar una exposición de pintura mexicana en Valencia. En Valencia, la vida giraba en torno a la Casa de la Cultura, dirigida por Paco Gil, un músico flaco y nervioso, que aprobó la idea de Gamboa y de Chávez Morado. Con ese motivo Gamboa inventó visitar ministros. Visitamos a uno que nos recibió en su despacho un poco improvisado y dijo algunas galanterías para "el pueblo hermano". Fernando Gamboa ansiaba llegar a Julio Álvarez del Vayo. El día de la visita, Juan de la Cabada anunció:

—Yo no voy. No me gusta que me utilicen.

Juan tenía "una trayectoria revolucionaria impecable". Había estado en la cárcel y había sido vecino de celda de Carlos Pellicer, que estaba detenido por vasconcelista, no por comunista, como Juan, lo que indicaba, según aprendí en España, que Juan era superior en la jerarquía revolucionaria. De manera que, cuando Juan protestaba, los "oportunistas" callaban. Aproveché la ocasión para sublevarme: "Yo tampoco voy." Y no fuimos.

La decisión de Pepe Bergamín de obligar a escribir a Juan, para mí fue una catástrofe, pues la delegación mexicana en pleno decidió que yo debía vigilar a Juan para que escribiera su famoso cuento "Taurino López", del que salió después toda la nueva narrativa mexicana. Juan no podía salir, tenía que quedarse en su invernadero. Tampoco yo podía salir. "¡Escribe, Juan!", le pedía yo cada cinco minutos. Juan se echaba a reír: "Eso estoy haciendo, muchacha. . ." "Pues hazlo más de prisa", le urgía yo.

Mientras él, echado en un catre desvencijado, garrapateaba en un cuaderno su cuento, yo estaba sentada como un centinela en aquel horno, que era su cuarto

estrecho. No podía escaparme a la playa solitaria en donde Cernuda con su bañador azul y su toalla blanca estaba ya tan dorado como una linterna japonesa. Envidiaba su color. Era como si adentro de su piel hubieran encendido una luz que le iluminaba la piel y lo convertía en un cuerpo brillante. Yo era indiscreta y tendía mi toalla cerca de la suya y jugando con la arena procuraba inspirarle confianza para que me contara la historia de "la clave" perdida en la estación y qué le procuraba aquella soledad absoluta. Cernuda sonreía, se ruborizaba y prefería explicarme que era verdad que los bombardeos marinos eran más temibles que los bombardeos aéreos. A veces me parecía que me consideraba impertinente, pero como era muy cortés se guardaba de decírmelo. Le conté que por la noche, en la plazoleta oscura adonde íbamos con Manolo y con Serrano Plaja, todos opinaban en voz baja que era un gran poeta, y quise decirle: "No entiendo por qué lo dejan tan solo. . .", pero no lo dije. Era como si Cernuda viviera separado del mundo por una cortina invisible.

Ahora gracias a los camaradas no podía ir a la playa e interrumpía a Juan a cada instante: "¿Ya terminaste? ¡Egoísta! ¡Quiero ir a la playa!" Juan levantaba los ojos: "Vete, muchacha, vete y no fastidies." Pero no podía irme, porque entonces también Juan se iría al Café de la Paz a charlar con Manolito Altolaguirre. Pasó una semana y Juan me leyó "Taurino López", lo leyó riendo y gesticulando, para ilustrarlo. El cuento tuvo un éxito enorme en España.

En la playa encontré a Cernuda. Nos hicimos un saludo de cabeza. La playa estaba sola y en un chiringuito sucio había un tipo sospechoso que nos observaba. Le dije a Cernuda: "Voy a ver si ése nos puede conseguir un cigarrillo." "¡No lo haga!", contestó Cernuda. Pero me fui directamente al hombre y le dije: "Camarada, ¿no

tienes un cigarrillo americano?" El hombre se sobresaltó. Le expliqué que era mexicana y él me dijo que el tabaco era monopolio del Estado. "¡Y a mí qué me importa! No creo en el Estado", le dije. El hombre pareció satisfecho. Charlamos un rato; todavía el hombre pareció satisfecho. Prometió venderme un cartón de "Lucky Strike" al día siguiente, en un cafetín del puerto, adonde yo debía presentarme sola a las cinco de la tarde y con el dinero. Volví con Cernuda y le expliqué el trato. "¡No lo haga. No vaya, eso es contrabando!", me dijo enrojeciendo. En la casa de la embajada mendigué dinero. Juan me dio algunas pesetas, inventé historias y Paz me dio casi el total de la suma, busqué a Mancisidor y por la noche tenía la suma necesaria.

Me fingí muy cansada y me quedé en la casa por la que vagaba Vicente, el criado del propietario de la casa, que miraba a los mexicanos con una ira mal disimulada: "¡Vaya tíos!"

Salí a las cuatro de la tarde a buscar al tipo sospechoso de mala pinta, que me había citado en el cafetín del puerto. Llegué puntual y crucé la cortina de hilos de cuentas verdes y me senté a esperar. El hombre no estaba. En cambio había otro con mirada más feroz, plantado al fondo en la puerta que comunicaba con la cocina. El hombre me miraba con fijeza. Recordé a Cernuda: "Es contrabando. . .", y quise parecer tranquila. En unos minutos apareció en la puerta de entrada un tercer individuo que me hizo seña de que me dirigiera al hombre del fondo. Fui derecha a él y me dijo: "Vete, toma el tranvía. Justo enfrente." Tendió la mano y le di el dinero con velocidad. "Éste ya me robó", me dije disgustada y salí. La calle adoquinada tenía en el centro las vías del tranvía, el cafetín estaba casi en la esquina y esperé, me iba sin dinero y sin tabaco. Desde la puerta, el segundo hombre me vigilaba. Llegó el tranvía y al

subir bajó el tipo de la playa y me entregó un paquete envuelto en un periódico. Me latió con fuerza el corazón. Todo había sido rapidísimo. Viajé con cara de tonta a sabiendas de que había cometido un grave delito y de que en España el contrabando era castigado con severidad. Unas paradas después me bajé del tranvía y llegué corriendo a la casa de la embajada. Hacía un calor terrible. Me eché en la cama y fumé. "Huele a tabaco gringo", dijeron los mexicanos. Repartí cajetillas y pasamos una noche muy agradable fumando y charlando en la terraza. Pero a Paz tuve que confesarle mi delito. Se alarmó, estaba harto de mí y decidió enviarme con mi familia, "la única que podía soportarme".

# 6

Fuimos en busca de mi tía Sofía, que estaba encantada de verme en España. Ella, al mismo tiempo que el gobierno, abandonó Madrid, y dejó su piso de la calle de Lagasca, para instalarse en Valencia en un apartamento grande y destartalado, en el que sólo conservaba su piano. No la encontramos, se había marchado a Liria, en el campo, con sus dos hijos menores. Encontré sólo a mi prima mayor, que hablaba ruso y se había casado con el jefe tanquista de la República Española, el coronel Sánchez Paredes. Mi prima me miró con guasa y no nos atrevimos a decirle que Paz iba a entregarme. Nos dio la dirección de mi tía, tendríamos que ir hasta Liria. Yo aproveché para robarle unos cuantos cigarros de su marido que estaban sobre el piano. Hice mal, pues Rafael lo notó y la próxima vez que lo vi, me dijo muy serio: "Cuidado con las malas costumbres, eres muy chica para ser tan frívola. . ." Rafael Sánchez Paredes era alto e imponente, aunque a mí no me imponía en absoluto.

Mi primo Joaquín había ido a Rusia a tomar un curso de aviador y en esos momentos traía un "Mosca", es decir, un avión de caza. El otro primo era también militar, y estaba en Madrid, en el frente, y cuando estuve allí no logré verlo, gracias a la batalla de Brunete. ¡Pobre Pepe! Cuando cayó la República estuvo siete años en la cárcel, por haberse amotinado contra sus jefes.

A mí me gustaba la calle, pero había que ir todos los días a la Casa de la Cultura, donde también preparaban la exposición de pintura mexicana organizada por Gamboa y Chávez Morado. La colección de pinturas era una serie de fotografías pequeñas de los murales de Orozco, Siqueiros y Rivera, en blanco y negro, de manera que era difícil darse una idea de lo que eran en realidad. Llegó la tarde de la inauguración. "¡Estos cuates están locos! ¡No se ve nada!", decía disgustado Juan de la Cabada, pero fuimos todos al local prestado por el gobierno español para mirar aquellas fotos mal tomadas. "Son un poco pequeñas", comentó Juan Gil Albert con prudencia. "En blanco y negro es difícil apreciar su valor", opinó Serrano Plaja. "Deben ser preciosos esos murales, lástima que no se vean", dijo Manolito Altolaguirre. Y pasó la lata. . . Nos salimos con los amigos y dejamos a los Gamboa explicando las fotos a un público asombrado, que no entendía nada.

Dábamos vueltas por la ciudad y al final nos refugiábamos en la plaza a charlar en voz muy baja. Yo no entendía por qué había que tomar tantas precauciones, era como si temiéramos que siempre hubiera alguien escuchando. Serrano Plaja estaba muy atormentado, yo no entendía su agustia. Entendía la de Juan Gil Albert, que me había llevado a su casa para mostrarme que su madre había colocado sillones de seda mullidos bajo los lustres de cristal cortado, por si caían durante un bombardeo. Riendo, me contaba que antes de la guerra se paseaba en un carricoche tirado por caballos con todo el capacete forrado por dentro de violetas. Yo escuchaba sus historias boquiabierta. Gil Albert tenía una naricilla levantada de la punta y caminaba a pasitos. Siempre llevaba camisas de seda y era misterioso que un hombre tan

rico fuera comunista. A mí me había explicado que en Rusia no había pobres ni ricos y eso me parecía abominable. Estaba muy bien que no hubiera pobres, ¿pero ricos? Entonces, ¿quién hacía las fiestas, las galas?

Mi prima me decía con malicia: "En Rusia han cambiado la historia." "¿Y cómo la han cambiado?" "Pues así, ¡cambiándola!. . ., por ejemplo en los libros de texto los que son héroes aquí, allá no lo son. . .", me dijo una tarde, en que estábamos sentadas muy juntas la una de la otra y nadie podía escucharnos. Su confesión me dejó asombrada: "¡No es posible!" "¡Sí que lo es!", contestó sonriendo enigmáticamente. En esos días no se sabía nada de Rusia. Era un misterio enorme, que me producía una curiosidad malsana. A Juan Gil Albert no lo inquietaba, esos misterios lo hacían reír.

Una mañana, Paz me llevó a Liria. Mi tía vivía en una casa de campo rodeada de huertas y de riachuelos. La casa era toda blanca y mi tía pareció encantada de que me quedara con ella a pasar unos días, pues Paz no se atrevió a decirle que me llevaba allí para siempre. Lo acompañamos a la estación y se fue.

Pasé la noche muy tranquila: la noche era menos calurosa y los ruidos del campo agradables, me recordaban mi infancia. Al día siguiente anduve por las huertas y luego me senté en una banca a escuchar la tarde. De pronto oí el silbato del tren y pensé: "Todos deben estar en el Café de la Paz", y sin decir agua va, salí corriendo de la casa, llegué a la estación y me subí al tren. No llevaba billete, pero unos aldeanos viejos me lo pagaron y me convidaron un trozo de pan. Al llegar al Café de la Paz, me topé con Juan de la Cabada, que me recibió con los brazos abiertos. "¡Muchacha! ¿Adónde andabas? Te busqué ayer y hoy, y nadie supo darme tu paradero." En secreto

le conté mi aventura y me felicitó por haber vuelto a Valencia. Paz tuvo que aceptar el "hecho consumado": mi regreso.

A veces íbamos al cine y una noche, sentado delante de nosotros, estaba el ministro Jesús Hernández. "¡Es magnífico! Un ministro en el cine y solo. Eso no lo vemos nunca en México", repitió Paz una y otra vez. ¡Claro que en México no veíamos a los ministros en el cine, porque tienen salas privadas para proyectar las películas! Serrano Plaja guardó silencio. "No me gusta. No tiene cara de ministro", dije. "¿Te vas a callar?", ordenó Paz en voz baja. Un poco antes de que encendieran las luces, se pusieron de pie dos filas de espectadores que rodearon al ministro y abandonaron la sala. "Son sus guardias", dijo Serrano Plaja y nos fuimos a la placita oscura a charlar de los misterios que hablábamos en las sombras.

Porque había misterios en España: se decía en voz muy baja que Azaña, el presidente de la República, estaba en Benicarló, aislado. Se cantaban coplas en las que aparecían "El Campesino", Modesto, Líster, el comandante Carlos; se hablaba mucho del general Kleber, el genio que dirigía todos los frentes, del embajador Rosenberg, representante de la Unión Soviética, de Marty, el jefe de las Brigadas Internacionales, pero no se les veía nunca. Sobre todo a Kleber, al comandante Carlos, a Rosenberg y a Marty. También se hablaba de la camarada María, la jefa del Socorro Rojo Internacional, pero todas esas figuras vivían rodeadas de misterio. En voz casi imperceptible se hablaba de las chekas, pero era inútil tratar de aclarar esos misterios. Fue mucho después cuando logré descubrir quiénes eran aquellos personajes. . .

Los mexicanos no le dirigían jamás la palabra a los refugiados franquistas que vivían en la casa de la emba-

jada. Cuando había bombardeos salíamos al jardín y nos agrupábamos cerca de la puerta trasera de la casa para escrutar el cielo cruzado por faros potentísimos que buscaban a los aviones alemanes. Si un avión entraba en un chorro de luz se producían tres disparos del cañón antiaéreo para cubrir la órbita del vuelo del avión. Yo siempre tenía miedo. Una noche me volví al marqués, que contemplaba emocionado el cielo: "¿No tiene miedo?" "¡Ninguno!", respondió, y supe que no mentía. Era un hombre joven y muy bien parecido, que me llamaba mucho la atención, pues sabía que si los revolucionarios lo cogían lo fusilarían inmediatamente. Juan de la Cabada intervino: "Es curioso, mano: aquí, en este jardín, nos podemos morir todos juntos", le dijo a Paz para disculpar que yo hubiera hablado con un reaccionario. El combate duró hasta el amanecer, de pronto un cañonazo alcanzó a un "Junker", y sobre la luz rosa del cielo vimos cómo empezaba a caer el avión, de perfil, como si estuviera muy malherido: "¡Le dimos!, ¡le dimos!", gritaron mis amigos. Me volví a ver a los franquistas: "Le rompieron un ala, caerá vivo. . .", dijeron.

En efecto, supimos que un avión había sido derribado y que el piloto había caído prisionero. A la noche siguiente oímos ruidos veloces, sordos, terribles, que sacudieron la casa. Ese tipo de ruidos sólo los había escuchado en México cuando había temblores. Tenía razón Cernuda, eran peores los bombardeos marinos. Cabada y Paz se pusieron lívidos. Lo peor era que casi no comíamos, el racionamiento era feroz y el hambre nos debilitaba los nervios. En los cafés y en los restaurantes sólo encontrábamos botellas de agua de "bolita" o chicoré y como plato fuerte, después de entregar el cupón de racionamiento, un plato de lentejas. A mí el hambre me atontaba y soñaba con los mercados de México rebosantes de zanahorias, de lechugas, de leche y de pan. A veces

pensaba que había soñado aquellos mercados. Pero nadie se quejaba de hambre. Sólo comentaban: "Yo he perdido diez kilos" o "Yo he perdido quince kilos. . ."

Frente a las rejas de la casa había siempre algunos milicianos. Me detuvieron: "Camarada, ¿cuántos fascistas hay metidos ahí?", me preguntaron. "¡Muchísimos!", dije. "¿Duermen ahí, verdad?", y señalaron la habitación con la terraza donde dormíamos Paz y yo. No supe qué decir y ellos comentaron: "¿Ves, tú? Ahí duermen, siempre escogen lo mejor."

—¡No, no, ellos duermen en el sótano! —dije.

Me miraron burlones. "¡Vamos, no sabes mentir!", dijo uno de ellos y otro agregó: "¿Mentir? ¡Ni idea! ¿Así que duermen en el sótano? Diles que una de estas noches vamos por ellos", y señalaron la terraza. Me fui a la playa preocupada, muy preocupada, Paz y yo estábamos en la mira. Pero no dije nada.

Se notaba mucho que frecuentaba la playa, y Chávez Morado con su bigote colgante y Paz, afeitado, me detuvieron en el jardín para interrogarme sobre el color que tomaba. "Pareces una langosta." "Me tumbo en la terraza", contesté. Y ellos, como los milicianos, tampoco me creyeron: "¡Qué bien mientes!", aseguró Paz. ¿Acaso no me daba cuenta de que un día un cañonazo marino me iba a borrar del mapa? ¡Yo era una inconsciente! Chávez Morado miró con mucha pena a Paz: "No te enojes, Octavio, ya sabes que no quiere entender", le dijo dándole palmaditas en la espalda. Los mexicanos siempre compadecieron a Paz por haberse casado conmigo. ¡Su elección fue fatídica! Me consuela saber que está vivo y goza de buena salud, reputación y gloria merecida, a pesar de su grave error de juventud.

# 7

Un domingo, Serrano Plaja y Manolo Altolaguirre quisieron ir a nadar. A Paz le pareció magnífico. Nos fuimos al Saler en un autobús que salió retrasado. El paisaje de canales, acequias, huertas, arrozales y además la playa, nos deslumbró. Vimos que la tarde caía con precipitación. Era necesario apresurarse para alcanzar el autobús y echamos a andar por la carretera rumbo a Valencia. "Es el sistema de riego de los árabes", explicó Serrano Plaja. Paz temía perder el autobús, y yo creía que no existía: "Te equivocas, el Estado se ocupa de que esté a la hora", dijo Serrano. "Cuando el Estado ordena sólo desordena", respondí y Manolo estuvo de acuerdo conmigo y él y yo nos adelantamos para poder hablar sin ser "ortodoxos y objetivos".

De pronto, sin previo aviso, apareció una flotilla de "Junkers" que se dirigía a Valencia. El cielo a lo lejos se abrió como un enorme abanico de chorros de luz que se movían como echando aire. La barrera era infranqueable. Sin embargo, flotillas de "Junkers" venían una tras otra y la carretera se llenó de campesinos que corrían en dirección opuesta a la de Valencia.

—Vienen en un portaviones —dijo Serrano Plaja y Manolito y yo echamos a correr con los campesinos.

Paz corrió tras de nosotros, me alcanzó, me sujetó por un brazo y ordenó: "¡Nosotros vamos a Valencia!" Manolito se sublevó: "Chico, es absurdo, es absurdo avanzar hacia donde caen las bombas." Los aviones que no logra-

ban cruzar la barrera antiaérea soltaban su carga explosiva muy cerca de nosotros y lo lógico era alejarse, como hacían los campesinos. Empavorecida, me solté de la mano de Paz y corrí a campo traviesa y empecé a hundirme en el lodo: me había metido en un arrozal. Empecé a llorar. Era ya de noche y no veía a los demás. Surgieron una viejecita y un viejecito que me sacaron de allí y me llevaron a su casa, situada al borde de la carretera y todos nos reunimos en su huerto. "¡Échate bocabajo y no cierres la boca. Las bombas desplazan aire y pueden estallar los pulmones!" "¡Detente la nuca con las manos, la sacudida puede desnucarte!", ordenaba Serrano Plaja, tendido bocabajo sosteniéndose la nuca.

—¡Qué buenos sois! ¡Qué buenos! —repetía Manolito a los dos viejecitos, que, de pie, observaban el fragor de la batalla.

—Ya pasó todo, ya pasó todo, pequeña —repetían ellos.

Muy tarde se fueron los aviones. Nos sentamos en el huerto oscuro, al amparo de las ramas bajas de los árboles. El viejecito nos obsequió melones y rebanadas de un pan muy blanco, envuelto en una servilleta también muy blanca. Allí, en la oscuridad del huerto, descubrí que los dos viejecitos eran dos santos que se habían aparecido para consolarnos y cobijarnos del peligro, y ante la frase repetida de Manolo: "¡Qué buenos sois, qué buenos!", recordé los Evangelios y los milagros. Ya sin miedo echamos a andar hacia Valencia, y sucedió otro milagro: nos recogió un automóvil que nos llevó a la ciudad oscura. Manolito perdió su bañador.

En Valencia empezaban a aburrirme los cartelones enormes que ordenaban silencio. O que anunciaban la presencia del enemigo. ¡Eran feísimos! y además cubrían las

fachadas de las casas. La Plaza Castelar estaba cubierta de polvo, los árboles parecían moribundos y la gente, harta. ¿Cuándo se acabará esta maldita guerra?, me preguntaba cada vez que la cruzaba y no me quedaba otra solución que ir a la Casa de la Cultura. Paco Gil, el director, no se parecía a Alberti, con su perfil griego, y cada noche, en Madrid, nos preguntaba: "¿Hubo paqueo?" El "paqueo" eran tiros que salían por los balcones apagados. En Valencia no había "pacos", sólo había Paco Gil, siempre ocupado en los salones del segundo piso de la Casa de la Cultura. Yo iba poco por allí y los compañeros me juzgaban mal. Pla y Beltrán, un poeta jorobadito, salía a mi encuentro y me decía:

*Este galapaguito*
*no tiene mare;*
*lo parió una gitana,*
*lo echó a la calle. . .*

Todo iba viento en popa. Se había abierto la exposición mexicana y Silvestre Revueltas debía escribir *México en España*, el himno de los combatientes mexicanos, y *Homenaje a García Lorca* para diez instrumentos. La orquesta era la de la Asociación de Profesores de Orquesta UGT, bajo la dirección de Revueltas. Por su parte Paz debía dictar una conferencia: "La música de Silvestre Revueltas" y María Luisa Vera diría el texto popular del *Renacuajo paseador*, un ballet pantomina para marionetas compuesto por Revueltas. Este concierto-conferencia debía efectuarse en Madrid el 17 de septiembre, en la sala de la Sociedad Española de Amigos de México, en la calle de Medinaceli número 6, y estaba organizado por la Delegación de Propaganda y Prensa, en colaboración con la Sociedad Española de Amigos de México y la Alianza de

Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura en Madrid. ¡El acto era muy serio! Sin embargo, Revueltas, a quien habían puesto a vivir en la casa de un músico español para que se inspirara, ¡no hacía nada!

El músico español llegó desaforado a la Casa de la Cultura: "¡Está loco!. . . ¡Está loco!", anunció ante el desconsuelo de Paco Gil, que con gran seriedad organizaba el concierto-conferencia. No era tan grave lo que pasaba: el músico español nunca había visto a un borracho mexicano eufórico y trágico, como era Silvestre.

Los mexicanos hicieron una junta de emergencia: ¡era necesario controlar al camarada Revueltas! Y comisionaron a Juan de la Cabada para que vigilara al "loco" y lo obligara a escribir su música. Juan ya había entregado "Taurino López" a Manolito Altolaguirre para publicarlo en la *Hora de España*. Octavio Paz también había entregado su libro de poemas *Bajo tu clara sombra* para una edición dirigida por el mismo Altolaguirre llamada Nueva Colección "Héroe".

—¡Caramba, muchacha, tengo que vigilar a este cuate! —me dijo Juan y se fue de la casa del Grau.

Volvió a los dos días, y Mancisidor organizó una junta para juzgar la irresponsabilidad del camarada Juan. Éste estalló: "¡Revueltas es dipsómano!. . . ¡Dipsómano!", repitió rojo de ira. Juan enfadado era temible: por su gran estatura, sus músculos y sus cabellos claros que le caían en desorden.

En la Casa de la Cultura, Paco Gil se llevó las manos a la cabeza: "¡El acto está programado!" Pla y Beltrán gritó: "¡La gente espera en Madrid!" Y Silvestre rompía puertas, maldecía y se escapaba.

En un sofá, escuchando el drama, estaba una mujer flaca y rubia. La mujer sonreía y nadie correspondía a su sonrisa. "¿Are you American?", me preguntó. Charlé con ella, pues me disgustó la descortesía de los otros.

Dijo que era periodista norteamericana y me preguntó si me gustaba Nueva York. ¡Claro que me gustaba!, y le conté que me perdí el último día y a poco perdemos el viaje a España. Desde la puerta Paco Gil me hacía señas de callar. ¿Otra vez callar? "¿Qué pasa?", pregunté. "¡Oh, tú sabes que murió Durruti", dijo ella y agregó: "Y que murió Andrés Nin. . ." No sabía quiénes eran Durruti ni Andrés Nin, pero dije: "¡Claro!, ¡qué tragedia!" La periodista me dio su nombre: Anne Marie Barron. Paz se acercó, me cogió de un brazo y me arrancó del sofá azul.

—¿Qué pasa? No me dejan respirar. . . —protesté.

Paco Gil me dijo en voz baja: "Camarada, esta mujer es una espía." Me indigné: "¿Por quién me tomas? ¿Has leído algo sobre Mata Hari? Creo que debes estudiar el caso", le dije con desprecio y bajé corriendo la escalera y topé con el espejo. Había una conjura para fastidiarme. Anne Marie Barron no podía ser espía, era demasiado fea.

Me prohibieron ir a la playa, debía ir a todas partes con los compañeros y fue en la Casa de la Cultura donde volví a encontrar a Anne Marie Barron, que se alegró mucho al verme. "Vamos a dar un paseo", me dijo. Salimos de prisa, me llevó al Café de la Paz y me convidó una horchata. En el café estaba todo el mundo notable de Valencia, y Anne Marie conocía a todos, aunque nadie la saludó.

Al día siguiente, antes de llegar a la Casa de la Cultura, un niño me salió al paso: "Tu amiga te espera allí", y señaló una calle curva y adoquinada que también desembocaba en la Casa de la Cultura. El niño salió corriendo y yo fui al lugar señalado, en donde encontré a Anne Marie en un portal abierto.

—Vamos a dar un paseo— me dijo.

Acepté pensando en el Café de la Paz. Caminamos

mucho rato por las calles desconocidas y pobres, y ella, que tenía mucho sentido del humor, me contó anécdotas divertidas. Llegamos a un portal abierto, vigilado por dos gorgonas enlutadas, sentadas en sillitas bajas. Ante la hostilidad que me mostraron, Anne Marie dijo: "Es de confianza." Entramos y subimos a un segundo piso. Anne Marie llamó con los nudillos a la primera puerta y apareció un hombre joven en mangas de camisa y de aspecto extranjero. "Es de confianza", dijo Anne Marie, y el hombre, que había reculado al verme, me sonrió, y, juntos, nos dirigimos a la puerta situada en el extremo opuesto al descansillo, que era largo y tenía barandal de madera. Otro extranjero abrió, y Anne Marie repitió la frase: "Es de confianza." Entramos en la habitación, en la que había una cama, y una mesa y muchos papeles. "¿Quiénes son?", les pregunté. "Periodistas británicos", contestó uno de ellos. Me senté en el borde de la cama: algo dentro de mí me decía que aquello era peligroso. Pero ¿en qué consistía el peligro? Me quedé reflexionando y tratando de espantar el miedo que trataba de invadirme, mientras ellos discutían sobre asuntos que apenas entendía, ya que hablaban demasiado de prisa y mezclaban varios idiomas a la vez. Revisaron papeles y me sonrieron. A mí me entró mucha sed y recordé los mercados de México rebosantes de frutas. El hombre de gafas se volvió a mí: "Estamos haciendo un trabajo sobre la guerra de España y no queremos que nos roben el tema. Es mejor que no menciones que estuviste aquí. ¿Comprendes?" "Sí, comprendo. . ." La verdad es que no me interesaba comprender nada y que no pensaba decir que había hecho esa visita tan singular. Anne Marie decidió irse inmediatamente y los periodistas me llamaron "sweet". Salimos, hacía mucho calor, y Anne Marie se perdió en el camino de regreso. Yo seguía esperando que me invitara al Café de la Paz. No lo hizo. "Es muy

aburrido caminar sola, ¿verdad?", me dijo. No estuve de acuerdo. Por la calle es mejor ir sola, se camina más de prisa. "Darling, no digas que me viste", me pidió Anne Marie, tal vez para evitar que me regañaran, y me dejó en una calle casi céntrica.

Volví a verla de lejos dos veces: una, cruzando la Plaza Castelar y otra, saliendo de la Casa de la Cultura. Después Anne Marie se esfumó y nunca más la vi. . .

Es decir, la encontré en el piso de Luisi Álvarez del Vayo a finales del año 1944, en Nueva York. En aquellos días yo vivía sola, en un hotel y en el mismo cuarto que Ana María Carner, la hija de José Carner, el famoso poeta catalán. Las dos éramos muy amigas de Finki Araquistáin, y por las tardes visitábamos a su tía Luisa. "Anda, hija, come pastelitos", decía Luisi. En Europa la guerra mundial hacía furor y en los Estados Unidos casi no había racionamiento. Luisi vivía en un piso muy romántico de la calle Sullivan, en un grupo de edificios de ladrillo con un enorme jardín interior con los muros cubiertos de hiedra. En ese parque, invisible desde la calle, había fuentes, pájaros y bancas de piedra bajo los árboles. En uno de esos edificios vivía en un piso bajo y estrecho un viejo francés que a Diego Álvarez del Vayo, el hijo menor de Luisi, y a mí nos producía ataques de risa. Diego tenía quince años y era muy alto para su edad, era cortés y le gustaba invitarme al teatro. Visitábamos al viejo francés para reír, ya que él se tomaba por un genio musical. ¡Sorpresa! En 1956, Paz me anunció emocionado que íbamos a conocer a un genio y acompañados de la famosa Santa Rama Rau, escritora hindú, especialista en Foster, el autor de *Passage to India*, que a mí no me gustaba nada, pues prefería a Kipling, y de su marido, Faubian Bowers, especialista en el teatro Kabuki, y de un inglés jovial,

Hillary, llegamos al piso bajo del viejo francés que a Diego y a mí nos daba tanta risa. Asombrada vi que todos, menos Hillary, escuchaban boquiabiertos la música compuesta por ruidos de cacerolas, sartenes, silbatazos de olla express, cláxons, pisadas, estornudos y todo ruido imaginable.

—Usted ya ha estado aquí —me dijo el viejo con severidad cuando me eché a reír. Le recordé que lo visitaba con Diego, al que él quería mucho y el viejo me dio la espalda. Era Varese. . .

Pero no deseaba hablar de Varese, sino de Anne Marie Barron, que una tarde entró al piso de Luisi y al verme se echó a llorar. Estaba muy vieja y muy pobre. Vivía de la caridad del Estado y de la caridad de Luisi. "No llores. . . no llores. . .", le suplicó la tía de Finki y le sirvió té y pastelitos.

Anne Marie me preguntó: "¿Te acuerdas de Trudy?. . . ¡Qué buena era!", y me miraba con los ojos enrojecidos por el llanto. Anne Marie hablaba de Trudy Graa, la hermana de Luisi y esposa de Luis Araquistáin, que hacía poco había muerto de cáncer en Londres.

Cuando Anne Marie se fue, Luisi me explicó que la habían detenido en Valencia y que su hermana Trudy recorrió todas las cárceles hasta dar con ella, la sacó y la llevó en automóvil hasta la frontera. Pero ¿por qué la habían detenido? ¿Era una espía? Luisi se puso seria: "No hagas caso, se metió en la comisión aquella." La comisión aquella era la que se había formado para investigar el paradero de Andrés Nin, el líder del POUM. En ese tiempo, la guerra de exterminio no iba dirigida a los burgueses, sino a los trotskistas, y el POUM estaba acusado de serlo. A Andrés Nin lo detuvieron el 16 de junio y nunca más se supo de él. Se decía que estaba en una

cárcel de Valencia, que lo habían llevado a Madrid, que lo tenían en Alcalá de Henares, sede de las Brigadas Internacionales, dirigidas por Marty. Pero la verdad es que Andrés Nin desapareció sin dejar huella.

En Valencia me encontraba intranquila. Los intelectuales eran tan misteriosos que me habían hundido en la confusión. No eran claros como Cervantes o como Pepe Bergamín que hacía frases brillantes, o Cernuda que permanecía plácido en la playa, o Miguel Hernández que hablaba de Josefina. Los demás eran personajes raros y hablaban un idioma inconexo y siempre tenían un secreto que guardar. Los mexicanos teníamos una gran desventaja: Trotski vivía en México y eso los ponía pensativos y desconfiados. Sí, estaba triste en Valencia y añoraba mi casa, el teatro y la universidad. "¡Cuidado con lo que escribes, hay censura!", y Paz leía y corregía mis cartas antes de echarlas al correo.

La ciudad estaba llena de gente. En la Plaza Castelar los cartelones exigían silencio y para hacer algo que no resultara irreverente recordaba al Cid Campeador y me iba a contemplar las Torres de Serrano y el río Turia. Los árboles estaban tristes y los jardines calcinados por el sol. A veces conseguía uvas moscatel, me sentaba en la plaza y me las comía con deleite.

# 8

El problema de Silvestre Revueltas se arregló: iríamos al frente de Pozo Blanco en donde combatían los mexicanos: Juan B. Gómez y David Alfaro Siqueiros. Así lo dispuso Mancisidor. Silvestre necesitaba el viaje para curarse la cruda. Había estado borracho varios días, roto algunas puertas y amenazado de muerte a cualquiera que quisiera impedirle beber. También decían en voz muy baja que había querido violar a una vieja de setenta años, que cuidaba la entrada de la casa donde vivía, tomándola por una jovencita. Saldríamos en automóvil Juan de la Cabada, el responsable de todos, Pla y Beltrán, Octavio Paz, yo y naturalmente Revueltas. Además era cortés visitar a los compatriotas que arriesgaban sus vidas por la libertad. Silvestre, con la barba crecida y de muy mal humor, subió al auto, no sin antes echarnos una mirada hostil. "¡Ándale, cuate, nos vamos a divertir!", lo animó Juan.

Salimos temprano de Valencia, pues era necesario evitar las carreteras y utilizar caminos vecinales.

—Hay que tener cuidado cuando nos den el "Quién vive", estos caminos están muy entrecruzados y lo mismo damos con los franquistas —anunció el chofer hacia el mediodía.

—¿Cómo? ¿Vamos a pasar entre los franquistas? —protestó Revueltas que había dormitado toda la mañana sobre mi hombro o sobre el de Juan de la Cabada, pues iba sentado entre los dos.

—Es posible, camarada, que nos internemos en su territorio. . . tú sabes que están en todas partes —contestó el miliciano.

—¡Pues ya nos chingamos! —exclamó Revueltas, que ya en Madrid se había metido entre dos fuegos. Y se volvió a echar a dormir sobre Juan. Silvestre pesaba toneladas y nos inmovilizaba. Pasamos por Albacete y él iba dormido, nosotros apenas alcanzamos a ver a algunos heridos que paseaban en grupos pequeños por unos caminos cercados de yerbas muy altas y muy verdes. Casi todos eran rubios y el chofer nos explicó: "Son los camaradas extranjeros."

El viaje a Pozo Blanco tenía varios motivos: uno alejar a Revueltas del alcohol y otro sumamente importante: avisarle a Siqueiros que Angélica Arenal había llegado a España. "Este cuate David, no sé por qué se mete en tantos líos", y Juan movía la cabeza y se revolvía los cabellos lisos. Yo ignoraba quién era Angélica y por qué debían avisarle a David su llegada. "Mira, si lo sorprende con otra va a armar un escandalazo. . .", contestó Juan riendo. Supe que Siqueiros había tenido muchas mujeres, era muy vacilador y Juan recordaba riendo las broncas terribles que había tenido en Buenos Aires y en México con Blanca Luz, una mujer parece ser guapísima y terrible. Después tuvo otras muchas aventuras y en esos meses andaba con Angélica, que era posesiva, celosa y no toleraba ninguna aventura del pintor. "Esta señora va a llegar antes que nosotros, ya lo verás. . .", aseguraba Juan, que cuando se cansaba de sostener en su hombro a Silvestre me lo echaba a mí. Adelante, muy divertidos, iban Paz y Pla y Beltrán; ellos no tenían que cargar con Revueltas. ¡Qué viaje tan cansado! Entre el calor, el polvo y el peso de Revueltas, Cabada y yo íbamos rendidos.

Por la tarde hicimos un alto breve en Ciudad Real. Dimos una vuelta por la plaza enorme y rectangular. Los camaradas hablaban con la poca gente que había paseando por allí, querían saber qué opinaban de la guerra y la gente contestaba hablando de las minas. "Es inútil, no se les puede sacar ni una palabra", dijeron entristecidos.

—Es que han venido tantos extranjeros que la gente está escamada —nos explicó el miliciano y agregó—: No creáis que todos los que han venido son gente buena como vosotros, ¡qué va!, nos ha caído cada pájaro de cuenta, ¡que vamos!. . .

Juan era muy alto y siempre lo tomaron por sueco, Revueltas era demasiado gordo y malhablado, Pla y Beltrán con su joroba y su eterna sonrisa parecía un personaje sospechoso, yo era demasiado alta y rubia, y en la calle me decían: "Ahí va la inglesa"; al único que consideraban normal era a Paz, que con el cabello oscuro y los ojos muy azules parecía español. "Vamos, tú eres español. . .", le decían, asombrados de verlo en tan extraña compañía o con pena al verlo guiar a tales personajes.

Por la noche teníamos mucha hambre, no habíamos probado nada desde por la mañana: nos detuvimos en una taberna en Chinchilla. El miliciano nos mostró en lo alto, en medio de las sombras y construido sobre rocas, una especie de castillo, que a mí me pareció de Drácula.

—¡Allí está la prisión! —dijo muy serio.

Hacía frío y el espectáculo de la prisión tan a la mano me dio escalofríos. En la taberna nos sirvieron agua de botella y la bebimos en silencio. La cárcel nos observaba desde arriba.

—Ahora sí que habrá que tener cuidado con el "Quién vive" —aseguró el chofer.

—¡Pues si nos chingamos ya ni modo! —contestó Silvestre.

Tomamos un camino sin asfaltar, avanzábamos con

los faros apagados: de pronto se encendieron dos linternas a unos metros de distancia.

—¿Quién contesta al "Quién vive"? —preguntó el miliciano:

—¡Cualquiera, si nos vamos a chingar cualquiera es bueno! —dijo Revueltas de mal humor.

El coche se detuvo. Varios milicianos con los rifles apuntando sobre nosotros, se acercaron con cautela y nos echaron las luces a la cara, a uno por uno. Luego gritaron:

—¿Quién vive?

Nadie deseaba contestar y repitieron el grito: "¿Quién vive?"

—¡La República!—contestó el miliciano.

Ellos se cuadraron y dijeron:

—Adelante, camaradas.

Respiramos. Silvestre dijo: "¡Carajo!, ¿y si hubieran sido franquistas?"

El chofer contestó: "Pues nos hubieran detenido. . . y luego fusilado."

Después de topar con varios retenes de soldados que nos paralizaban de miedo, los camaradas decidieron dormir en Campo de Criptana. Había algo que yo no entendía y le pregunté al chofer:

—¿Por qué se visten igual los soldados franquistas y los soldados republicanos?

Nadie pudo contestar. Hubo un silencio y de repente el chofer me dio la explicación:

—¡Toma!, mira qué pregunta, ¿no ves que todos somos españoles? —dijo asombrado.

Llevábamos la ruta de Don Quijote, nos dirigíamos a la Sierra Morena y ese hecho conmocionaba a Paz. "¡Es increíble!", exclamaba a cada momento.

En Campo de Criptana nos hospedó una viejecita vestida de negro, como todos los aldeanos españoles. Nos dio una habitación pequeña con una ventana cavada en la piedra de los muros pintados de blanco y puso varias mantas en la cama. Yo estaba tan cansada que no podía dormir y me repetía una y otra vez: "Ancha es Castilla, ancha es Castilla." ¿Por qué? No lo sé. Escuché dormir a Paz y antes de que rompiera el alba me llegó el rumor del mar. El fragor de las olas aumentó y Paz se sentó en la cama: "¿Qué pasa?. . . es el mar", dijo asombrado y se fue en busca de la viejecita. Ésta lo miró asustada, estaba vestida de negro y se iba a la calle. Ante la insistencia de Paz: "¿Qué pasa?", la viejecita contestó:

—Hoy dan harina y nos formamos desde muy temprano y charlamos. . . ¿que el señor no sabe que estamos en guerra?

Por la ventana no veíamos nada, sólo escuchábamos el mar de voces. Con las primeras luces vimos la cola de mujeres enlutadas, acompañadas de sus hijos, formando corros y charlando. Nos quedamos estupefactos frente al espectáculo.

La Mancha era ondulante y dorada, y el viento hacía dar media vuelta a las aspas de los molinos contra los que había combatido Don Quijote y luego regresaban a su sitio, para volver a dar la media vuelta con un chirrido muy especial. De vez en vez nos deteníamos en un caserío terriblemente blanco para buscar comida. Era inútil. En España no había nada de comer. Juan y yo íbamos molidos por el peso de Revueltas, que muy tranquilo recuperaba el sueño perdido durante sus días de juerga, sobre el hombro de Juan o sobre el mío. Yo llevaba un cuaderno y le escribía recados a Juan que él contestaba también por escrito. Así surgió "El romance del queso de bola que rueda por la Mancha". Yo hacía un verso y Juan el otro y nos partíamos de risa. A Juan le lloraban

los ojos de risa. Adelante, Octavio y Pla y Beltrán preguntaban de cuando en cuando: "¿De qué se ríen?", y escondíamos el cuaderno, mientras el inocente Silvestre continuaba roncando. A veces le cogía la cabeza y se la pasaba a Juan o Juan a mí, sin que el durmiente despertara. "El romance" era secreto, pues si lo hubieran leído nos bajan del coche, de manera que sólo nos quedaba ahogarnos de risa. Con los saltos del auto, la escritura era más bien endemoniada. Íbamos por un camino solitario y dorado cuando Silvestre se despertó muy alerta:

—¡Miren! ¡Miren! —gritó. Y nos mostró a un pastor que llevaba un cordero blanco, enorme y bien peinado.

—¡Detente, camarada! —le ordenó al chofer y éste obedeció.

Revueltas se bajó corriendo del auto seguido de Pla y Beltrán y ambos corrieron para alcanzar al pastor. Lo trajeron cerca del automóvil y vi que el hombre estaba pálido e intranquilo.

—Te compramos el cordero, lo matamos y lo comemos —le propusieron.

El pastor guardó silencio y ellos insistieron.

—¿Matar al cordero?. . . ¿Aquí?. . . ¡Malvados! No se lo vendas, camarada, no se lo vendas —supliqué.

No me escucharon y continuaron el trato, mientras yo continuaba amenazando. "¡Pobres cuates, míralos, parecen de circo, queriendo comerse al cordero. . .", dijo Juan en voz baja. El pastor acariciaba con calma a su cordero y continuaba muy pálido. Paz había permanecido en silencio y habló: "Elena tiene razón. Es asqueroso matar a un cordero para comerlo aquí mismo. Vete, camarada", le ordenó al pastor y éste se alejó de prisa. Paz me criticaba porque era vegetariana, y cuando se enfadaba me decía: "¿Sabes que Hitler también es vegetariano?"

Seguimos el viaje y los versos del romance que escribíamos Juan y yo se volvieron violentos. Cruzamos una parte de la Sierra Morena. Era increíblemente bella. En las puertas abiertas de las casas construidas en la sierra había hombres guapísimos, con el sombrero cordobés echado hacia adelante: nos miraban con sorna, parecía que cruzábamos una película. Los olivares eran engañosos: plateados de día, de noche formaban túneles, cuevas y caminos profundos y encantados por los que aparecían y escapaban los personajes y los duendes de la literatura española. Pero todo se nos estropeaba con el peso de Revueltas encima. A Juan y a mí ya no nos importaban los "¿Quién vive?", tal vez era mejor que nos fusilaran de inmediato.

Muy avanzada la noche llegamos a Pozo Blanco. ¡Ése sí era el frente! Juan B. Gómez, el mexicano para el que Revueltas debía escribir el himno que no escribía, nos recibió en el puesto de mando. Era una casa muy pequeña construida en la mitad del campo y compuesta de dos cuartos pequeños con piso de cemento.

Juan B. Gómez era muy alto, de piel oscura y sonrisa muy blanca. Tenía algo melancólico, nos hizo entrar sin grandes palabras al interior, en donde había una mesa, algunas sillas y latas de "Beef". Todos se abrazaron. Eran viejos amigos, sólo Paz y yo éramos "nuevos". Juan B. Gómez me examinó de arriba a abajo, me dio una palmada y me llamó compañerita.

Juan de la Cabada, nervioso, iba de un lado a otro, se acercó a Juan B. Gómez, le dijo algo y ambos salieron un momento del cuarto. Al volver, Juan B. Gómez le dijo: "Ahora mismo le aviso."

Me quedé sentada en un rincón de aquel cuarto recién construido, que todavía olía a mezcla y a cal, y ellos como

siempre se sentaron alrededor de la mesa y empezaron a discutir, mientras yo cabeceaba de sueño. Juan B. Gómez discutía en voz baja, con ademán sereno. Llevaba con gallardía el uniforme de militar y miraba a sus amigos con benevolencia. Pasó un rato y de pronto se produjo un gran alboroto en el cuartito de entrada al puesto de mando. Se escucharon pasos recios, voces y un revuelo inusitado. Un personaje con botas federicas y amplia capa entró al cuarto, se detuvo bajo el dintel de la puerta, abrió los ojos con asombro, luego los brazos y exclamó:

—¡Pero qué sorpresa, hermanos!. . . ¡Qué gran sorpresa!. . . —y abrazó a uno por uno con gran efusión, repitiendo: "¡Hombre!, hermano, ¿qué te trae por aquí? ¡Qué sorpresa!"

El cabello ensortijado y los ojos azules echando chispas a la luz de la vela, el personaje parecía encantado de ver a sus amigos y de mostrarse en aquel atuendo tan elegante. Juan de la Cabada se echó a reír:

—Ya ves, mano, por aquí andamos. Oye, ¿ya sabes que ya llegó "aquélla"? —le dijo con malicia.

El hombre jovial, de mirada clara y gestos espectaculares, reculó espantado:

—¡No me lo digas, hermano! —y se le quitó la risa. Con ojos inquietos recorrió la habitación, su mirada cayó sobre mí:

—¿Y esta preciosidad de dónde sale? —preguntó arqueando las cejas y mirándome como se mide un cuadro.

—Es la compañera de Paz —explicó Juan de la Cabada.

David Alfaro Siqueiros avanzó hacia mí con los brazos tendidos:

—¡Mira nada más, muchachita linda, adónde te han traído! ¡Qué bárbaros! ¡Traer al frente a esta muchachita divina! —y me abrazó con efusión.

Juan B. Gómez contemplaba la escena mudo. Era más

alto que Siqueiros, más fornido y llevaba el cabello casi al rapé. Tenía más aire militar que el "Coronelazo", como llamaban en México a David Alfaro Siqueiros, que, además de ser pintor de caballete y muralista, pretendía ser un militar de primera magnitud. Contaba que él había luchado con Madero, al lado de Francisco Villa, aunque la edad apenas le alcanzaba para hacer tamaña afirmación.

—Sí, muchachita, la Revolución la hicimos los niños —me decía.

Muchos años después, en 1970, Norberto Aguirre Palancares, que había sido ministro de Asuntos Agrarios, me acercó a la ventana de su despacho y me mostró el Teatro de Bellas Artes.

—No crea usted, David siempre fue muy bravo. ¡Claro que combatió! Allí, por ejemplo —y señaló las estatuas que rodean la entrada de Bellas Artes—. Yo lo vi. Había una manifestación de sinarquistas y David les salió al frente. Estaba con una pistola en la mano al frente de sus compañeros y peleando contra la policía, que ya había hecho huir a los sinarquistas y combatía contra los comunistas. Los policías ordenaban: "Denles a todos, menos a aquel del sombrerote. . ." Yo les pregunté "¿Y a ése por qué no, si es el más bravo?" Los policías se volvieron a verme: " ¿Que no sabe quién es? ¡Es Siqueiros!, ¡el pintorazo! ¿Cómo quiere que le demos?" Y David encaramado en la estatua continuaba disparando. No, señora, David ha sido tan bravo que hasta la policía lo respetaba. Eso pasó por allá de 1934. . . yo lo vi —y Norberto Aguirre Palancares, que admiraba a Siqueiros y trataba de ayudar para que terminara su obra monumental, el Poliforum, se echó a reír.

Esa noche de 1937 David estaba en Pozo Blanco, muy garboso, muy amable, muy sonriente. Recordé que Manolo Altolaguirre y Serrano Plaja decían: "Se ha inventado un uniforme de húsar austriaco, no va como los demás." Sí, David no se uniformaba como los demás, ni hablaba como los demás, ni tampoco gesticulaba como los otros, y Juan B. Gómez lo observaba en silencio.

Siqueiros me invitó a compartir la conversación en la mesa, pero yo prefería el rincón, que me permitía cabecear a gusto. Lo escuché decir:

—Bueno, hermano, ¿qué se dice en ese México tan nombrado?. . .

—Ya sabes, se habla mucho de ti —le contestó Juan de la Cabada.

Un gran revuelo que venía de fuera interrumpió la conversación. Unos pasos más fuertes que los de David resonaron en el cuartito de junto y entró otro militar muy pálido. Esta vez era un español: García Maroto, que también era pintor y que inmediatamente se enzarzó en una discusión con David. La discusión empezó con el tema de la táctica a seguir en la guerra, pero rápidamente se volvió personal y se trató de quién de los dos había combatido mejor y quién había recibido más heridas. La discusión tomó proporciones enormes, David echaba chispas por los ojos y estaba muy encarnado, mientras que García Maroto daba de puñetazos sobre la mesa amenazando partirla en dos. Ambos se pusieron de pie dando gritos y empezaron a quitarse prendas y a bajarse los pantalones para mostrar las cicatrices.

—¡Ya estuvo bueno! ¿Qué, se van a poner en cueros? —gritó Juan de la Cabada frotándose el estómago.

—¡Coño! ¡Tú no me vas a enseñar a mí a combatir! —rugió García Maroto.

—Hermano, no friegues, yo estuve en todas las batallas

de la Revolución, nada menos que con Francisco Villa —dijo Siqueiros con aire condescendiente.

—¡Carajo! ¡Ya cálmense! ¡Silencio, carajo! —ordenó Silvestre Revueltas.

—¿Callarme yo?— preguntó García Maroto lívido de ira.

—Tú, hermano, a tu música. Déjame discutir con este rejego —le dijo Alfaro Siqueiros.

Y continuó la discusión hasta que ambos quedaron exhaustos. Entonces se comieron una lata de "Beef" y una gran melancolía cayó sobre aquella casita acabada de construir, en la que estábamos reunidos un grupo de "locos". Pronto iba a amanecer. Juan B. Gómez, siempre silencioso y cortés, nos llevó a nuestros alojamientos: una chabola hecha de ramas frescas y adentro un catre de campaña. Nuestra chabola estaba entre las de los soldados.

—Desvístanse a oscuras, aquí no puede haber ninguna luz —nos explicó Juan B. Gómez, nos dio las "buenas noches" y se fue.

# 9

Era muy extraño dormir en aquella especie de cueva o de tienda de campaña hecha de ramas de árboles, tan separadas las unas de las otras que yo veía perfectamente bien las chabolas que nos rodeaban. Se contemplaba el cielo y las estrellas y, cuando amanecía, me quedé dormida. Me despertó el sol dándome en plena cara. A través de las ramas vi filas de soldados que se afeitaban frente a espejitos colgados de las ramas, mientras otros se lavaban en cubos llenos de agua. Apenas creía lo que veía. Me sentía quebrantada, pero era inútil tratar de dormir, había que levantarse como los demás. De pronto se escuchó el zumbar de aviones y aparecieron en el cielo unos "Junkers". Salí despavorida, los soldados corrían en todas direcciones, pero no había amparo contra aquel ataque a campo descubierto. Corrí tras un grupo y vi que algunos soldados lograron entrar dentro de un enorme tubo enterrado en una ladera muy pequeña, mientras que los demás y yo nos agrupábamos alrededor suyo cubriéndonos las cabezas con las manos. Los "Junkers" pasaron una y otra vez sobre nosotros e imaginé que el enorme grupo sería muy visible desde el cielo. Ahí estuvimos, como una triste manada de animales indefensos ante el matadero. Nunca tuve tanto miedo, ni tanta piedad por los soldados. "¡Dios mío, llévame a mi casa!", grité llorando. Algunos soldados se miraron, estoy segura que muchos pensaban lo que yo gritaba, lo leía en sus ojos aterrados: "Como bajen y nos ametrallen", dijeron.

No supe dónde estaba Paz ni Juan de la Cabada ni Silvestre, pero no estaban en aquel enorme grupo apiñados los unos contra los otros, a pleno sol radiante. No duró mucho el ataque aéreo y volví a la chabola porque me encontró Cabada.

—Mira que eres estúpida, ponerte entre esa bola de niños y a cielo abierto —me dijo.

Juan me mostró los árboles, allí se habían refugiado dispersos los inteligentes: "Son los nuevos reclutas", explicó luego Juan B. Gómez y dio la orden de dispersarse en caso de otro ataque aéreo. Era fácil decir "dispersarse", cuando estábamos a campo abierto. Sólo había unos cuantos árboles. "Pero sus ramas te cubren, niña. ¿No comprendes?"

Hicimos fila y nos dieron un café. Los soldados estaban mudos y yo también. Nadie tenía ganas de charlar. El campo abierto, de cielo alto y azul claro, aire translúcido y contornos apacibles era más peligroso que la ciudad. Esperamos, abatidos.

A las once de la mañana nos llevaron en coche al pueblo de Pozo Blanco. Fuimos directamente a una casa, cuyo portón estaba abierto esperándonos. La casa era muy alegre, llena de macetas de flores en el patio y en las habitaciones. Nos recibió Pepita, una andaluza, alta, salerosa, despreocupada, de grandes ojos verdes, cabello oscuro y risa blanquísima y juguetona. Estaba envuelta en una bata floreada. Muy desenvuelta, nos hizo sentar y nos ofreció una copa de jerez. La conversación se volvió animada y llena de risas. Alguien le pidió que cantara. No se hizo rogar y, con voz magnífica, entonó: "Ojos verdes, verdes como la albahaca, verdes, como el trigo verde, y el verde, verde limón. . ." La aplaudimos y ella cantó otras canciones, estaba alborozada, no sabía que

Juan de la Cabada estaba allí, para decirle que llegaba la "aquélla". Pepita se echó a reír: "¡Qué vamo' a'aser!", comentó y Paz, eufórico, le pidió que continuara cantando. A medio canto, llegó David, que como siempre saludó con entusiasmo y besó a Pepita con galantería. Ya sabía el susto que habíamos pasado en la mañana y al ver mi vestido azul, también él cantó:

*Tengo una muñeca*
*vestida de azul*
*con sus zapatitos*
*y su camisón*
*brinca la tablita*
*que ya la brinqué*
*bríncala de nuevo*
*que ya me cansé. . .*

Y se echó a reír muy contento. Era una canción mexicana. Un juego. Y David, entusiasmado, pidió más jerez, y se sentó al lado de Pepita. "Hermanos, ¿qué les parece esta andaluza? ¿Qué les parecen sus ojos?" "¡Preciosos!", contestamos a coro. David tenía suerte, su amante además de ser guapa era alegre. Pero el centro de atención era él. David Alfaro Siqueiros, con sus botas federicas, sus ademanes grandilocuentes y su inacabable risa. "¡Claro que soy de Chihuahua! Pues ¿de dónde podía ser?" En Chihuahua se había organizado la Revolución mexicana y Siqueiros estaba muy orgulloso de haber nacido allí.

Por la tarde nos devolvieron al frente. Anochecía y todo se volvió muy triste. Me senté en uno de los escalones de cemento del puesto de mando de Juan B. Gómez y vi cómo los soldados se retiraban a las chabolas: a esa hora

todo me pareció absurdo y por vez primera en mi vida me sentí angustiada. Gómez nos llamó y todos cenamos una lata de "Beef", que tenía, para mi gusto, un olor bastante repulsivo y un sabor equivalente. Pero no me atreví a rechazarla. Además, no había otra cosa. "Estoy comiendo cadáver", me repetí varias veces. El eslogan de los vegetarianos era ése: "El que come carne, come cadáver." Eché de menos los platos de lentejas que comíamos en las fondas de Valencia. Los dos Juanes, Cabada y Gómez, hablaban animadamente y se reían de las locuras de Siqueiros, que esa noche no apareció, estaba sin duda encantado con Pepita. Dormimos en la chabola.

Por la mañana el sol volvió a despertarme. Los soldados se afeitaban y el campo estaba silencioso. Un grupito de soldados me invitó con mucha cortesía a una chabola vecina. Me explicaron que entre ellos había un pintor que deseaba hacerme un retrato a lápiz. Fui, y el joven pintor me hizo un retrato precioso, con las trenzas cruzadas sobre la cabeza. "Resulta muy medieval", opinó un soldadito. Estábamos contemplando la obra de arte, cuando me llamaron, había llegado David. Le enseñé el retrato, hecho en una hoja de block de dibujo. David levantó una ceja, contempló el retrato unos minutos y pidió conocer al autor. Éste se presentó con timidez: David se puso de pie y abrazó al soldado.

—¡Está muy bien. . . muy bien! ¡No abandones jamás la pintura!, ¡jamás! —le dijo con voz solemne y lo invitó a quedarse con nosotros. La reunión era alrededor de la mesa, que habían sacado del interior del puesto de mando para colocarla frente a la casita. David habló largamente sobre la pintura mural hecha con "pistola" y yo me acordé de Serrano Plaja, de Manolo Altolaguirre y de su horror al imaginar murales en todas las fachadas de España. "Es el pueblo, el que debe gozar siempre del arte mural. . .", afirmaba con tranquilidad. Juan de la Cabada

lo observaba con los ojos entrecerrados: "Sí, mano, sí, para el pueblo", pero lo dijo con retintín. David, muy señorón, se volvió a mí:

—Qué bonita está hoy la compañerita vestida de azul —dijo muy serio para cambiar la conversación.

—Sí, muy bonita, la vamos a recompensar por el susto que pasó ayer —dijo Juan B. Gómez. Y llamó a un soldado para preguntarle si ya estaban listos para la ceremonia. El soldado se cuadró y dijo que todo estaba listo. Entonces, Juan B. Gómez me tomó del brazo y dijo: "¡Vamos!" Los demás nos siguieron. Llegamos a una explanada en donde los soldados estaban formados haciendo un rectángulo. Juan B. Gómez arengó a la tropa, después me tomó del brazo y anunció:

—¡La compañerita Elena Garro será nuestra madrina! ¡La madrina de la Brigada 115!

Sonaron clarines y tambores, y un grupo de oficiales portando estandartes se dirigió hacia donde estábamos. Gómez me indicó que diera un paso al frente, y un oficial me entregó un estandarte y, seguida por él y otros más, recorrí el campo, mientras sonaba una música militar. Di la vuelta al rectángulo con los soldados presentando armas y me volví a Juan B. Gómez a quien entregué el estandarte. ¡Ya era la madrina de la Brigada 115! La brigada de los mexicanos. Sonaron clarines y tambores. Yo escuchaba los tambores, que siempre me han fascinado. . . "Nos vas a dar suerte. . .", dijo Juan B. Gómez. Los oficiales se cuadraron ante mí y luego toda la tropa lanzó sus gorras al aire y gritó:

—¡Que viva la madrina de la Brigada 115!

La ceremonia fue muy emocionante y muy inesperada. Nunca la olvidé: cuando años después Juan B. Gómez volvió a México con sus oficiales, los invité a comer a la casa. Pero ya era distinto: los habían derrotado y hablamos con nostalgia de aquel famoso día. . .

Volvimos al puesto de mando para comer la inevitable lata de "Beef". Todos se pusieron a hablar de México y un rato después cantábamos "Qué lejos estoy del suelo donde he nacido, inmensa nostalgia invade mi pensamiento, y al verme tan solo y triste cual hoja al viento, quisiera llorar, quisiera morir de sentimiento. . ." David se emocionó. Pero al terminar la reunión había desaparecido.

Poco después estábamos haciendo planes con Juan B. Gómez para los días que íbamos a pasar en el frente. Él nos iba a llevar de noche a las avanzadillas, desde las cuales casi podríamos tocar a los franquistas. Debía ser de noche. Aceptamos y Pla y Beltrán se volvió loco de entusiamo lo mismo que Silvestre, que a juzgar por su gusto por el frente se diría que había equivocado su vocación. El campo le había quitado la hinchazón de los ojos y dado buen color, parecía dispuesto a quedarse a vivir allí y a olvidarse del himno que debía escribir para la brigada y para Juan B. Gómez y Siqueiros. Su mal humor se había disipado y metido en sus pantalones de mezclilla, y su camisa a cuadros iba y venía por todas partes. Al oscurecer, un poco antes de la cena, se presentó David, alarmadísimo:

—¡El enemigo se prepara a atacar! ¡Va a haber un combate! —anunció con voz estrangulada.

—¿Un combate?. . .

—¡Sí, hermanos, me lo acaba de comunicar el Alto Mando! Es peligrosísimo que se queden aquí, no podemos asegurar su vida. ¡Estamos en el verdadero frente!

—Pues nos iremos, mano. . . —dijo Juan de la Cabada con desgano.

—¡No! ¡Podemos quedarnos y ver un combate verdadero! —protestó Revueltas.

—¡Imposible! Esperamos el ataque en las primeras horas de la noche —exclamó David.

Silvestre Revueltas se puso de mal humor. Juan de la Cabada intervino:

—No te pongas así, hay que irse ahora mismo.

De prisa recogimos el exiguo equipaje y ya anocheciendo nos subieron a un automóvil más grande que el que nos había traído, con dos milicianos, en vez de uno. David nos abrazó a todos apresuradamente. Juan B. Gómez, con calma.

—¡Adiós!. . . ¡Adiós!. . .

Y volvimos a los caminos vecinales ya de noche cerrada. Nos deteníamos en pueblos apagados y Juan bajaba a reconocer el camino. Pronto Paz y yo nos dimos cuenta de que el enemigo que iba a atacar era Angélica. Seguíamos el viaje, pero era como si hiciéramos un viaje alrededor del frente, ya que Silvestre y Juan bajaban y nosotros desde el coche oíamos sus gritos lejanos: "¡Angélicaaaa!". . . "¡Angélicaaaa!"

—¿Qué pasa? —preguntaba Paz a Silvestre y a Cabada, cuando éstos volvían al automóvil.

—Nada, hombre, que esta Angélica anda por aquí y hay que encontrarla para evitarle un escandalazo al cuate este.

Y el coche volvía a caminar y a entrar en otro pueblo apagado y silencioso, como si estuviera muerto.

—¡Angélicaaa!. . . ¡Angélicaaa!

Y regresaban Silvestre y Cabada al coche en donde a oscuras esperábamos.

—Esta pendeja se puede meter en un pueblo franquista —dijo Silvestre muy enfadado.

¡Caramba con Angélica!, nos había fastidiado el viaje a Pozo Blanco. Al final nos bajábamos a recorrer los pueblos oscuros y a gritar: "Angélicaaa". . . Yo avancé por un camino de tierra donde al final distinguí un edificio muy grande. El enorme edificio tenía el portal abierto

y entré dando voces: "¡Angélicaaa!" Dentro había una luz muy débil y distinguí bóvedas de piedra y claustros y, para mi horror, escuché unos gritos terribles y desgarradores y vi algo que me pareció dantesco: había llegado a una puerta abierta muy bien iluminada, allí había una mesa de operaciones sobre la cual estaba un joven atado. Lo rodeaban hombres y mujeres vestidos de blanco y había mucha, mucha sangre. Di un alarido y uno de los hombres de blanco se volvió hacia mí: "¿Qué hace esta mujer aquí? ¿Qué hace en un hospital de sangre?" Yo seguía dando alaridos. "¡Fuera! ¡Fuera! ¡No tenemos anestesia y este chico se nos muere!" Una mujer gritó: "¡Fuera! ¡Se le está amputando una pierna!" Como no me movía, petrificada por el horror, alguien ordenó: "¡Echen a ésa!" Una enfermera me llevó hasta un corredor, yo iba dando tumbos y los alaridos del chico no cesaban. "No tenemos anestesia, no tenemos anestesia, es un caso grave, grave". . . Me abandonó en el corredor y no supe cómo llegué al portal abierto y me derrumbé en el quicio. Ahí me quedé. No sabía en dónde estaba ni lo que sucedía ni por qué estaba ahí. Escuché la voz de Juan de la Cabada que avanzaba entre las sombras: "¡Elenaaa!" No pude contestar. Juan, enorme, se plantó frente a mí: "¿Qué haces, muchacha?, te andamos buscando." Me eché a llorar: "Es un hospital de sangre, le están cortando la pierna a un chico." Entre las sombras volvimos al auto y ya no dije nada. No había nada que decir. Angélica continuaba desaparecida y de la Cabada volvió a internarse en las sombras y a gritar "¡Angélicaaaaa!" Ya estábamos en otro pueblo y al cabo de un rato regresó Juan: "Ya la encontré, debíamos haberla buscado allí desde el principo."

—¿En dónde está? —preguntaron los otros.

—En el Partido y había oído que la llamábamos —dijo Juan.

—¿Qué, y la dejas ahí? ¿No te la traes? —preguntó Silvestre disgustado.

—No quiere, mano, vámonos, déjala, ya sabe a qué atenerse —dijo Juan.

Ya podíamos volver a Valencia.

Tomamos un camino entre olivares, íbamos en silencio con los faros apagados y de pronto el automóvil dio una voltereta en el aire y nos volcamos. Yo caí en tierra, me puse en pie y llamé a los otros. Todos estaban bien. Había luna y los olivos brillaban.

—Dormiremos en el olivar. Mañana temprano arreglamos el coche y seguimos el viaje. Ahora hay que dispersarse. No sabemos en qué terreno estamos. ¡Aléjense del coche! ¡Aléjense! —ordenó un miliciano.

Uno a uno nos alejamos del auto lo más posible y todos tomamos una dirección opuesta. No sabíamos si estábamos en campo nacional y si encontraban el auto era mejor que estuviéramos separados. La noche estaba quieta. Lo visto en el hospital de sangre me dejó inmovilizada. Nunca imaginé una escena parecida. Avancé entre los olivos procurando alejarme lo más posible del automóvil, escogí un olivo y me acosté sobre la tierra seca. Sólo llevaba mi vestido azul con el que había sido madrina de la Brigada 115. Miraba el cielo, no podía dormir en aquella soledad plateada. Me acurruqué y de pronto escuché pasos que se acercaban a mí con cautela. Entreabrí los ojos: era un miliciano muy joven, llegó junto a mí: "Me va a matar", pensé. El muchacho, de pie, me contempló unos minutos, se quitó su capote militar, se inclinó y me lo puso encima con mucha delicadeza para no despertarme; luego, casi de puntillas, se alejó y se perdió entre los olivos. Nunca olvidé ese gesto y ni siquiera recuerdo el nombre del muchacho. Era uno de

los dos milicianos que nos acompañaban de regreso a Valencia. Al amanecer hizo mucho frío, pero yo dormí cobijada con el capote de mi ahijado. Cuando se levantó el sol, busqué el automóvil. Los dos milicianos lo pusieron de pie. "¡Gracias!", le dije al chico que no llevaba capote y le devolví su prenda. Él enrojeció: "Te hubieras enfriado. Estas noches andaluzas son muy cambiantes." Los demás fueron apareciendo entumecidos por el frío.

## 10

Dos días después llegamos a Valencia en medio de una tormenta terrible y de un bombardeo. Los milicianos nos depositaron ante la reja de la casa del Grau.

—La señora ya no tiene habitación —me dijo el criado Vicente, en voz muy baja. Entramos al vestíbulo casi apagado y descubrimos a León Felipe y a Bertuca sentados en una banca adosada al muro.

—¿Qué hacen aquí? —y corrimos a abrazarlos.

—Luquín es un mal bicho, nos echa a la calle en medio del bombardeo y de la tormenta —gritó León Felipe.

—¡Luquín! ¿Quién es Luquín?

Y supe que era el diplomático mexicano encargado de poner orden en aquella casa. En lo alto de la escalera apareció un personaje, muy delgado, con gesto agrio y envuelto en un batín de brocado. Paz y yo empezamos a subir la escalera para enfrentarnos con Luquín, que echaba a la calle a León Felipe y a Bertuca. El personaje nos miró con gran frialdad.

—¡Fuera de aquí! —ordenó extendiendo el brazo y señalando la puerta de entrada.

—¡Usted no puede echar a estas criaturas a la calle! —gritó León Felipe poniéndose de pie y haciendo molinetes con su bastón.

—¡Fuera de aquí los cuatro! —ordenó Luquín.

Atrás de él y medio escondidos por las sombras estaban Fernando Gamboa, Susana Steel y Chávez Morado, los tres con el rostro descompuesto.

—¡Usted no es un poeta! ¡Usted es un burócrata! —le dijo Paz con voz furiosa. El personaje miró con desprecio a Paz:

—El poeta es mi hermano. ¡Yo soy diplomático! Y ahora: ¡fuera!, ¡fuera!

Salimos a la calle en medio de una lluvia torrencial y de un activo bombardeo. La ciudad estaba a oscuras y el Grau bastante alejado del centro de la ciudad. ¿Y qué ibamos a hacer en la ciudad apagada? León Felipe, más bíblico que nunca, profería exclamaciones terribles ante la ignominia que había cometido aquel Luquín.

—¿Qué pasa?. . . ¿Qué pasa?. . . —preguntaba Paz en medio de los remolinos de agua y el estruendo de las bombas.

—¡Que nos han echado! ¡Que nos han echado! ¡Es ese sinvergüenza de Wenceslao! —gritó León Felipe en medio de la soledad de la tormenta. Bertuca, como buena mexicana, aguantaba los torrentes de agua en silencio y se envolvía con fuerza en su vieja gabardina, que el viento levantaba de la parte baja.

¿Adónde ir? León Felipe tuvo una idea romántica: "Iremos bajo algún puente; vamos a buscar el río." Y empezó a hacer teorías sobre la nobleza de los puentes que acogen a los poetas desdichados. "Ahí podremos esperar que amanezca." Buscamos un amparo junto al río Turia. Estábamos calados hasta los huesos y la tormenta arreciaba. Era mucho esperar a que amaneciera. Además, si los soldados nos descubrían allí, podían creer que estábamos haciendo un sabotaje. "¡Pequeña, Caín está aquí! ¡Aquí en España!" Él y Bertuca habían dejado Madrid y, como ella era mexicana, al llegar a Valencia buscaron la casa del Grau, pero les negaron la hospitalidad y en ese momento habíamos llegado nosotros. Bajo la lluvia todos estábamos desorientados y deprimidos. De pronto tuve una idea: ir a la casa de mi tía, la hermana de mi padre. León Felipe saltó: "¿Por qué no lo dijiste

antes? ¿Por qué no dijiste que tu familia estaba aquí?"

Dejamos el río y entramos a Valencia. En la casa de mi tía nos recibieron con júbilo, tendieron unos colchones en el suelo, pues no había camas para todos, nos dieron una taza de chicoré caliente y dormimos juntos en la misma habitación. Estábamos empapados.

Temprano fuimos a la Casa de la Cultura a decir lo que nos sucedía. Paco Gil escuchó boquiabierto y nos cedió una habitación para todos. Dormiríamos en el suelo. ¡Muy bien! La ira contra Luquín continuaba en Paz, que no lograba entender su gesto. Y repetía: "¡Ese burócrata!"

Al día siguiente se presentó Chávez Morado: el camarada Mancisidor quería hablar con nosotros: el escándalo no podía continuar. Una orden era una orden y nos presentamos por la tarde en la casa del Grau, donde, acodado a la mesa, nos esperaba el compañero Mancisidor, con aire grave. No sabía cómo empezar la arenga, sobre todo porque allí estaba el compañero Juan de la Cabada, mirando, mirando. . . y él ya había averiguado todo.

—Rubita, ya pueden volver a su habitación. . . para evitar fricciones, los camaradas Gamboa, Susana y Chávez Morado se van a Pozo Blanco, y tú y el camarada De la Cabada quedarán encargados de la Exposición de la Pintura Mexicana —dijo Mancisidor con voz insegura, ya que lo único que él deseaba era evitar broncas en la delegación mexicana. Juan lo seguía mirando. . .

Nosotros no dijimos nada. Chávez Morado estaba muy pálido y quería zanjar la dificultad tratando de sonreír.

—¡Carajo! ¿Por qué no les dicen la verdad a Octavio y a Elena? La verdad es que los compañeros Gamboa y Susana se apoderaron de su cuarto mientras nos fuimos a Pozo Blanco —exclamó Cabada rojo de ira.

—¡Calma! ¡Calma, compañeros! Ha sucedido algo muy grave —afirmó Mancisidor. Casi en voz baja, Chávez Morado dijo que la noche en la que nos echaron y en cuanto abandonamos la casa del Grau, desde la calle, dispararon varias ráfagas de ametralladora contra la terraza de la habitación donde dormían ahora Susana y Fernando Gamboa. Los dos se habían echado a tierra y abandonado el cuarto a gatas. ¿Tiros? ¿Y querían que volviéramos allí para que nos mataran a nosotros? Aceptamos, pero pusimos como condición que volvieran León Felipe y Bertuca, aunque ellos ya habían hallado acomodo en la Casa de la Cultura y se negaron a volver al Grau. "¿Y Luquín?", preguntó Paz. Luquín ya había abandonado la casa, sólo había pasado allí unos días.

Esa misma tarde vimos partir a Susana, a Gamboa y a Chávez Morado a Pozo Blanco. Nos entregaron las llaves del local de la Exposición y nos ordenaron ir allí de inmediato. Debíamos abrirla a las diez de la mañana y cerrarla a las ocho de la noche.

—Está bien, está bien, ya entendimos —contestó Juan a todas las recomendaciones que nos hicieron los pintores antes de partir.

Apenas se perdió el coche que los llevaba en la calle, Juan se volvió a mí riendo:

—¡Están locos esos cuates! ¡Ya parece que nos vamos a encerrar en su localito de fotografías! —dijo.

Y efectivamente, nos fuimos directamente a la Exposición, Juan ordenó que descolgaran los cuadros y los empacaran en cajas. Después fuimos a un Ministerio a dar las gracias por haber facilitado el local a un "pueblo hermano" y entregamos las llaves del local. Todo lo ejecutamos con gran rapidez. Una vez libres, nos fuimos al Café de la Paz a encontrarnos con Manolito Altolaguirre, que encontró muy bien lo que habíamos hecho. ¡Muy bien!, y nos reímos hasta las lágrimas al imaginar las caras

que iban a poner "los cuates" cuando encontraran su Exposición terminada.

Tuvimos unos días libres felices, vagabundeando por la ciudad y riendo de todo lo que veíamos. ¡Ah!, pero por desdicha la libertad sólo dura unos segundos, pues los pintores volvieron antes de lo que esperábamos.

—¿Cómo va la Exposición? —preguntaron sorprendidos al encontrarnos tumbados en la terraza.

—¡Muy bien!

Nos miraron con sospecha y corrieron a su local. Volvieron lívidos de ira, acompañados del pobre Mancisidor.

—¡Compañero Juan! ¿Te das cuenta de lo qué has hecho? De la rubita no me extraña nada. . . Pero de ti. . . —empezó Mancisidor.

—¡Sí! La cerramos. ¿Y qué?. . . ¡Vuélvanla a abrir si es tan importante! —contestó Juan indignado.

Aceptaron. Iríamos a pedir las llaves y a explicar que todo había sido una confusión, un error y, en castigo, debíamos colgar nosotros todos los cuadros en el mismo orden que ocupaban. ¡Muy bien! Obedeceríamos.

"No sé quién arrastra a quién a hacer tanto disparate, si tú a Juan o Juan a ti. Por eso no deben andar juntos", me dijo desde aquellos días Paz. Fue inútil. Juan y yo anduvimos juntos en México, en Nueva York (cuando Anaïs Nin trabajaba en su imprenta de mano y nosotros arrastrábamos a Gonzalo More a quedarse con nosotros en el café platicando y riendo. No entiendo por qué Anaïs le puso un nombre tan feo en sus memorias: "Rango". Gonzalo era un personaje especial, de los que ya no nacen: era la generosidad, la tristeza profunda y la alegría viva. Él no conocía ningún obstáculo en la vida, no la temía. En París, cuando Neruda saboteó a César Vallejo, Gonzalo, su gran amigo, no lo abandonó nunca.

Ambos eran peruanos, César de familia muy humilde y Gonzalo de familia oligarca, pero ambos habían compartido los días felices y los días siniestros de hambre. Gonzalo, al principio, tocaba el piano en un cine y de eso vivían los dos. Luego ambos se casaron, Gonzalo con una bailarina, que con la edad perdió el oído y tuvo que abandonar el teatro y vivía sola, en un departamento del Village adonde le llevábamos la comida del restaurante. Ella no salía. Vivía rodeada de telones polvorientos, de programas de teatro, de sus trajes de escena, todo revuelto, en medio del polvo acumulado en aquel piso de aspecto trágico. César Vallejo ya había muerto de hambre en París y Georgette, su preciosa mujer francesa, de la que se han dicho tantas cosas malas, vivía en París aferrada a los poemas inéditos de César. Juan, siempre cascabelero, gozaba de otra amiga: Leonora, bajita, celosa e inteligente. En esos días había otro hambriento ilustre que no se separaba del grupo: Henry Miller, que se pegaba a Juan y a su grupo, como a un ancla de salvación. La pasábamos muy bien: todo nos divertía y si no hubiera sido por las trágicas mujeres de Gonzalo, nadie se hubiera preocupado de nada.)

La guerra rugía, ahora en Europa, pero nosotros continuábamos hablando de la guerra de España y recordando las tonterías que hicimos en esos días sonoros de cañonazos y bombas. Cenábamos en el Sevilla, un café de españoles y comíamos en el Jai-Alai, el restaurante del hotelucho del mismo nombre, en el que se habían refugiado varios españoles discutidores. Allí vivía Antoñanzas, famoso por haberse robado un avión en Francia y haber huido a África en ese aparato, que no sabía conducir. Su aterrizaje quedó en los anales del disparate español.

En Valencia, yo no podía prever este futuro risueño y hambriento. Y tanto Juan como yo nos sometimos a la voluntad de los Gamboa.

Por la mañana, muy temprano, Gamboa, Susana y Chávez Morado nos sacaron de la casa del Grau y nos metieron en un tranvía con ellos. Iríamos a pedir las llaves al Ministerio ¡solos!, a abrir el local ¡solos! y a colgar los cuadros ¡solos! Ah, pero ellos estarían vigilando nuestros pasos: uno a uno. Juan asentía con gestos de cabeza. Yo estaba harta. Hacía mucho calor y me parecía monstruoso el castigo. Juan tampoco iba contento y, para demostrar su disgusto, no quiso sentarse en el tranvía ni permitó que yo lo hiciera, ellos se quedaron con nosotros en la parte trasera. Allí Juan silbaba y escuchaba las instrucciones severísimas de los Gamboa. De pronto, Juan me cogió de la mano y los dos saltamos a la calle de "angelito".

—¡Buen trabajo, camaradas! —les gritó Juan desde la acera.

Los Gamboa y Chávez Morado se quedaron boquiabiertos, mirándonos desde el tranvía que se alejaba, se alejaba. Un estallido de risa nos obligó a recargarnos contra una pared, para no caer al suelo de risa, al ver la desolación en los rostros de los camaradas, que desaparecían al final de la calle.

—Pero ¿has visto a estos imbéciles? ¿Quiénes son para darme órdenes? —me dijo Juan y volvió a reír a carcajadas. Seguimos riendo todo el día. Al volver a la casa del Grau, al anochecer, nos pusimos serios.

Los Gamboa nos esquivaban. Supimos que les costó mucho esfuerzo recuperar el local y colgar los cuadros. María Luisa Vera estaba de nuestra parte, pues encontraba "injusto" que una gringa de Brooklyn representara a México en España. Mancisidor prefería no escuchar las quejas contra nosotros, pues el prestigio de Juan era

inmenso. Tanto "Taurino López", como "Bajo tu clara sombra" de Paz, los habían vuelto muy populares. . . Además había que guardar la unión, ya que debíamos ir a Madrid a preparar el concierto-conferencia del 27 de septiembre. . .

Mientras arreglábamos el viaje a Madrid, nos dábamos buena vida en Valencia, pues habíamos roto con la dictadura de los Gamboa. En la casa del Grau mandábamos nosotros y Susana, que tenía la extraña costumbre de andar completamente desnuda en los hoteles y en la casa, venía a pedirme la llave del baño, que Vicente me había confiado a mí. Yo no salía de mi asombro al verla llegar desnuda, se había afeitado el pubis, y eso le daba un aspecto más raro. Recuerdo que un día entró y Cabada se la quedó mirando con disgusto.

—¿Puedo saber por qué me ves así? —le preguntó.

—Si no quieres que te vea ¡vístete! ¿Por qué andas desnuda? —le gritó Juan.

Cuando se fue asustada, nos echamos a reír. Pero esa noche me atrapó Angélica Arenal, que ya estaba en Valencia, para decirme:

—La camarada María quiere verte inmediatamente —su voz era más que severa.

La camarada María era uno de esos fantasmones a los que nadie veía, y que estaban llenos de poder: era la secretaria del Socorro Rojo Internacional. Yo sabía quién era, y la verdad me daba miedo. Se llamaba Tina Modotti y años atrás estuvo en México acompañada de su amante Julio Antonio Mella, un líder comunista cubano al que asesinaron en la calle de Abraham González cuando iba en compañía de la fotógrafa Modotti. Durante años escuché decir que ella se había hecho a un lado antes de que empezara el tiroteo. Ahora, era la compañera de otro

poderoso fantasmón a quien nadie veía tampoco: el comandante Carlos.

—Dile a la camarada María que no voy —le contesté a Angélica.

—Te espera mañana a las seis de la tarde —y Angélica me dijo que ella misma me conduciría a su despacho.

—No voy. No tengo nada que decirle —insistí. Fue inútil, durante varios días Angélica me trató de llevar con ella, pero no cedí, a pesar de la ira de Angélica. Cuando terminó la guerra y los refugiados llegaron a México, vino una mañana a mi casa Ángela Selke a anunciarme que la camarada María había muerto en un taxi acompañada del comandante Carlos. Y que éste llevó su cadáver al hospital Juárez. "Yo creo que se la cargó" —me dijo en un susurro Ángela Selke.

Un día un camión del ejército nos llevó a todos a Madrid. León Felipe y Bertuca se unieron a nosotros. Fue un viaje largo y pesado. Ya no había Congreso ni fiesta ni banquetes, ahora se trataba simplemente de la solidaridad entre México y España.

Los compañeros iban silenciosos, sentados sobre las bancas duras del camión. El vehículo se detuvo antes de llegar al hotel Victoria, frente al Ministerio situado en la calle de Medinaceli y en donde estaba también el Ministerio de la Defensa. Hacía frío y preferí quedarme en el camión contemplando la calle vacía, el hotel Palace cerrado y los leones de las Cortes. La tarde estaba triste y yo también. Tan triste, que todavía ahora cuando paso por las Cortes me vuelve esa pesadumbre aguda que sentí en aquel camión estacionado en una tarde perdida de Madrid.

Se acercó un grupo de chiquillos con mandiles a rayas:

—¡Oye! ¿A qué hora descargan el carbón? —me preguntaron.

—Ya bajaron los carbones, pero van a volver a subir —le dije, y los chicos se quedaron a charlar conmigo. Cuando salieron los amigos del edificio oficial se los mostré:

—¿Ven?, ya van a subir los carbones —dije.

Los chiquillos se echaron a reír:

—¡Anda!, quieres decir los cabrones —y salieron corriendo.

Eran inteligentes y cautos y con los únicos que me había entendido. ¡Así de simple!

Lástima que yo no pudiera salir corriendo para librarme de los discursos farragosos y de su voluntad de "martillo categórico" para imponer sus caprichos sobre los míos. Me daba cuenta de que con ellos había entrado en otro mundo. Pensaban al revés de como pensaba yo. "Todos cometeríamos el mismo error bajo las mismas circunstancias", repetía mi padre. Nadie era condenable y Dios era el único que tenía poder para juzgarnos. En España todos éramos juzgables y cometíamos pecados ininteligibles. Y entre todos la más pecadora era yo por ser "pequeñoburguesa". Ignoraba el significado de aquel estigma que había caído sobre mi cabeza frente a aquellos jueces que hablaban de "las contradicciones del capitalismo". Esa frase me aturdía. Para mí ellos estaban llenos de contradicciones. Por ejemplo: me acababa de enterar de que había homosexuales. ¡Era insólito, pero cierto! Y me explicaron que por ese hecho habían perseguido y matado a los frailes y a los sacerdotes. ¡Muy bien! Y renglón seguido me explicaban que Shakespeare, Platón, Homero, Miguel Ángel, Byron, Shelley, Oscar Wilde, Marcel Proust, André Gide, Botticelli, Sófocles y García Lorca también eran homosexuales. ¡Caramba! Como la burguesía odiaba a la cultura por eso asesinaba a los artistas.

Entonces, ¿la religión católica se unía a la cultura por ese misterio de la homosexualidad? "¡No entiendes nada!", me contestaban. Sí entendía: los poetas, los escritores, los pintores, los ejércitos alemán e inglés, así como el clero, estaban formados por homosexuales. Lo que no entendía era por qué en un caso estaba bien y en los otros era completamente condenable. "Sólo quiero saber si es bueno o es malo ser homosexual." ¡Ah!, ¡mi espíritu pequeñoburgués! No había bueno ni había malo. "Y entonces ¿cómo podían condenar a alguien si no era bueno ni malo?" Naturalmente que había lo malo: la burguesía condenada a desaparecer. El término me colocaba en un peligro inmediato, aunque yo sólo fuera "pequeña" burguesa, al final el castigo no estaría de acuerdo con mi tamaño, puesto que debía desaparecer. ¡No! Lenin había condenado a la pequeña burguesía al ¡exterminio! Lenin ya había muerto pero su condena continuaba vigente. ¡El exterminio! Había que pensar en ese término más de dos veces. "¿Y Lenin también condenó a los sacerdotes?" Me miraron con suficiencia. Lenin dijo: "la religión es el opio de los pueblos", yo sabía porque se lo había escuchado decir a mi padre que esa frase era de Maquiavelo. ¡Qué fórmula! "¿Por eso en Francia durante la Revolución exterminaron a la Iglesia?" Yo decía cosas sin sentido: "La Revolución francesa era nada menos que una revolución ¡burguesa!" Así resultaba que las *tricoteuses* y las pescadoras que seguían a Marat eran burguesas como yo. "¡Calla y no digas más tonterías!" "¿Callar? ¿Y qué significa la libertad de expresión?" Ese término me gustaba, era como en mi casa, pero diferente. . . si estaba condenada al silencio tenía derecho a exigir silencio y quedar libre del ruido de sus palabras. ¡Eso no! Debía escuchar sus discusiones, que no eran discusiones ya que todos estaban de acuerdo, sobre el tema sustancial de

aquellos días: el testamento de Lenin. Para mí ese testamento era una contradicción increíble. "Si Lenin no creía en la herencia y mucho menos en los reyes, o sea en el poder heredado, ¿cómo había hecho un testamento para dejar a un heredero universal del poder? Trotski era el heredero desheredado. ¿Eso no es una contradicción?" ¡No! Fue entonces cuando Paz inventó que yo era una sofista y, un poco después, que yo era un "sofisma".

Esa tarde en Madrid yo estaba harta de ser un "sofisma" y me quedé en el camión. ¡Qué pesadumbre! Estaba entre personas que negaban el pecado y encontraban culpables. ¿Y cómo se podía ser culpable sin haber pecado?. . . Diez años después descubrí: "Estos comunistas han sustituido al pecado por el error político." Entonces, ¿por qué reniegan de Stalin si no hizo sino aplicar la teoría y el principio de "el fin justifica los medios"? En aquella tarde perdida en Madrid, me dije: "Estoy dejada de la mano de Dios." Esa frase la empleaba mi padre sólo en los momentos de gran infortunio.

—¿No has leído nada de marxismo, muchacha? —me preguntó Juan de la Cabada.

—¡Nada!

—Lee el *Manifiesto comunista*.

Pensé que era mejor que él me lo contara. Y Juan me contó el *Manifiesto comunista*. Con el comunismo terminaba la explotación del hombre por el hombre, terminaba la "plusvalía", los intermediarios quedaban eliminados, en la tierra no quedaría ni un rico ni un pobre. Las máquinas harían el trabajo pesado y los obreros trabajarían dos horas y luego podrían pasear, bailar, ir al teatro, amar y jugar. En una palabra, el comunismo eliminaba el sufrimiento y el mundo se volvería paradisiaco. ¡Muy

bien! Ya había entendido, no necesitaba leerlo, el *Manifiesto comunista* era como el *Discurso de la Edad de Oro* de Cervantes. "¡Exactamente!", dijeron Cabada y Paz. Yo era tan inteligente que quedé dispensada de leer aquel documento.

No lo leí nunca. Ni leí nada marxista hasta que el dichoso procurador de la República, Sánchez Vargas, me acusó de ser "uno de los jefes del complot comunista para derrocar las instituciones del Gobierno". En 1970 le dije a Helenita Paz: "Voy a leer el *Manifiesto comunista*." Después de leerlo vi que el término comunista se aplica con mucha frivolidad. Además el *Manifiesto* no se parece en nada al *Discurso sobre la Edad de Oro* de Cervantes. Decidí leer a todos los marxistas y no sólo a ellos, sino a sus antecesores, a sus contemporáneos, a sus discípulos y a sus opositores. Saqué alrededor de 2 700 fichas y compré ficheros para ser metódica. Pero ya era tarde. . ., más tarde de lo que pensaba. También descubrí que los marxistas no han leído a Marx ni a los marxistas. ¡Somos muy pocos los que hemos cumplido con esa tarea! Y es muy importante enterarse de lo que está en el aire. . .

En aquellos días los comunistas que habían estado en la Unión Soviética actuaban y se expresaban como "seres aparte": habían penetrado el gran misterio, habían recibido la iluminación, conocían los secretos del dogma, eran los grandes iniciados. . . Escritas están, sobre el frontón del Templo de los Misterios de Eleusis, estas palabras: "El que cruce estas puertas saldrá loco, sabio o muerto." Esas palabras eran aplicables a los que habían cruzado el umbral soviético. Eran los otros, los que hablaban de memoria, los que me irritaban y además eran antipáticos. Sus argumentos eran tan válidos o tan gratuitos como los míos.

Rafael Alberti sí conocía la Unión Soviética, tal vez por eso era una persona melancólica y que actuaba con despego, como si nos mirara desde una orilla muy lejana, aunque fuera risueño y gastara bromas. A veces paseábamos con él por la ciudad de Madrid. Recuerdo en especial una tarde, solitaria y silenciosa, como era entonces Madrid. Pasábamos frente a las fachadas de unas casas de piedra sólida y vi trozos de piedra desprendidos y agujeros en ellas. Le pregunté a qué se debía.

—Son los resultados de la metralla —dijo.

Si la metralla era capaz de lastimar así la piedra, ¿qué haría con la piel humana? Me vi las manos. El hombre era demasiado frágil para tratarse con aquella brutalidad. Y sentí miedo, mientras Rafael continuaba hablando de Góngora.

# 11

Nos instalaron en el hotel Victoria. No quedaban escritores. Todo el Congreso había desaparecido. Había periodistas extranjeros sentados como siempre en el fondo del salón enorme, en donde estaba arrinconado un piano. Apareció Antonio Aparicio, un joven poeta, andaluz, delgadito y de ojos vivaces y dientes blancos, a quien Rafael Alberti llamaba Antonio el "Camborio", como el héroe del poema de García Lorca. Venía acompañado de Ontañón, uno de los mejores amigos de Federico, un hombre joven y grueso, dispuesto a las bromas y a la risa. En un sofá estaba el Cura Lobo, rodeado de jovencitos.

—Mira, ése es un cura rojo —me dijo el "Camborio".

—¿Qué dices? ¿Un cura comunista? —pregunté, y me dediqué a observar a aquel viejo extravagante, vestido de negro, y de ademanes libertinos.

Ontañón me contaba anécdotas de La Barraca, el teatro de Lorca, con quien él había trabajado.

—¿Cómo era Lorca?

—Pues Federico, ¡hombre, chica!, ¿qué puedo decirte de él?. . . ¿que era encantador? Eso lo sabe todo el mundo —y Ontañón me miraba con curiosidad.

Antoñito el "Camborio", en cambio, estaba muy orgulloso del mote que le había dado Alberti y reía y contaba anécdotas conocidas del poeta muerto. ¡Qué desilusión terrible me llevé, cuando años después, en Nueva York, se me acercó un señor grueso y prematuramente

envejecido y calvo, para preguntarme si no lo reconocía!

—No. . . de verdad, no te reconozco. . .

—Soy Antoñito el "Camborio", Antonio Aparicio —me dijo con aire triste.

Pero, en Madrid, todavía no había visto los estragos que el tiempo iba a hacer en aquel joven andaluz, delgado, vivaz y malicioso. Él, Ontañón y Chabás, el que le había quitado la amante al rey Alfonso XIII, eran mi tertulia.

El día que nos llevaron al frente de la Casa de Campo era una tarde tibia y tranquila. Los soldados habían preparado bajo las ramas de los árboles una mesa de tablas para obsequiarnos con cerveza. Los franquistas estaban a un paso, detrás de los árboles, en una hondonada. Rondándonos había un oficial alto, moreno, de botas altas, camisola y pendiente a la cintura una pistola ametralladora. El hombre era inquietante y guapo. Nos miraba con malicia. Cerca de la mesa habían instalado una ametralladora sobre un tripié, apuntando hacia el campo franquista. Bebimos un trago de cerveza y Susana Steel, que se hallaba eufórica, contó a los soldados, que la escuchaban boquiabiertos, que ella era prima de Stalin.

—Miren, camaradas, mi nombre en inglés, Steel, quiere decir acero. El nombre del camarada Stalin, en ruso, quiere decir acero. Lo único que hizo mi familia fue traducirlo en Estados Unidos para evitarse dificultades.

La euforia de los soldados no tuvo límites:

—¡Por la camarada Stalin! —dijeron con las cervezas en alto y puestos de pie.

Los mexicanos nos quedamos silenciosos. ¡Era tal la barbaridad que había dicho Susana, que no nos quedaba otra cosa que callar! El oficial alto que nos observaba de lejos, se acercó:

—¿Quieren tirar sobre los franquistas? —preguntó señalando la ametralladora. Todos dijeron: ¡Sí! Yo dije: ¡No! La primera en levantarse fue la camarada Stalin.

Le enseñaron el manejo de la ametralladora y disparó gustosa varias ráfagas. "Mira a esta pendeja, las mentiras que vino a contar al frente", me dijo al oído María Luisa Vera, que siempre estaba de pique con Susana, porque ésta le usurpaba su lugar en todas partes. Dispararon todos. Yo me rehusé. El oficial alto e inquietante se me acercó:

—¿Y tú, camaradita, no tiras? —preguntó.

—¡No! No me da la gana que, por juego, mate a alguien que está arriesgando su vida en serio, o lo deje mutilado. Yo aquí no corro ningún riesgo —le dije enfadada. Se sentó junto a mí, me tocó las trenzas rubias que llevaba enroscadas sobre las orejas y me dijo:

—¡No! Tú no tiras, porque eres rusa blanca.

—¿Rusa blanca?. . . —pregunté asombrada.

—Mira tu pelo y tu peinado —me contestó sonriente.

—Pues no soy rusa.

—Yo sí lo soy, georgiano, me llamo Daniel Zozolashvili y conozco a mis compatriotas —me dijo guiñándome un ojo.

Le pedí que me dejara ver su pistola que por los correajes le llegaba a medio muslo y contestó que era imposible. Ésa era su pistola ametralladora y sólo él podía manejarla. Y volvió a insistir:

—¿De qué parte de Rusia son tus padres?

—De México.

Se echó a reír. Luego uno de sus ayudantes me llevó a un pequeño claro del bosque para mostrarme los cadáveres de algunos franquistas que habían matado allí. Los cuerpos habían caído de cualquier manera entre la hojarasca y sus uniformes estaban sucios y envejecidos. Me tomaron una foto contemplando aquel espectáculo escalofriante y yo guardé valor y no dije nada, aunque, en silencio, le pedí a Dios que tuviera piedad de ellos.

No sé por qué no los enterraban. Daniel Zozolashvili era el primer ruso que veía o que hablaba conmigo, aunque yo sabía que había rusos en los frentes y en las ciudades dirigiendo las operaciones. Los amigos nos habían confiado, en voz muy baja, que en España estaba el general Berezin, uno de los hacedores de la Revolución soviética, así como Antonov-Ovseenko, el hombre que había tomado el Palacio de Invierno durante las jornadas de la Revolución de Octubre, cuando Kerenski perdió el poder.

Vladimir Alexandrovich Antonov-Ovseenko tomó parte en la Revolución desde la edad de 17 años. Lo llamaban "La Bayoneta". Era amigo íntimo de Félix Dzerjinski y ambos provocaron motines sangrientos en el campo Novaia-Alexandra. Ambos pertenecían al partido socialdemócrata. Dzerjinski fue detenido una vez como delincuente común y se hizo de amigos entre los "malditos de la tierra". Luego fueron arrestados Dzerjinski y Antonov-Ovseenko en Sebastopol. De allí la revuelta pasó a Odesa ya que el acorazado "Potemkin" estaba en rebeldía. Los principales amotinados del acorazado fueron Rakovski, rumano de nacionalidad búlgara, que luego llegó a comisario y ministro, Matuchenko, que emigró a Suiza y al volver a Rusia en 1907 fue ahorcado, y André Marty, "el glorioso amotinado del Mar Negro", que fuera en España el jefe de las Brigadas Internacionales. Antonov-Ovseenko y Félix O. Rosenberg organizaron las bandas que tomaron el Palacio de Invierno. Emborracharon a los soldados y éstos, empujados por el furor del alcohol, destrozaron todo lo que pudieron, mataron a los jóvenes cadetes que defendían el Palacio, y se lanzaron a las bodegas imperiales. Como resultó imposible controlarlos y desalojarlos, Antonov-Ovseenko y Rosenberg decidieron ametrallarlos dentro del Palacio, para deshacerse de ellos. En España no se les veía, só-

lo se hablaba de ellos, pues Rosenberg era el embajador de la Unión Soviética. De Antonov-Ovseenko se decía que era el general Kleber, aunque también se pretendía que era Berezin quien se escondía bajo este seudónimo. El presidente Azaña se hallaba retirado en Benicarló y era este grupo ilustre de veteranos de la Revolución soviética el que dirigía las operaciones.

Al salir de España, Antonov-Ovseenko fue promovido a comisario adjunto de justicia y fusilado. Era el tiempo de las grandes purgas soviéticas.

No debe confundirse a Félix O. Rosenberg, el embajador soviético en España, con Alfred Rosenberg, nacido en la Rusia imperial, y que fuera ministro de Hitler para los Asuntos del Este. Fue Alfred Rosenberg el encargado de la represión brutal llevada a cabo por los alemanes en la Unión Soviética, durante la segunda guerra mundial, y autor de la revista semanal *El Subhombre*, dedicada al pueblo ruso, revista que declaraba a los rusos matables, por ser casi animales y subhombres, como el título de la revista lo indica.

Aparte de Koltzov, el director de *Pravda*, rubio y sonriente, que poco tiempo después fue fusilado en Moscú, el único ruso con el que hablé fue Daniel Zozolashvili en el frente de la Casa de Campo. Más bien fue allí donde empezó nuestra amistad.

El problema de la delegación mexicana era que Revueltas todavía no había escrito *México en España*, el himno a los combatientes, ni el *Homenaje a García Lorca*. Por la mañana hubo junta en el hotel para resolver ese problema. Antes de bajar, miré por la ventana de mi cuarto y vi al oficial soviético apoyado en un arbolito de la Plaza Santa Ana. "¡Octavio, ahí está el ruso!" "¿Y a ti qué te importa?" "¡Nada!, pero ahí está el ruso de la Casa de Campo. . ."

Fuimos a la habitación de Mancisidor donde ya se habían reunido todos y por unanimidad me escogieron a mí para vigilar a Revueltas y que éste escribiera su música.

—¡No acepto a esta mocosa pendeja! —gritó Revueltas furioso.

Hubo una discusión. Todos tenían cosas urgentes que hacer menos yo, de manera que tenía que aceptar que yo lo vigilara:

—¡Pues no la acepto! ¡Es una pendeja. . . una pretenciosa. . .!

Furiosa, me salí del cuarto y esperé abajo. Al poco rato bajaron todos incluyendo a Revueltas, que al descubrirme desde la escalera me volvió a gritar: "¡Mocosa taruga!" Todos se fueron a sus asuntos y yo me quedé con Revueltas en el salón.

—Nunca pensé que se me pudiera humillar así. . . —refunfuñó.

Le colocaron el piano y empezó a sacar notas. Yo me recargué sobre el mueble para ver desde arriba lo que él iba escribiendo.

—¡Qué hace ahí! ¡Quítese de mi vista! —me gritó y dejó de tocar.

—Viejo grosero. . . —le contesté.

—Me quejaré con Mancisidor —me amenazó.

Reníamos cuando apareció en el salón el oficial soviético.

—¡Revueltas! ¡Mira quién está aquí! ¡Un ruso! —le grité.

Revueltas se alegró tanto al verlo, que me olvidó.

—Trabaja, camarada, yo voy a charlar con la camarada —le ordenó a Silvestre, que sonriente se sentó al piano, muy feliz. ¡Ya no era yo quien lo vigilaba, sino un oficial soviético! Por su parte el oficial me ofreció asiento en el sofá e insistió en que yo era rusa. Me invitó a ir al cine por la tarde. Yo estaba intimidada. ¿Como había que tratar a un oficial soviético?

Durante la comida Revueltas devoró sus lentejas, siempre tenía hambre, y yo le regalé la mitad de las mías. Esto se convirtió en costumbre. En otra mesa comían los "martillos categóricos", acompañados de Mancisidor. De lejos, Juan, Paz, Silvestre, Pla y Beltrán y yo, los observábamos.

A las cuatro de la tarde llegó el oficial ruso. Traía una cajita de bombones muy viejos, que me obsequió sonriendo. Y nos fuimos al cine con él, Paz, Pla y Beltrán y yo. Nos llevó a ver *Una noche en la ópera* de los hermanos Marx. Como todos eran marxistas, me pareció muy apropiada y nos reímos a carcajada suelta.

Se diría que todo iba muy bien, pero al día siguiente Revueltas me echó del salón. Subí a decírselo a Paz. Éste me envió a Mancisidor, que se puso muy contento al verme y me leyó algunas cuartillas de su libro *Diario de una madre española*; me entró tal desesperación que me eché a llorar. Mancisidor se alarmó.

—¿Por qué lloras, rubita?

—Por eso que lees: "las moscas se habían parado sobre la mantequilla y ella no las veía. . ." —le dije repitiendo la última frase que me había leído, pues no podía decirle que estaba harta de regaños de tantos viejos groseros y que Paz era injusto al no defenderme. Mancisidor era tan bueno que se conmovió conmigo.

—Necesitas salir, distraerte. . .

—No, no, Manci, voy a cuidar a Revueltas.

Y bajé al salón. No podía ser más ejemplar. Me acodé en el piano.

—¡Otra vez aquí! ¡Largo! —rugió Revueltas.

Fui a la ventana y descubrí al soviético.

—¡Silvestre!, el oficial soviético está otra vez en la placita.

Revueltas corrió a la ventana, lo vio y regesó al piano muy contento. Cuando subió Zozolashvili, el "himno" iba tomando forma. Tres días después estaba terminado y el ruso llegó con una enorme muñeca Lencci, vestida de ukraniana, con enormes trenzas rubias y cintitas de colores: me la regaló. ¿Cómo supo que en Barcelona, en el Paseo de Gracia, yo había descubierto una pequeña tienda de lujo en donde vendían esas muñecas? ¿Y cómo supo que Paz se negó rotundamente a comprarme una, aunque fuera la más chiquita? Lo miré con verdadera admiración y noté que era muy guapo, una guapura a la que no estaba acostumbrada: moreno de piel y de ojos color cerveza. Me sentó junto a él en el diván y me propuso quedarme en Madrid con él y abandonar a mi marido. Sus palabras me asustaron.

—¿Cómo. . .?, ¿un camarada puede proponer eso?. . . —le dije.

Él se echó a reír a grandes, gigantescas, carcajadas y repitió:

—Sí, tú te quedas en Madrid conmigo.

A pesar de lo guapo que era, quise devolverle la muñeca, pero no me atreví, era demasiado bonita. Muchas veces he pensado en ese oficial soviético y en lo que hubiera ocurrido si me hubiera dado la ventolera de quedarme con él. No lo hice por el miedo que me inspiraba Rusia, pues los compañeros hablaban en voz muy baja de un mexicano llamado Badillo que había ido a Rusia y no había vuelto jamás, a pesar de que lo habían reclamado muchas veces. "Pues se moriría de pulmonía, como allí hace tanto frío", opinaba yo, y todos me miraban como si fuera una imbécil. Revueltas al ver la muñeca vino corriendo a admirarla. Estábamos los tres de fiesta, cuando de pronto recordé a Paz. "Me la va a tirar por la ventana", me dije, segura de mi desdicha. Cuando llegó María Luisa Vera, a espaldas del oficial, le pedí que me la escondiera en su cuarto para

que no la viera Octavio. María Luisa aceptó encantada. Lo malo es que nunca quiso devolvérmela:

—No, Elena, él me la trajo a mí —me dijo al cabo de unos días. Y siguió insistiendo en ello hasta que salimos de España. ¡Qué disgusto! ¡Qué disgusto tan grande!

Esa tarde, a pesar de mi duelo, tuve que ir con la delegación a visitar al general Miaja. Nos llevó Rafael Alberti. Miaja era todo rosa y bonachón con una sonrisa maliciosa, pero a mí no me importaba nada, pensaba en la muñeca y evitaba mirar a María Luisa. En las fotos que nos tomaron se nota mi disgusto y la dicha de los otros, que por la noche cantaron:

*Que viva el general Miaja,*
*los asturianos valientes,*
*que vivan los madrileños*
*con su general al frente.*

¿Quién iba a decirme que unos meses más tarde llegaría a México el general Miaja y que Enrique Ramírez y Ramírez, el compañero más querido de Paz, acompañado de César Ortiz, "El Chicharrín", vendría a la casa a prohibir que fuéramos a recibir a la estación al general? Me quedé estupefacta. Quise protestar y los tres tomaron una actitud más que severa. Entonces decidí desobedecer. Investigué a qué hora y por cuál tren y estación llegaba Miaja y me fui a la estación del Interoceánico, a la que llegaba el tren más sucio y barato del país. Casi era un tren dedicado al transporte de pollos y gallinas. Le llevé un ramo de rosas.

El general bajó solo del tren asqueroso. Venía de paisano y con una maleta vieja.

—¡General Miaja! —le grité y le entregué el ramo.

Lo esperaba su hermano, que era español y tenía nego-

cios en Acapulco. La voz de "Chicharrín" surgió potente a mis espaldas:

—¡General!, ¿qué hizo usted del "Campesino"?

—¿Por qué le gritaste eso? —le pregunté furiosa.

El general se alejó de prisa con su hermano.

—Estaba seguro de que vendrías, por eso vine —me dijo "Chicharrín".

—Pero, ¿por qué le gritaste eso? —le repetí furiosa.

—¡Este cabrón asesinó al "Campesino"! —me contestó "Chicharrín".

Nadie entendió el final de la guerra española. Los periódicos estaban llenos de noticias contradictorias. Yo no los leía, nunca me ha gustado leerlos, pero escuchaba los comentarios.

Por la noche se presentaron en la casa Ramírez y Ramírez y "Chicharrín", para acusarme con Octavio.

—¡Cómo! ¿Fuiste a recibir a Miaja? El complejo que sufres con tu padre es incurable —dijo Paz.

Paz le llamaba "complejo" al afecto que yo le tenía a mi padre y a mí me resultaba muy complejo aquel "complejo". Ramírez y Ramírez intervino:

—No es importante la estación ni las rosas. . . Elena no tiene un concepto histórico claro.

Al concierto-conferencia fuimos todos, hasta el oficial soviético que no entró y al que no me atreví a saludar delante de Paz. Él se quedó afuera apoyado en un arbolito. El acto fue un éxito, la música de Revueltas era alegre a pesar de que su autor era de carácter sombrío. A la salida vi al ruso esperando y pasé corriendo junto a él sin atreverme a decirle una palabra, pues Paz había notado su presencia y estaba un poco amenazador. . .

## 12

En Madrid soplaba el viento de la sierra y yo no tenía abrigo. León Felipe me prestó un suéter, que me quedaba enorme. Nos llevaron a pasear a Cuenca. Yo estaba preocupada, pues había descubierto una tienda en la calle del Príncipe, en donde vendían capas españolas; primero decidí comprarme una y, de regreso de Cuenca, pensé que era mejor comprar dos. Lo malo era que ni Paz ni Cabada tenían dinero. Sí, Cuenca era preciosa y milagrosa, pues allí recordé que existía un mexicano al que llamaban Paco Picos, muy rico y que vivía en Madrid.

*Serranas de Cuenca*
*bajan al pinar,*
*unas por piñones,*
*otras por bailar. . .*

recitaba Paz, mientras yo me rompía la cabeza para tener un motivo de buscar a Paco Picos. Una vez en Madrid me moví con cautela y obtuve su dirección y una tarde me fui a la Plaza del Sol a tomar el metro que me llevara al barrio de Salamanca, donde vivía Paco. No me despedí de nadie. Ni a nadie le dije mi proyecto. Apenas salí del hotel empezó una tempestad de obuses. La gente se refugiaba en los portones de la "acera de la sombra", así llamaban los madrileños al lado de la calle en que no caían los obuses. Yo iba corriendo por la "acera del sol", el lado donde caían. "¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Cruza la acera!", me gri-

taban los expertos en bombardeos. No hice caso, temía perder tiempo. Llegué a la Puerta del Sol y la vi desierta. Calculé la carrera que llevaría a la boca del metro, me santigüé y atravesé la plaza como una flecha. El lugar estaba atestado de gente y el metro no corría. Se había dado el caso de que un obús penetrara por la boca y los vagones quedaran atrapados. Salí y busqué un autobús. Las capas españolas brillaban ante mis ojos y me hacían olvidar el peligro. Llegué a la casa de Paco Picos muy tarde. Paco Picos era alto, colorado y campechano, como toda la gente de Veracruz. Le expliqué mi problema: quería dos capas españolas y Paz no tenía dinero. ¡Claro que en seguida que lo tuviera le pagaría! También su esposa que era española me escuchó con mucha atención.

—Los obuses están cayendo en Sol. ¿Verdad? —me preguntó la señora.

Les interesaban más los obuses que mis capas. ¡Nada que hacer! Me equivoqué: Paco Picos me dio el dinero justo y me recomendó volver en seguida al hotel y no decir nada de las capas. Debía evitar que me cogiera la noche en la calle. ¡Qué bueno era Paco Picos!, y me senté en un café de Velázquez a reflexionar sobre su bondad. Medité tanto que llegué a las nueve y media de la noche al hotel, en medio de ruidos de sirenas de ambulancias. A los primeros que vi fueron a Pla y Beltrán y a Revueltas, que lívidos se precipitaron a abrazarme.

—¿Me felicitan por lo de las capas?

¡No! Me creían muerta y Paz, acompañado de Alberti, me andaba buscando.

—¡Estoy perdida! —dije.

—No digas nada —me aconsejó Revueltas.

Apareció Paz sobresaltado. Corrí a su encuentro:

—Octavio, me fui caminando, caminando, para ver la ciudad, y me perdí. . .

¡Claro que no me creyó!

Al día siguiente fui a la calle del Príncipe y compré las dos capas. Las llevé al cuarto de Revueltas, que las contempló arrobado.

—Cuando yo dé algún concierto en México, ¿me prestarás una para llevarla al teatro? —me preguntó.

—¡Claro que sí! Hasta te la regalo.

Revueltas me contó que le había sucedido una catástrofe: durante un concierto levantó los brazos y se rasgó el frac alquilado. Llegar con una capa española le sacaría esa espina. Le quise dar una en seguida, pero él insistió:

—No, no, para mi concierto.

¡Pobrecito Revueltas!, para él no hubo milagros. En México, cuando iba a estrenar *El renacuajo paseador*, mi capa no sirvió de nada, pues la noche del estreno se murió de pulmonía. ¡Así es la vida! Él, el artista más pobre, que no tuvo ni para comprarse un abrigo en España, por lo que armé un escándalo con los compañeros cuando propuse que cotizáramos todos para comprárselo, tuvo en su entierro coronas de gran lujo. Con la mitad de una se hubiera podido comprar un abrigo magnífico en Madrid. Ante su tumba abierta estaban todos los intelectuales que nunca le resolvieron sus problemas, excepto Juan de la Cabada. Pablo Neruda pronunció un discurso que parecía un responso. Fue el primero en hablar porque era el cónsul general de Chile y luego todos callaron. Mientras lo enterraban, recordé los fríos que pasaba en Madrid y la mesa de los "martillos categóricos" en la que propuse comprarle el abrigo, pero "mi ponencia", la única que hice en España, fue rechazada con indignación. A corto plazo, el camarada Silvestre con el que tantas riñas tuve era un perdedor. . ., a largo plazo es diferente y los "intermediarios" de la cultura, que afirman que los "intermediarios deben ser eliminados", lo saben, pero no lo entienden. . .

Lo que más nos irritaba en Madrid era el hambre. Para Revueltas era un verdadero tormento. Procurábamos hablar de todo menos de comida. Yo había adelgazado mucho y Rafael Alberti decidió obtener para mí un cupón de racionamiento para ir a beber al Socorro Rojo Internacional un vaso de leche los viernes. Ese vaso se lo quitaba yo a algunos de los innumerables niños desnutridos que corrían por las calles en busca de colillas de cigarro o de trozos de carbón.

Con Rafael íbamos al Botánico, quería convencernos de ir a la URSS.

—Mira, allí te darán no un vasito de leche, sino jarras ¡así! —y con las manos hacía la medida de medio metro—. ¿Qué te parece? —preguntaba divertido.

Nos propuso que al llegar a París nos presentáramos en la embajada soviética a solicitar una visa. Ahora que conocía un poco a los marxistas, cruzar el umbral de los iniciados me parecía un paso demasiado grave para mí. Juan de la Cabada se alegró mucho, en cambio Revueltas dijo: "¡Cuidado con esta mocosa!", y me miró con sus enormes ojos color cerveza.

Lo mejor de Madrid eran las veladas en la Casa de la Cultura. Llegábamos de noche a tropezones en aquella oscuridad de boca de lobo para encontrarnos en el palacio de los duques de Heredia Spínola a los intelectuales que vivían allí, disfrazados con los trajes de los duques. No olvidaré a Alberti disfrazado de cochero, ni a María Teresa, con un traje de época precioso. Langston Hughes se reía a mandíbula batiente, no era tan alegre como Nicolás Guillén, pero se divertía husmeando en los armarios y vistiéndose de príncipe o de lacayo. Después de las risas, nos quedábamos melancólicos. ¿Cuándo terminaría esa maldita guerra?

Por las noches, desde mi cama pensaba en los chicos de las trincheras del frente de la Casa de Campo, viviendo como topos en aquellos túneles subterráneos, con mirillas para tirar al enemigo. Allí no se podía hablar, pues las trincheras estaban tan cerca las unas de las otras que todo lo que se decía del lado republicano se escuchaba del lado nacional. Los franquistas preguntaban: "¿Estáis ahí, rojillos?. . . ¿Queréis un pan?. . . Os lo echamos", y en los trozos donde las trincheras estaban abiertas lanzaban trozos de pan a los "rojillos". Pero el espectáculo de los soldados era triste: alertas, con los rostros extenuados, haciéndonos señas de callar cuando pasábamos a su lado, con los uniformes viejos, rotos, llenos de lodo y las miradas sin esperanza. ¡No!, eso debía terminar rápidamente. Ninguna ideología valía la pena de aquellos sufrimientos. Se lo dije a León Felipe, que estuvo de acuerdo conmigo. ¡Pobre León Felipe! Nunca olvidaré la impresión horrible que se llevó al entrar a una casa humilde, que tenía la puerta abierta. León llamó. Nadie contestó y avanzó hasta encontrarse con una pobre mesa puesta e intacta. Pero puesta hacía ya varios días, pues la comida que estaba en el caldero se hallaba descompuesta.

—¡Se los han llevado! ¡Se los han llevado a todos! ¡Eran siete personas!

Lo escuché con miedo.

—¿Quién se los llevó, León?

—¡Pues ellos, ellos, ellos. . .! —repitió León Felipe con desesperación.

—¿Ellos son los rojos? —me atreví a preguntar.

—¡Claro, pequeña, y así se llevan del otro lado a los republicanos!

El Paseo de la Castellana estaba solitario, con sus palacios cerrados y con los alborotos por la metralla y los obuses. La Plaza de Oriente ofrecía un aspecto miserable,

descuidada, también con los árboles mutilados y los prados polvorientos. Nos ofrecieron una comida en el palacio real y los camaradas nos hicieron subir por el elevador privado de Alfonso XIII, situado en una esquina del patio de la planta baja. Comimos en su vajilla, yo miraba las armas reales en los platos y copas y me parecía estar cometiendo un grave abuso de confianza. Luego visitamos las habitaciones privadas. Recuerdo los cuartos de dormir de los príncipes: todos muy simples con camas pequeñas de latón y mesas de trabajo para hacer sus tareas escolares. No imaginaba el interior del palacio real amueblado con tanta sencillez. Imaginaba que los príncipes dormían en camas de oro con dosel de seda, en medio de un lujo inimaginable. El palacio estaba vacío, no vivía nadie en él, y me impresionó su soledad, su silencio y las risotadas de los compañeros españoles, que imaginaban estar corriendo una aventura heroica.

Se procuraba no hablar de los "paseos", aunque todos sabíamos que se practicaban. Tampoco era grato hablar de las chekas, pues la sola palabra producía terror. ¡Era una lástima que los revolucionarios creyeran a pie juntillas en el terror! ¿Para qué aterrar a la población? Cuando lo preguntaba todos guardaban un silencio estremecedor y me miraban como si estuviera un poco tocada de la cabeza. Por eso me gustaba recordar México, allí no pasaba nada terrible, todos hacíamos lo que nos daba la gana y hablábamos también de lo que nos daba la gana. Para no hablar de la comida, que ahora me parecía un fruto de mi imaginación. "¿Será posible que en México estén abiertos los mercados?", me preguntaba y veía como en sueños pirámides de naranjas, de huevos, de panes. . .

# 13

Volvimos a Valencia. Todo seguía exactamente igual: los enormes cartelones en la Plaza Castelar. No olvidé que en aquella ciudad hacía muy poco tiempo había tenido una experiencia espectacular. Con Altolaguirre y con Serrano Plaja, una noche entramos a cenar en una fonda de mesas colectivas, que eran obligatorias. La fonda estaba repleta y tuvimos que quedar todos separados. A mí me tocó una mesa muy alegre, llena de soldaditos jóvenes que gritaban y reían. Era en los días en que yo tenía los famosos cigarrillos "Lucky Strike". Saqué uno y empecé a fumar. Vi que el chico que se sentaba frente a mí miraba el cigarrillo con grandes ansias y decidí ofrecerle uno. Todos los demás le pidieron una probada.

—¿Y ustedes qué fuman? —pregunté.

—Nosotros fumamos lu qui hay —contestaron riendo.

Les regalé la cajetilla y nos hicimos muy amigos. Hablamos de todo, les pregunté de dónde venían y contestaron muy tranquilos.

—De Brunete. Nos llevan a Teruel, allí se va armar un fregao, pero nos pasan de noche.

—¡Ah!, con lo bien que combatieron en Brunete —les dije admirada.

—Sí, chica, nos batimos entre dos fuegos, el de enfrente y el de atrás.

—Es la táctica de "Campesino", poner ametralladoras en la retaguardia, así cualquiera recula —añadió otro.

—¿Con "El Campesino"?. . . —dije y me dejaron sor-

prendida, pues ese hombre era el general más famoso de España, le llamaban el Chapaiev español. Chapaiev, según me habían informado, fue un guerrillero soviético muy heroico. Estábamos en lo mejor de la charla cuando vi que Manolo me hacía señas de levantarme para irnos. Me despedí de los soldados y me reuní con Paz, con Serrano y con Altolaguirre. Estos dos me sacaron a toda prisa de la fonda, pero yo alcancé a ver que dos hombres de civil que cenaban en mi mesa también se levantaban de prisa y nos alcanzaban en la calle oscura.

—¡Detenida! —dijo uno de ellos cogiéndome del brazo.

—Detenida, ¿por qué? ¡Tú estás loco! —le dije.

—¡Detenida! —dijo el otro cogiéndome del otro brazo.

—¡Muy bien! ¡Imbéciles! —grité.

Pero Manolo y Serrano Plaja, que se habían puesto lívidos, me suplicaban:

—Elenita, Elenita, por favor no digas eso. ¡No digas eso!. . . —y se ponían a discutir con los dos tipos.

Yo que estaba furiosa les decía: "¡Déjenlos que me lleven! ¡Son unos idiotas!"

—Camaradas, esta camarada es la compañera de Octavio Paz, un poeta mexicano que vino aquí al congreso de intelectuales.

—¡Nada! ¡Es una espía inglesa! La hemos visto repartir cigarrillos a los soldados para sacarles secretos militares.

—¿Yo? ¿Yo, inglesa? Me voy con ellos. No te preocupes, Manolo, ya probaré que son un par de canallas.

—¡Elena! ¡Cálmate!, ¡cálmate! —repetía Paz, que también se hallaba muy descompuesto.

Serrano Plaja quería ponerse de rodillas delante de aquellos dos sujetos. Él y Manolo estaban desesperados.

—¡Papeles! —nos dijeron a Paz y a mí.

—No los traemos encima —dijo Paz.

—¡Ah!, no estáis documentados. ¡Hala!, ¡hala!, ¡detenida! —dijeron los dos tirándome. Manolo y Serrano

sacaron sus carnets de identidad y se los dieron a los hombres. De casualidad, a la puerta de la fonda había un cartel anunciando una conferencia de Octavio Paz.

—¡Mira, mira, camarada, éste es Octavio Paz! Mira, que no te mentimos, aquí está en el cartel. . .

Después que los maldije, aceptaron por fin dejarme ir. Se quedaron con los carnets de Manolito y de Serrano y nos citaron muy temprano en una oficina para mostrar nuestros papeles de identidad. Los amigos nos llevaron lejos de ahí con rapidez, iban aterrados. ¿Cómo me había atrevido a decirles que me llevaran?

—Eres una inconsciente. . . —repetía una y otra vez Paz.

—Elenita, es que si te llevan no te volvemos a ver nunca —me explicaron Manolito y Serrano, a quienes no se les pasaba el susto. Yo seguía sin tener miedo, hasta que se lo conté a León Felipe y éste dijo:

—¡Pequeña!, ¡esos tíos eran de la cheka!

Así supe que existía la cheka y que todos la temían.

Arturo Serrano Plaja nos contó que él desde el principio se había dado cuenta de la presencia de aquellos dos hombres en la mesa y que había pasado un rato muy malo cuando me vio de charla con los soldados. Manolo por su parte notó lo mismo y ni siquiera terminó sus lentejas. Los únicos que no notamos nada fuimos Paz y yo.

En Valencia volvimos a ver a Juan Gil Albert, que paseaba con calma metido en camisa de seda, con un saco de hilo al brazo, una flor en la mano y un libro perteneciente a una edición muy antigua, con letritas de oro y tapas de cuero. (Gil Albert nunca se alteraba, ni siquiera en México, cuando vivía en una pensión de ladrillos, en donde le había tocado una habitación en la azotea, que compartía con Ramón Gaya. Una tarde, al llegar a su pensión

se le vino encima un perro enorme y Juan muy cortés le decía; "Pero, señor, ¿qué es esto? ¿Por qué me ataca usted así?" La anécdota hizo reír a todo el mundo, ya que el señor perro, al verse tratado con tanta cortesía, se retiró prudentemente.) "Esta guerra no va a terminar nunca", le repetía yo en la Plaza Castelar. "Sí, sí, no te preocupes, ya terminará alguna vez." Su madre y sus dos hermanas, dos rubias preciosas, soportaban la guerra con la misma tranquilidad que su hermano.

Arturo Serrano Plaja propuso ir a visitar a don Antonio Machado, que vivía solitario en un pueblo de la huerta de Valencia. Si no me equivoco el pueblo se hallaba muy cerca de Liria, en donde vivía mi tía con sus dos hijos menores.

A mí me gustaba mucho aquello de "un golpe de ataúd en tierra, es algo completamente serio". Además, Machado era el poeta preferido de mi padre. Nos llevaron al pueblo donde vivía. Entramos a una casa de portón grande, jardín descuidado y aromas diluidos del reciente verano. Había hojas en el suelo y un silencio solemne. Esperamos en un comedor con una mesa cubierta por un mantel de hule, puertas abiertas al jardín y muros de mosaicos de Talavera. Una tristeza impresionante se extendía por toda la casa: se diría abandonada o habitada por personas sin esperanzas.

Apareció Antonio Machado vestido de negro, con un traje muy usado, sonrió, pero de una manera muy diferente a la sonrisa que los demás nos regalaban, se diría que sonreía con resignación. Se sentó frente a nosotros. Serrano Plaja hizo las presentaciones y Machado no dijo ninguna de las frases hechas con las que en general nos recibían. Todo él despedía la enorme tristeza que despide el monumento funerario de algún pariente próximo

y olvidada sacudir la ceniza de su cigarrillo y esta caía sobre su saco negro. Era difícil entablar la conversación con él, ya que su actitud era la del que espera ser interrogado. A las palabras de México y España, él interrumpió:

—Ah, sí, ya veo, se trata de alguna firma, siempre venís a lo mismo. . . —dijo con voz de reproche.

Serrano Plaja se sintió incómodo. Le preguntó por su madre y Machado muy cortés fue en busca de la señora. Tuve la impresión de que ya estaba acostumbrado a que lo mostraran primero a él y luego a su madre, como si juntos ya hubieran sido decretados monumento nacional. Yo sentía vergüenza. Si él es tan viejo, ¿cómo será la señora? Era muy insolente presentarse a romper la intimidad de aquellos personajes olvidados.

Salió por una puerta del fondo, dando pasitos junto a una viejecita muy menuda, muy delgada, muy enlutada, que nos miró sin pronunciar una palabra. Se diría que él era mayor que ella. Por el comedor zumbaron algunas moscas. . . "Sí, sí, siempre hay algo que firmar", dijo Machado. Su madre se empeñó en quedarse en pie y dijo algo como: "Sois demasiado jóvenes. . ." ¡Dios mío!, los dos parecían muy pobres, muy abandonados, muy fuera de lugar. Me impresionó el abandono de aquella casa sin esperanzas.

Paz y Serrano trataron de hablar de la guerra, de poesía, y yo tuve la sensación de que ninguno de los dos se había enterado de la guerra y de que sólo sabían que una enorme tragedia, una tragedia imprevista y sangrienta, se abatía sobre ellos como sobre toda España. Si había alguien que pudiera ilustrar lo que sucedía en España eran Antonio Machado, su madre y su hermano Manuel, que estaba del "otro lado". . . Me preocuparon los Machado. Escuché hablar a la viejecita de Manuel con la misma voz con la que se refirió a su otro hijo, a Antonio.

Era una pequeña figura goyesca, con su falda negra acampanada hasta los tobillos, su blusa negra de manga larga y su pañoleta bien colocada sobre la cabeza y, para mí, la madre de los Machado quedó como la imagen de España, a la que todos iban a fisgar, a comentar, para luego decir: "Yo la he visto. . ." y después ¡nada! Me disgustó tomar parte en la fila de fisgones y lamenté haber entrado en aquella casa de jardín deshojado y tan callada, tan callada, que volví a Valencia sin palabras. . . Un tiempo después Finki Araquistáin me contó una y otra vez que los dos murieron caminando en la huida. Fueron muchos los que los vieron a pie, pero nadie se detuvo a recogerlos y llevarlos en su coche. . . "¡Es un asco, chica!" Sí, la guerra se había perdido y ya no eran útiles.

Si alguna imagen me quedó de España fue la imagen de la madre de Machado, de pie en aquel comedor por el que zumbaban moscas. . .

# 14

Con León Felipe, que se había unido a los mexicanos y estaba con nosotros en Valencia, hablé de Machado. León dio de golpes en el suelo con la punta de su cachava: "Sí, sí, pequeña, los poetas les estorbamos a los listos. . ." Y volvió a hablar de Wenceslao, que se proponía matarlo, sólo porque León Felipe maldecía y creo, no estoy segura, que se inclinaba ligeramente hacia los anarquistas. Nunca entendí bien las diferencias políticas que cubrían de gloria a algunos y a otros los hostigaban y los hacían ir de lugar en lugar sin encontrar acomodo.

Se hablaba mucho de un capitán joven y heroico: Lorenzo Varela, pero no habíamos tenido ocasión de conocerlo. Era poeta y combatía en los frentes. No lo vimos nunca. Fue en México, adonde llegó derrotado, que pudimos conocerlo.

Debíamos dejar Valencia; la mayoría de los mexicanos ya habían abandonado España, sólo quedábamos Juan de la Cabada, León Felipe, Bertuca, Paz y yo. A última hora, Juan decidió quedarse en España. Pero nosotros teníamos que ir a la Unión Soviética.

Abandonamos Valencia y dejamos atrás a Manolito Altolaguirre, Arturo Serrano Plaja, Paco Gil, Pla y Beltrán y Juan Gil Albert; yo, a mi familia, a mis dos primos no pude verlos ya que estaban en el frente, y al pintor

Souto, a quien Paz encontraba poco simpático, y a Miguel Hernández, que a veces gritaba: "¡Ése es!" Las despedidas fueron tiernas y salimos rumbo a Barcelona. "Numancia", "Sagunto", me repetí en el camino. Ahora España estaba dividida en esas dos ciudades y ambas estaban dispuestas a pasarse a cuchillo. . .

En Barcelona estuvimos pocos días. Sin embargo, nos tocó el bombardeo más feroz que hasta entonces había sufrido la ciudad. Me creía inmunizada al miedo, pero esa noche, acurrucada en las escaleras del hotel catalán, me pareció eterna y terrible. El café Le Lion D'Or desapareció, así como una escuela de niños. Las bombas caían con un estruendo inusitado y todos teníamos la convicción de que no existía ningún alivio.

No supe si estaba contenta o triste de irme de España: "¡Han sido tan buenos con nosotros y ahora los abandonamos!", me decía con gran tristeza. Tenía la impresión de haberles sacado ventajas y ahora, sin ningún riesgo, nos íbamos. . . Para el viaje me puse unos pantalones, pues siempre los usé, el tricot de León Felipe y una boina española, como me la colocaba mi padre cuando íbamos a los títeres. Al oscurecer, el coche que nos llevaba alcanzó el punto fronterizo español, en los Pirineos. Hacía mucho frío y había mucha niebla. Nos detuvimos, y los últimos milicianos que vi fueron aquellos envueltos en sus capotes militares y que en medio de la niebla y antes de llegar a los guardas franceses, colocados a unos pasos, me dijeron: "¡Suerte, muchacho!", y me dieron unas palmadas en la espalda que a poco me derriban bocabajo. No quise decirles que era muchacha. . . Me dieron ¡tanta pena!. . . España quedó atrás.

—¡Papeles! —nos pidieron los franceses y nos miraron con curiosidad. Todos estaban fumando.

Esa noche, dormimos en un hotelito con calefacción y tomamos chocolate caliente con tostadas. Atrás no había nada de eso y León Felipe estaba pálido, con las manos cruzadas sobre el mango de su cachava y la barbilla apoyada sobre ellas.

—¿Qué pasa, León Felipe?

—Me duele España, chiquilla, me duele. . .

También a mí me dolía. . .

## 15

Llegamos a París con remordimientos por haber abandonado España. Nos instalamos con León Felipe y con Bertuca en un hotelito de la rue Champollion. La entrada al hotel era estrecha, el escritorio lo atendía la dueña, una mujer vivaz y buena cocinera. A un lado del despacho se hallaba el comedor, con mesas chicas cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos. En el centro un florerito con una flor muy fresca. La primera planta olía a guisos franceses caseros que ya no existen. La habitación era minúscula, la cama excelente, como eran siempre las camas francesas: colchón espeso y suave, almohadones de pluma y sábanas de lino. Ahora todo eso parece un lujo, ya que a medida que el progreso avanza el confort se pierde. Como se ha perdido la cocina francesa, la moda, los perfumes, las costumbres, la cortesía. . .

Nos asombraba París, en verdad era la Ciudad Luz, como se la llamaba en aquellos días. Con pena la comparábamos con Madrid, la Ciudad de las Tinieblas, igual a todas las ciudades españolas. Nos parecía increíble hablar con libertad de todo cuanto nos pasaba por la cabeza, sin tener delante aquellos cartelones que cubrían las fachadas de las casas ordenando "¡Silencio!" También era increíble la cantidad de comida que había en los restaurantes, las vitrinas, los mercados. Nos sentíamos culpables saboreando la comida deliciosa que preparaba la dueña del hotel. León Felipe estaba muy abatido.

En los muros de la habitación, del despacho y del

comedor había volantes con instrucciones para el caso de un bombardeo alemán. Pues en esos días sólo se hablaba de la guerra. La dueña y las sirvientas de cofias almidonadas nos desconcertaban; no temían a los alemanes, más bien los deseaban para terminar con "el desorden".

—¡Es increíble. . . increíble. . ., son nazis! —comentaban Paz y León Felipe.

La primera mañana en París es una mañana inolvidable: el aire era muy frío, las aceras amplias y limpísimas, las calles estaban casi desiertas entre las horas de clase. Sólo vimos los carros de legumbres o de leche tirados por gigantescos caballos normandos, rubios, de crines blancas. Yo nunca los había visto y decidí que eran mi animal favorito. También había carritos desbordantes de flores. . . Con cautela bajamos al boulevard Saint Michel, despejado, limpio, con algún café y alguna tienda pequeña en donde se vendían esquís, suéteres con dibujos alpinos y ropa sport. Nos encontramos con grupos pequeños de estudiantes, con los abrigos cortos, muy a la moda, y bufandas de lana de colores.

Durante varios días recorrimos el barrio. Al oscurecer, nos sentábamos en el café Dupont, en donde se reunían los estudiantes para comer "moules à la marinière". En la terraza cubierta escuchábamos las diatribas de León Felipe contra Wenceslao:

—¡Me quería matar el muy sinvergüenza!. . . ¡matar!. . .

Yo no lo conocí nunca, sólo sabía que era miembro del Partido y que hablaba ruso. También sabía que no le tenía ningún afecto a León Felipe, pero ignoraba el motivo de su rencilla. Fuese lo que fuese, nosotros estábamos del lado de León Felipe. Era casi imposible no estar con ese hombre mayor, de hermoso rostro y ma-

neras y frases de profeta. —Tú lo sabes, chica, tú lo sabes. . . —repetía. Y la verdad es que yo no sabía nada.

Una noche, muy impresionado, nos confió que había descubierto el café donde se reunían los mendigos de París. "Los mendigos. . .", dijo varias veces muy pensativo, y esa misma noche, hacia las once, nos llevó a la Place Maubert. La plaza estaba silenciosa, abandonada. León Felipe con paso seguro nos llevó hasta la puerta iluminada y cerrada de un café, para mirar a través de sus vidrios empañados. Era un café lleno de vapores y de personajes envueltos en harapos. Todos llevaban bultos enormes y se ocupaban febrilmente en sacar de ellos objetos absurdos recogidos de la basura. Los objetos despertaban discusiones, miradas ávidas y gestos elocuentes. Boquiabiertos los observábamos con el rostro pegado a los vidrios. De pronto se sintieron mirados y se dispusieron al ataque y nosotros huimos a toda carrera. Nos refugiamos en un cafetín vecino del hotel. León Felipe, muy excitado, quería descifrar el misterio que empujaba al hombre a convertirse en mendigo. Era indudable que formaban un clan aparte, no eran los mendigos que yo había conocido en México, no, éstos eran distintos, muchos llevaban capotes militares muy antiguos o levitas desgarradas.

—Muchos de ellos son hombres que hicieron una carrera. . . ¿qué sucedió para que se lanzaran a la mendicidad?. . . —preguntaba León a voz en cuello y levantando la cachava para hacer molinetes en el aire.

Se nos acercó un chino minúsculo, que estaba acodado al bar, se llevó un dedo a los labios en señal de silencio y nos miró largamente. León Felipe, desconcertado, calló. Luego en voz baja comentó:

—Este chinito me ha dado una lección.

Carlos Pellicer estaba de viaje en Alemania. Fernando y Susana Gamboa viajaban por Europa. Quedábamos en París Mancisidor, Revueltas, Chávez Morado, María Luisa Vera y nosotros. A veces se nos aparecía Revueltas, nervioso, agitado por la angustia. Todos conocíamos la causa de su congoja: Silvestre era el único que carecía completamente de dinero. No tenía siquiera el billete de regreso a México y la idea de quedarse tirado en París lo exasperaba. A nosotros nos tenía preocupados. El día que nos anunció que María Luisa ya se había ido, nos dio un vuelco el corazón. Y él tenía un aire más trágico que de costumbre.

—¿Vienes a comer con nosotros?

—No, no, yo voy a comer con el embajador. . . —nos dijo enrojeciendo.

—¿Estás contento en tu hotel?

—Pues sí, allí está "aquél" y nos servimos de compañía.

"Aquél" era Mancisidor, que nunca perdía la calma. Siempre sonriente, siempre satisfecho, siempre de buen humor. Cuando le preguntábamos qué iba a suceder con el camarada Revueltas, contestaba:

—La embajada se ocupa de él. No se preocupen. El embajador es muy amante de la música.

Nosotros nos lanzamos al boulevard de la Madeleine, en donde estaba la Agencia Española de Noticias. Llegamos de noche, encontramos la Agencia llena de gente pasando cables y noticias. Nos salieron al paso Robert Kapa, con su viejo impermeable, y Alejo Carpentier, que trabajaba allí de periodista. Alejo, muy flaco y muy afable, con su enorme acento francés, se interesó mucho en lo que hacíamos en París, y cuando le dijimos que todavía no habíamos ido a los Campos Elíseos, se escandalizó y nos dio cita en su casa para el día siguiente.

Alejo vivía en la Place Dauphine, uno de los lugares más bellos de París. Nos dio un vaso de vino y en segui-

da salimos rumbo a los Campos Elíseos. El espectáculo era deslumbrador, con las fuentes iluminadas, al fondo el Arco del Triunfo y la hermosa avenida casi vacía. Los Campos Elíseos eran amplios, solitarios, con hileras dobles de enormes árboles deshojados, señoras con abrigos de pieles o boas de piel de marta, acompañadas de perros con el pelo bien recortado. Había muy pocos cafés, se podían contar con los dedos de una mano, sus terrazas estaban cubiertas y adentro los muros eran de espejos, iluminados por candiles de cristal cortado. En las terrazas, macetones blancos con naranjos llenos de frutos.

—Éste es el barrio burgués. El barrio condenado a desaparecer —nos dijo Alejo muy convencido.

Yo protesté indignada.

—¿Cómo que condenado a desaparecer si es tan precioso?

Y claro que era precioso, sin anuncios de gas neón, sin tiendas escandalosas, sin multitudes, tan silencioso, tan solemne. Las pocas señoras que entraban al café donde estábamos eran divinas, yo nunca había visto mujeres de esa especie, tenían algo irreal, algo que nosotros no habíamos conocido. Volvimos muchas veces a los Campos Elíseos a pesar de las palabras de Alejo: "Las gentes como nosotros no vienen por aquí nunca." Pero Alejo tenía razón, pocos años después, al principio de la posguerra, volví a París y los Campos Elíseos se habían convertido en un zoco, invadido de gente que caminaba por las aceras y la calzada: prostitutas, soldados, un río tumultuoso de gente desordenada, mal vestida y sucia se había posesionado de aquel paseo privilegiado. Nunca entendí de dónde salía aquella multitud que caminaba sin cesar por la calzada. No había automóviles, pero la marea de gente era peor que un embotellamiento. Recuerdo que una noche estábamos con Rodolfo Usigli

sentados en un café destartalado. Usigli sufría, pues su mujer le había pedido el divorcio y sólo hablaba de su drama. De pronto gritó:

—¡Me voy a suicidar!. . . ¡Me voy a tirar debajo de un coche!. . . —y corrió a la calzada de los Campos Elíseos a confundirse con el gentío. Volvió cabizbajo: "No hay automóviles. . .", comentó disgustado.

León Felipe me llevó a la Place Vendôme. Me mostró la columna:

—¡Míralo!, ¡míralo! Allí está, sobre los cañones que ganó en Austerlitz —y vi la figurita de Napoleón en lo alto de la columna.

Me dejó asombrada que aquella columna estuviera hecha con los cañones de Austerlitz. Verdaderamente, Napoleón era un genio. Pero el interés de León Felipe no era la columna ni era Napoleón, sino las vitrinas pequeñas de los joyeros más famosos del mundo. Mudos, contemplamos las vitrinas: en una figuraban sólo diamantes que brillaban como un sol de hielo, de rayos azules. En otra sólo había esmeraldas. El espectáculo era fascinante y los porteros de las joyerías, enfundados en sus elegantes uniformes, no nos quitaban la vista de encima.

—Mira, mira, pequeña, nos toman por ladrones. . . —se rió León Felipe.

Cuando descubrimos el "futbolito" en un café cercano del hotel, ya no volvimos a ver París de día. Pasábamos la noche entera pegados a aquella mesa de futbol. León Felipe era la República y yo era Franco y combatíamos con fiereza, como lo hacían en España. Paz también tomaba parte encarnizada en los combates, pero, al igual que León Felipe, se negaba a ser Franco. Bertuca estaba harta de aquel juego y de pronto Paz descubrió que era absurdo que lo prolongáramos hasta las cuatro de la

mañana. Debíamos ir a la Sainte Chapelle, al Louvre, al Museo de Cluny, a la embajada soviética por las visas, a la embajada de México a saludar al embajador, pero el "futbolito" no nos daba tiempo de nada. Nos acostábamos de noche y nos despertábamos también de noche. Paz se impuso y nos retiramos temprano, pero yo no podía dormir y le supliqué que bajáramos a buscar a León Felipe para hacer la partida de futbolito. Encontramos a León Felipe sentado en una silla vieja, muy deprimido. Al vernos saltó:

—¡Anda, vamos, vamos a echar la partida! —dijo animadísimo.

Bertuca, que ya estaba en pijama, se molestó un poco, pero se unió al grupo.

—Es una locura perder la estancia en París jugando al futbolito. . . —decía Paz al acostarnos.

Por fin fuimos a la embajada soviética en la rue de Grenelle. Un señor muy amable tomó nuestros nombres. Ya estaba al corriente de que iríamos por las visas. Nos dijo que volviéramos. En esos días había un grave escándalo político: hacía unos meses que el general zarista Miller había desaparecido sin dejar huella. Inmediatamente después, desapareció a su vez su ayudante, el general Skoblin. La policía francesa había detenido a la mujer de este último y la estaban juzgando, pues las pruebas indicaban que Skoblin trabajaba para la GPU y todo el mundo hablaba de ese asunto. Era el tiempo de las grandes purgas y la gente estaba sobrecogida ante los misterios de Moscú. Nos enteramos que, unos años antes, otro general zarista, Kutiepov, también había desaparecido sin dejar huella. En aquellos días la Revolución soviética era relativamente reciente, hacía apenas 20 años que había caído el zar

y 18 que los bolcheviques, como se les llamaba entonces, habían consolidado el poder. París estaba llena de rusos blancos, casi todos en la miseria y, cuando tomábamos un taxi, el chofer llevaba todavía su gorra blanca de oficial del ejército zarista.

La lucha entre trotskistas y stalinistas era sangrienta: en Suiza se había encontrado el cadáver de Ignaz Reiss, destacado chequista, que trató de escapar cuando fue llamado a Moscú. Dos generales de la GPU o NKVD y ahora KGB llamados Katzelenen, alias Alexander Orlov, y Samuel Ginsburg, alias Walter Krivitski, lograron huir a Estados Unidos, en donde este último se suicidó al cabo de dos años. En enero de 1937 un economista ruso que vivía en Francia, consejero de grandes sociedades financieras y antiguo director del Banco de la Europa del Este, apareció asesinado misteriosamente en París, en el Bois de Boulogne. Se llamaba Dimitri Novachin. Parecía tener simpatías trotskistas.

La vieja guardia estaba siendo liquidada sin merced. De este tema se hablaba en voz baja y nadie entendía el porqué de aquella hecatombe. La gente comentaba el trágico fusilamiento del mariscal Tujachevski y de todo su Estado Mayor, que dejó descabezado al ejército rojo. Parece ser que Stalin fue engañado por el subjefe de la Gestapo, Heydrich, y por el vicepresidente checo, Benes, que urdieron una intriga para hacer creer a Stalin que el mariscal quería dar un golpe de Estado. Un conocido periodista francés, Remy Roure, que fuera compañero de Tujachevski en un campo de prisioneros de los alemanes durante la primera guerra mundial, escribió un libro sobre el mariscal soviético. Y durante la estancia de éste en París, a raíz de la muerte del rey Jorge V de Inglaterra, tanto Roure como todos los franceses que habían estado cautivos con él, le organizaron un banquete en el que un general francés brindó por "el mariscal

paracaidista", ya que Tujachevski fue el creador de las primeras formaciones de paracaidistas en el mundo. . .

Tujachevski fue el organizador de las victorias revolucionarias y del ejército rojo. Su muerte causó una impresión terrible en la Unión Soviética, donde era considerado como un verdadero héroe, y en París se hablaba de él con respeto. Sus conocimientos militares eran amplios, ya que había sido oficial de élite de la guardia del zar Nicolás. Cuando supe las causas que provocaron la caída de Tujachevski, entendí por qué en aquellos días los comunistas hablaban tanto del peligro bonapartista en la Unión Soviética. Aunque Roure describe al mariscal como un "paneslavista casi místico" y un hombre incapaz de hacer o dar un golpe de Estado, ya que él era simplemente un militar disciplinado y por voluntad propia marxista-leninista. Su ambición era justamente la contraria: quería evitar a toda costa una guerra para la Unión Soviética, pero fue víctima de una conspiración muy bien urdida. ¿A quién le interesaba descabezar al ejército rojo? ¿A quién le convenía el crimen? La respuesta es obvia. Y sólo la ceguera aliada, que se negó a escucharlo, es la responsable de este otro crimen.

Al saber de tantas escapatorias y tantos misterios, yo prefería volver a México, pero Paz no sentía ningún temor y deseaba ir a la URSS para ver con sus propios ojos ese país en el que se jugaba la suerte del mundo.

Mientras los soviéticos nos daban la visa fuimos a la embajada de México a pagar nuestros respetos al embajador Adalberto Tejeda. Un taxi nos dejó en la puerta. Entramos a un vestíbulo circular de muros grises y muebles de cuero negro. Adosadas a las paredes había vitrinas con idolitos de barro. Una escalera y un elevador llevaban a los pisos superiores.

El embajador Tejeda había sido gobernador de su estado, Veracruz, y durante su gubernatura decretó que las casas eran de quienes las vivían, me explicó Paz antes de entrar para que no fuera a meter la pata.

El vestíbulo estaba silencioso y vacío. Sólo un señor grueso, moreno, vestido con suma elegancia, esperaba sentado confortablemente en el sofá de cuero negro. Nosotros ocupamos los sillones y guardamos silencio.

—¿Qué pasa, güeritos? ¿Vienen a ver a este cabrón? ¡Pues no lo van a ver! Está atrincherado y yo lo estoy esperando desde hace varios días, ¡pero el cabrón no asoma las narices! —gritó el hombre. Se puso de pie, me besó la mano y se presentó:

—Epigmenio Guzmán, para servirla.

Luego se presentó con Octavio y volvió a tomar asiento en el sofá de cuero negro.

—Les aseguro que es inútil que esperen. ¡Tejeda es un cobarde! A mí me teme, porque sabe que donde lo vea lo dejo muerto —volvió a gritar.

Un hombre alto de cabello gris bajó de prisa la escalera y se dirigió a Paz. Era el poeta Renato Leduc. Abrazó a Paz con efusión.

—¿Qué hacemos, hermano?

—Vinimos a saludar al embajador. Y tú ¿qué haces? ¿Cómo te va?

—¡Carajo! Pues ya me ves aquí, bien jodido.

Después saludó a Epigmenio Guzmán como se saluda a un asiduo de la casa. Éste le preguntó:

—¿Y este cabrón de Tejeda no piensa salir nunca? Mire, güerita, ahí está encerrado. Fuimos amigos, me conoce desde chiquito, fue mi protector y ahora tiene miedo de verme. Sabe que con Epigmenio Guzmán no valen las chingaderas y sabe también que hasta le haría su oración fúnebre muy sentida.

Renato Leduc no lo escuchaba, continuaba hablando

con Paz. Al cabo de unos minutos se despidió. Tuve la impresión de que iba a hablar con el embajador. Epigmenio continuó sus diatribas. Un mozo, que salió de no sé dónde, anunció que ya iba a cerrar la embajada. Nos encontramos los tres en la calle.

—¿Dónde van a comer? —preguntó Epigmenio muy cortés.

—No sabemos. . .

Nos cogió del brazo y dijo: "Pues conmigo. . ." Nos llevó a La Perousse. Era la primera vez que yo comía en un reservado y me pareció el colmo del mundanismo. Los camareros eran tan elegantes como los clientes y Epigmenio los llamaba con ruidos leves de besos y les hablaban en un francés impecable, mientras fumaba cigarrillos perfumados en una boquilla de oro. Fumando y en voz baja le contó a Paz:

—Me mandaron de espía a Checoslovaquia. . .

Ante el gesto de sorpresa de Paz, insistió:

—Sí, muchachito, ¡de espía! Para arreglar una compra clandestina de armas para la República Española. Se enviaron las armas, pero las interceptó Franco. ¿Quién dio el pitazo? Sólo el cabrón de mi cómplice: Tejeda. Por eso no me da la cara. Y ahora el que arriesga el pescuezo soy yo. Por eso necesito que se vaya él por delante. Me comprenden, ¿verdad?

—Sí. . .

Epigmenio era encantador. Nos ofreció una comida exquisita, rociada con vinos magníficos, y habló de política, de literatura, de París, al que conocía mejor que su pañuelo. Era único en cortesía y generosidad. A las cinco de la tarde nos depositó en la puerta del hotel y se despidió con un "Hasta mañana."

León Felipe quiso conocerlo. Lo conoció y luego ya en México, cuando Epigmenio estaba derrotado e iba al Café París a charlar con los intelectuales, lo conoció mu-

cho mejor. Pero en esos días, ¿quién iba decirme que Epigmenio, el inteligente, el aventurero, el generoso, iba a perder la batalla contra Tejeda?

Epigmenio nunca vería a Adalberto Tejeda. Era inútil que esperara en el vestíbulo oscuro de la embajada. Mancisidor, que también era veracruzano, vino al hotel a decirnos que el embajador nos invitaba a comer y que nos presentáramos por la entrada de la residencia, situada a espaldas de las oficinas. Llegamos puntuales.

La residencia era gris, con muebles de níquel y espejos ahumados. En los salones de muros grises había frescos de un pintor cuyo nombre no recuerdo. El aspecto era tan sombrío como el de una agencia funeraria. En el comedor de muros de espejos ahumados, en el que tantas cosas de mi vida iban a ocurrir, el embajador Adalberto Tejeda, alto, de vientre abultado, cara rojiza y cráneo parecido a un huevo, narraba mientras comíamos sus hazañas contra la Iglesia católica. Su hija, una joven vestida de negro, con una cruz de oro en el pecho y un cordón azul como el de las Hijas de María, se agitaba visiblemente: bajaba la cabeza y murmuraba:

—Por favor, papacito, ¡no diga usted esas cosas!

—Perdóneme, mi hijita, perdóneme.

—Papacito. . . —suspiraba la jovencita.

—¿Ven ustedes? Es la tragedia de nosotros los revolucionarios: ¡nuestros hijos son católicos! La culpa es de las señoras, que los educan así y nosotros nos vemos obligados a mandarlos a las escuelas de Canadá, país muy católico, como ustedes saben. En México no podemos tolerar que los curas y las monjas eduquen a nuestros hijos. ¡No, no lo podemos tolerar! Por eso mi hijita estudió en Canadá. Ahora está pasando una temporada conmigo y no quiere escuchar la verdad. . . ¡Perdóneme, mi hijita!

Pero la hijita del embajador no parecía dispuesta a perdonar las blasfemias, pues pasaba de la palidez más intensa al rubor más encendido, sin osar levantar la cabeza.

Paz, para variar el tema, habló de Revueltas, pues quería que se arreglara su asunto.

—Sí, es un gran músico. Anoche lo llevé a un concierto; me interesan mucho sus opiniones musicales.

—Perdone, señor embajador, ¿usted sabe que Revueltas no tiene billete para volver a México. . .?

Mancisidor tosió con discreción e interrumpió a Paz.

—El embajador ya está al corriente y piensa telegrafiar a México para resolver este problema —explicó Mancisidor, poniéndose colorado, pues el embajador se incomodó visiblemente.

—Es un problema que no me concierne. Concierne a Revueltas y a la Secretaría, yo hago lo máximo que puedo hacer por él. Es decir, hacerlo gozar de lo que él vive: ¡la música! Es darle un poco de vida, de gloria. ¿No está de acuerdo, compañero?. . . ¡Perdón!. . . ando mal del estómago. . .

Y Tejeda se ladeó en la silla para dejar escapar un aire hediondo que invadió la mesa. A partir de ese momento, a cada instante pedía perdón, se ladeaba y dejaba escapar aires cuyo olor era más bien repugnante.

Los comensales nos mirábamos asombrados y ruborizados. Vi que Paz enrojecía de cólera o de asco. Habíamos ido a esa comida con la esperanza de obtener del embajador el dinero para el regreso a México de Silvestre y Paz no iba a cejar, por causa de unos olores y unos ruidos de lo más inesperados y fuera de lugar. De manera que insistió en Revueltas, propuso una colecta:

—No, no, no, yo no puedo ayudar al compañero en esa materia. Yo lo ayudo llevándolo a conciertos —dijo Tejeda con firmeza.

Salimos descorazonados de esa desagradable comida.

—Lo lleva a los conciertos para darse taco —le dije a Paz y él estuvo de acuerdo.

Traté de imaginar a Revueltas en el palco del embajador, vestido con su pantalón de mezclilla y su camisa a cuadros, en pleno invierno de París. El señor Tejeda no era capaz ni de comprarle un suéter. . .

## 16

Fue en una de esas noches cuando dimos de frente con Miguel Hernández, que volvía de la URSS. Nuestra emoción al verlo fue enorme. Nunca olvidaré el rostro grave de Miguel, cuando León Felipe le preguntaba una y otra vez:

—Bueno, chico, ¿cómo es aquello?. . . ¿cómo es aquello?. . . ¿cómo es aquello?. . .

España se nos vino encima al estar con él. Me llegó el olor de aquel depósito de melones que Miguel había descubierto en Valencia y al que me llevaba a comerlos hasta quedar saciados. Lo veía con sus pantalones de pana color canela, sus alpargatas de cintas negras, su navaja resortera partiendo los melones con sabiduría. Recordé, como lo hago ahora, sus furias contra algún personaje y sus gritos: "¡No me hables de ese cabrón!" La palabra "cabrón" tomaba una fuerza extraordinaria pronunciada por su voz profunda y resonaba en la tarde caliente como un cañonazo. Recordé a los envidiosos que decían: "¿Miguel?, anda disfrazado de pastor, ya se creyó el cuento de que fue pastorcillo. . .", frases que a mí me dejaban atontada, pues todavía ignoraba la envidia de los mediocres, a los que sacaba de quicio que un chico tan joven fuera tan gran latinista, tan gran poeta y tan guapo. Ahora, en París, era el chico pobre español, con su nariz chatunga, su traje estrecho y sus ojos claros llenos de un asombro melancólico. Como si en París se diera cuenta de lo poco que significaba la matanza terri-

ble que existía en España, los sacrificios y las hambres. También ahora los envidiosos podían decir que Miguel andaba disfrazado de pobre, aunque lo vieran temblar de frío.

León Felipe continuaba preguntando:

—¿Cómo es aquello?. . .

Todos sentíamos remordimientos en su presencia, pues él volvía a España. ¡Volver a España! Era fácil decirlo, pero duro de hacer. España hambrienta y la guerra que convertía en infernales todos los días. Era inútil que los obreros franceses organizaran manifestaciones para gritar: "¡Des avions pour l'Espagne!" Nadie hacía caso de ellos. El Comité de No Intervención se oponía a enviar armas a los republicanos y Roosevelt era enemigo de la República Española.

Un político inglés, Duff Cooper, había declarado: "Todo lo que se ventila en España, no vale la vida de un marinero inglés." Frente a Miguel Hernández no sospeché que muchas veces iba a encontrarme frente a la cara rojiza y las amables palabras del despectivo Duff Cooper.

Pocos años más tarde, él era embajador de Inglaterra en París y lo encontré en la casa de la mexicana más extraordinaria que he conocido: Gloria Rubio.

Gloria se había casado con un príncipe alemán y cuando empezó el desastre germano huyó a Portugal para salvar a sus hijos. Sólo llevaba sus alhajas. De allí pasó a Madrid, en donde Fakrí, el primo hermano del rey Faruk e hijo del embajador de Egipto en Madrid, se enamoró de ella. Gloria se vino a París.

Aquí vivía en un palacio enorme, sin criados y sin dinero, vendiendo sus joyas poco a poco. Por las tardes iba a visitarla. Entraba al enorme vestíbulo de losetas de mármol blancas y negras cuya soledad y silencio me im-

presionaban. De pronto la voz de Gloria me llamaba: "Arriba, rubita." En su lujosa habitación, tendida en la cama, me recibía. Gloria aparecía en las portadas de *Vogue* como la mujer más elegante del mundo. Manuel González y González, su protector y ministro plenipotenciario de México, se había ido de París y ella se encontraba desamparada. Yo me sentaba en una sillita baja, cerca de la ventana, y desde allí admiraba su belleza, fina e indescifrable como una estatuilla egipcia. Después, llegaba la embajada inglesa a rendirle tributo, con el embajador Duff Cooper a la cabeza. Yo escuchaba la conversación de Gloria en un inglés perfecto, a veces cambiaba al alemán y a veces al francés. No sólo era inteligente al hablar sino en sus movimientos y modales. Pero me sobrecogía su angustia, aunque ella no dijese nada, excepto cuando estábamos solas y entonces inventaba venganzas infantiles contra aquellos que le estaban haciendo daño: "¡Tú lo verás, rubita!. . . ¡Me compraré una casa preciosa, haré fiestas magníficas y no los invitaré nunca! ¡Nunca!"

También iban a visitarla las hermanas del rey Faruk: la princesa Faiza, esposa del sha de Persia, que estaba en París tramitando su divorcio, y la princesa Fawzia, casada con un diplomático egipcio, rubio y buena persona. Las dos eran bellísimas, de piel muy blanca, cabello negro y rostros perfectos. A principios de los años setenta, leí en los periódicos que a Fawzia la había matado su marido y luego él se había pegado un tiro en la cabeza. Vivían en Los Ángeles, acosados por la miseria. Ya estaban viejos y ambos trabajaban de sirvientes, a pesar de que Gloria Rubio, fiel a su amistad, les enviaba dinero.

Las dos hermanas deseaban que Gloria se casara con su primo Fakrí. Era la mejor manera de solucionar su vida. Pero Gloria, que había guardado siempre su nacionalidad mexicana, estaba en un grave dilema: su pasaporte

había caducado y el consulado se negaba a renovárselo. Eso significaba para ella la deportación a Alemania, en donde su marido estaba preso, y el abandono de sus niños, que se hallaban en un colegio en Suiza. "Nuestra Gloria Nacional", la llamaban en el consulado. Ella estaba aterrada, pero llegó Anselmo Mena, el encantador Anselmo, del grupo "Contemporáneos", que era nuestro cónsul en Londres, y le extendió su pasaporte mexicano. Gloria iba bien como princesa egipcia, pues sus rasgos sólo la hacían comparable a Nefertiti.

Lady Diana Duff Cooper, la mujer más guapa de Inglaterra, detestaba a Gloria Rubio, la modesta hija de un periodista maderista que fue asesinado en México. Antes de que Gloria se convirtiera en lady Guinness, la gente más importante de la época le rendía amistad, como por ejemplo Winston Churchill. Paz, como buen poeta, estaba deslumbrado con ella y fueron grandes amigos durante muchos años. Hace relativamente poco que Gloria murió dormida en su casa de Suiza.

Quisimos compensar a Miguel, lo llevamos a cenar y al Follies Bergère. Ya dije nuestra experiencia en ese teatro. Miguel volvió a España, pronto la debacle se apoderó del país y Miguel quedó cortado en Valencia. La noticia de su muerte me llegó en una mañana soleada de México, por boca de Antonio Sánchez Barbudo y de Lorenzo Varela. Miguel Hernández murió de tuberculosis, a pesar de los esfuerzos que hizo por salvarlo un alto sacerdote amigo suyo. Casi era increíble, aunque es sabido que esta enfermedad se apoderaba con violencia de los más jóvenes y de los más fuertes.

En el Dupont conocí también a una chica rusa de gran belleza, que luego se casó con Haro Olivia. Nadia era silenciosa, con unos ojos claros inmensamente tristes.

Llevaba las trenzas cruzadas sobre la cabeza y nunca olvidé su silenciosa belleza.

Resulta curioso pensar ahora que en aquellos días éramos siempre los más jóvenes en los grupos de amigos. A mí las personas de treinta años me parecían ya muy viejas. Sin embargo me encantaba hablar con los mayores, como León Felipe y Bertuca, que tan sabios eran. Nunca pensé que alguna vez yo iba a ser la más vieja del grupo. Cuando Emilio Carballido, que tiene la facultad de no acumular años y de producir milagros y eso lo digo con un largo conocimiento de causa, me presentó a José Sebastián Hibler, no pensé que ese hermoso joven latinista, experto en música, en teatro y en literatura, iba a convertirse en mi mejor amigo de París. Cenar en su piso de luz anaranjada y escucharlo es un regalo y un premio inmerecido, que le debo al siempre risueño, dispuesto a sorprender y a sorprenderse, Emilio Carballido. Y me pregunto si alguna vez cuando fui joven alguno de mis amigos pensó lo mismo de mí.

Alejo Carpentier nos llevó a la casa de Robert Desnos, un poeta surrealista. Al entrar quedé muda. El vestíbulo tenía las paredes cubiertas de cuernos de todos los tamaños y formas. En el salón relativamente pequeño había vitrinas llenas de objetos horribles, que "ellos" llamaban "eróticos". Se bailaba a media luz, sólo se hablaba de sexo, palabra indudablemente indecente. Robert Desnos era un hombre mayor, aunque quizás no lo era tanto. Tal vez era como Pablo Neruda, al que yo consideraba muy viejo y que apenas tendría unos treinta y siete años.

Robert Desnos era de muy corta estatura y dotado de un físico desfavorable. Se reía sin venir a cuento y sus

labios gruesos mostraban una abundancia de saliva. Su mujer, Yuki, había sido esposa del famoso pintor japonés Foujita. Era alta, gruesa, rubia, maquillada y muy alegre. Vestía sólo kimonos japoneses que se cambiaba cada media hora durante la misma noche. ¡Nunca imaginé que existieran fiestas semejantes, en las que las mujeres bailaban con mujeres! Yuki, muy maternal, me regaló una mariposa de Schiaparelli y con suavidad me la prendió en el pelo. La guardé muchos años, pues me encantan sus alas amarillas con venas marrones. La belleza del grupo era Eva, la mujer de Alejo. Eva era una joven rusa de piel perfecta y cabellos rubios ceniza. Alta, fina, amable, era una delicia estar con ella. Nos hicimos amigas y venía al Dupont a tomar café conmigo. Sin embargo, Eva tenía algo inquietante, era como si siempre estuviera al borde del suicidio. Una llama secreta de desesperación la consumía continuamente.

En la casa de los Desnos escuché hablar por primera vez de Miguel Ángel Asturias y supe que él y Lupe Marín, la esposa de Diego Rivera, se propinaban unas palizas increíbles en el comedor de los Desnos. Yo conocí a otra Lupe. Alguna vez llegó a París envuelta en trajes de sedas italianas, con las muñecas cubiertas de pulseras de oro y modales solemnes. Juntas, fuimos un domingo al Chateau de la Rolanderie, cuya dueña era madame Prentice, una norteamericana menuda e inteligente. Allí encontramos a Denis de Rougemont, siempre brillante, y al famosísimo lord Mendl, que me tenía mucho afecto. Comimos en el jardín y Lupe Marín se convirtió en la estrella de la reunión. Lupe Marín era de esas personas que a medida que envejecen cobran belleza, distinción e inteligencia. Debo decir, en su honor, que sus visitas a París eran siempre un éxito inesperado. Yo me sentía orgullosa de ir con ella a la ópera o al teatro, donde nunca pasaba inadvertida y los amigos nos rodeaban para

festejar el verde de sus ojos y la dignidad de su presencia. En México, la casa de Lupe era perfecta y su mesa exquisita. La admiré y la quise mucho y creo que debe hacerse una revisión de su vida para colocarla en el lugar que mereció en México en este siglo.

¡En verdad París era muy diferente de México! En ese saloncito de Desnos escuché por primera vez hablar de los "voyeurs". Con lujo de detalles explicaron que en los hoteles había mirillas minúsculas que se alquilaban para observar a los clientes mientras se bañaban, iban al WC o hacían el amor. Me aterré. No había imaginado nunca que existiera algo semejante y a partir de esa noche le tomé horror al hotel y para bañarme, desvestirme y acostarme apagaba la luz, ante la impaciencia de Paz.

—¡Estás loca! Esa gente quiso hacerse la interesante.

Sin embargo continuábamos yendo a la casa de Desnos, en la rue Mazarine. Siempre era el mismo espectáculo: Yuki cambiándose de kimonos, las mujeres bailando de pareja y la conversación muy erótica. Después de la guerra supe que Robert Desnos murió en un campo de concentración. ¡Pobre Robert Desnos, tan bajito, tan incomprensible, tan lleno de cuernos, de risas, de amabilidades y de poemas. . .!

A mí me gustaba César Vallejo. Nunca entendí la manía que le tenía Pablo Neruda ni la persecución que ejercía contra él. En España Pepe Bergamín me dijo: "Envidia de 'La Chirimoya'." (Así llamaba a Pablo. Ambos llevaban una riña encarnizada, a tal punto que después de que Pablo recibió el Premio Lenin, el Comité Ejecutivo del Partido Soviético tuvo que intervenir, llamar a los dos y obligarlos a terminar la querella.) Esto lo contaba Pepe Bergamín, riéndose con gran malicia. Pero a pesar de las "paces" impuestas, Bergamín conti-

nuaba llamándole "La Chirimoya": "¿No recuerdas que era muy envidioso? Y como los dos eran poetas de América, pues no se lo perdonaba, sobre todo que Vallejo era mucho mejor poeta que él, ¡'La Chirimoya' no era tonta y lo sabía. . .!"

Sí, algo pasaba con César Vallejo, estaba muy aislado, vivía con Georgette, su mujer, en un hotelito muy pobre del barrio latino y formaban una muy hermosa pareja: ella menuda, blanquísima, de ojos verdes de gato y él enjuto, alto, moreno, de rasgos indígenas muy severos. Estaban muy pobres e iban vestidos con ropas raídas y ligeras para la crudeza del invierno. Georgette, siempre muy cerca de él, levantaba la vista para contemplarlo con veneración. Una noche en la que fuimos con ellos a un mitin, Vallejo quiso colocarse hasta adelante, para no perder ni una palabra de lo que allí se iba a decir. El teatro estaba repleto y nos quedamos de pie en el pasillo, muy cerca de la escena. A mí no me interesaban los oradores, me fascinaba el rostro grave de Vallejo, como si estuviera devorado por un terrible sufrimiento, y no pude quitarle la vista de encima. Él se dio cuenta de cómo lo miraba y me echó un brazo al cuello, sin dejar de escuchar a los oradores. A su contacto, me invadió una corriente de bondad que nunca más he vuelto a sentir. Aquel hombre era un hombre aparte, era un poeta. Creo que la poesía va unida a la profundidad de la bondad. Todavía veo su suéter de lana cruda y sus ojos trágicos.

César Vallejo nunca se quejó. Tal vez sabía ya que el hombre moderno tiene el corazón de piedra y que era inútil pedir socorro. Nosotros no podíamos imaginar la miseria que sufría: los jóvenes, o cuando menos yo, carecen de imaginación para adivinar el sufrimiento y el terror que ocasiona el hambre. Yo sentía que Vallejo era desdichado, pero no sabía la causa a pesar de su mirada febril y terriblemente profunda. Vallejo se sabía el elegido de

la desdicha. Los mayores conocían a fondo el drama de Vallejo, pero preferían el mutismo y hacerle el vacío. El desdichado nunca tiene razón, siempre es culpable. Esto lo he comprobado a lo largo de mi ya larga vida. Nosotros sabíamos que Neruda no lo quería, pero no imaginábamos que su poder fuera tan grande como para hundir a César Vallejo en aquella desgracia. Poco tiempo después supe que Vallejo había muerto de hambre en París. ¡De hambre! No era una frase, era una terrible verdad. Su muerte me produjo una impresión extraña. Los comunistas tenían razón: unos eran demasido ricos y otros demasiado pobres, y esto se daba hasta entre los propios comunistas.

En Nueva York, durante la segunda guerra mundial, conocí a Gonzalo More, el mejor amigo de César Vallejo. Ambos eran peruanos. En el restaurante Sevilla y en el hotelucho Jai-Alai, Gonzalo me hablaba de César. Se habían conocido desde jóvenes. A Gonzalo le preocupaba mucho Georgette, que pasaba la guerra sola en Francia. No le preocupaban los manuscritos de Vallejo: "Yo sé que Georgette los guardará mejor que su propia vida", concluía en el cafetín de Bank Street. Y así fue. Después de la guerra un diplomático peruano, Roca, buscó a Georgette para pedirle los manuscritos de César. Ella no quiso entregárselos. Si en Perú querían editar a Vallejo, ella iría a vigilar la edición. Hubo un forcejeo y al final Georgette se fue a Perú con los papeles de César. Después sólo he escuchado: "¡Ah, esa mujer!", "¡Ah, esa mujer nefasta!" Y me asombra la frivolidad de los que la juzgan, ya que ni la conocieron ni conocieron a Vallejo, ni supieron del gran amor y el grave sufrimiento que los unió para siempre. Yo digo: "¡Ah, los advenedizos!". . .

# 17

Mancisidor nos citó un domingo por la tarde en el café Dupont. Lo encontramos como siempre, lleno de buen humor y de optimismo. De pronto se puso muy serio, venía a anunciarnos que se iba a México y que quedábamos a cargo del camarada Revueltas, que todavía no tenía billete de vuelta al país ni dinero de bolsillo ni tampoco había pagado su cuenta en el hotel. Nos quedamos fríos.

—Ustedes quedan al cuidado del camarada. Que no beba ni haga locuras. Quedan responsables y sé que no me van a defraudar —nos dijo muy serio.

¿Y qué podíamos hacer si tampoco teníamos dinero? Los billetes los había pagado el Congreso de Intelectuales y el regreso era vía Nueva York. Mancisidor se despidió de prisa pues esa misma tarde salía rumbo a México.

Paz había recibido un poco de dinero de su sueldo y con eso contábamos para llegar a México, pero era una miseria que no alcanzaba para un billete por barco. Cuando se fue Mancisidor, nos quedamos sentados en el Dupont sin saber qué decir ni qué pensar. Un golpe de mazo en la cabeza no nos hubiera dejado más atontados. El pobre Revueltas. . . ¿qué íbamos a hacer con él?. . .

Volvimos al hotel a consultar con León Felipe. Tampoco él tenía dinero. Los sueldos de Bertuca, como maestra de inglés, se estaban agotando y ellos tenían el mismo problema que nosotros. Entonces nos llamó con urgencia Chávez Morado y nos citó en el Dupont. Corrimos a

verlo. Lo encontramos muy elegante, con un abrigo cruzado, una bufanda de seda y unos bigotes a la china, que le caían hasta la barbilla. Venía a despedirse pues él salía a México esa noche.

—¿Y Revueltas? —le pregunté indignada.

—El camarada queda bajo su custodia, ya se los dijo el compañero Mancisidor —contestó con aplomo.

—Nosotros no tenemos dinero. Mira tú lo elegante que vas, podías haber ayudado en algo a Silvestre —le dije furiosa.

Pero Chávez Morado era impermeable a mi cólera, él no tenía dinero y su viaje estaba ya arreglado. Paz no dijo nada, se mordió los labios y muy cortés conversó con él mientras yo sufría una cólera sorda. Nos despedimos. Lo vimos alejarse, muy seguro de sí mismo y, de pronto, toda la alegría del café Dupont se nos convirtió en ceniza.

Empezó a llover con furia y desalentados corrimos al hotel en busca de León Felipe. En la puerta, encontramos a Revueltas completamente borracho, empapado, con los cabellos revueltos, sin afeitar, y con la mirada extraviada. Iba como siempre en mangas de camisa.

—¡Mírenme!. . . ¡Soy Chaplin!. . . ¡Soy Chaplin! —empezó a gritar como loco.

Tratamos de calmarlo y salió corriendo y nosotros detrás de él. Corría en zigzag, se tropezaba y no dejaba de gritar: "¡Soy Chaplin!" Se metía por los callejones más inesperados, andaba buscando el río y nosotros desesperados corríamos tras él, lo sujetábamos unos minutos y volvía a escapar. "¡Revueltas, por favor, no estás solo, aquí estamos nosotros!", le gritaba Paz, empapado hasta los huesos. No sé cuánto tiempo duró esa carrera. La gente nos veía pasar con asombro y con risas. Por fin Paz logró que Revueltas rehiciera el camino, sostenido por

nosotros dos. Pero no dejaba de gritar y de escapársenos. Hacia las once de la noche, cuando ya íbamos llegando al hotel, Revueltas forcejeó con Paz y se cayó al suelo bajo el capacete de un restaurante, que en ese tiempo nos parecía elegante. Inútil fue tratar de levantarlo. Era un espectáculo penoso: Revueltas tirado en el suelo, con la camisa abierta, empapado y nosotros también empapados tratando de levantar a aquella mole y suplicándole que se pusiera de pie. Se hizo un corro, que comentaba alegre: "Son sudamericanos. . ." Paz quiso abofetearlos; entonces, se adelantaron dos jóvenes argentinos:

—Mirá, che, nosotros te ayudamos. ¿Adónde hay que llevarlo?. . .

Entre los dos y Paz levantaron en vilo a Revueltas y lo llevaron a nuestro cuarto.

—Mirá, a éstos les da risa y eso nos enferma. . .

Eran dos estudiantes a los que les tomamos un afecto y un agradecimiento enormes.

León Felipe vino a echarle un vistazo a Revueltas.

—Hasta mañana no despierta. No os preocupéis más.

En ese momento Revueltas abrió los ojos y nos miró con fijeza. Paz se inclinó para decirle:

—Silvestre, estás solo, solo, solo. . . ¡No puedes beber! ¡No puedes!

Y Silvestre entendió su situación, escondió la cabeza bajo la almohada y nos dijo:

—¡Váyanse, cabroncitos! No voy a beber.

Lo oímos roncar y nos fuimos con León Felipe y con Bertuca al cafetín donde lo había callado el chino. León se mesaba la barba: "¿Qué podemos hacer?", repetía una y otra vez.

De pronto, como una aparición entró Revueltas, se inclinó ante mí, me besó la mano:

—A sus pies, señora —dijo.

En ese momento entró una florista con un cestito lleno de ramilletes de violetas y Revueltas cogió un ramito y me lo ofreció. Después cogió el cestito y repartió las violetas entre todos los clientes, los mozos y las camareras, no sin antes darle un beso a cada ramillete. Al final se volvió los bolsillos del pantalón y se echó a reír a carcajadas.

—¡Escucha, hombre, escucha! —le dijo León Felipe y Revueltas aceptó sentarse con nosotros y tomar un café caliente. Era la imagen misma de la derrota.

Por la mañana fuimos a pagar la cuenta de su hotel. Revueltas, cabizbajo, nos contó que Mancisidor lo había recomendado mucho con el embajador para que lo repatriaran a México. Tejeda, a pesar de que Silvestre tenía hipo, se lo llevó a la ópera y le explicó que los trámites de la repatriación duraban varios meses. Al encontrarse ya sin Mancisidor y con la noticia terrible de la repatriación se sintió perdido. El golpe fue terrible, pero lo consoló la solidaridad de los "dos cabroncitos". En adelante, Silvestre iba con nosotros a todas partes y siempre sobrio. Nos mudamos a un restaurante más barato, para que salieran tres comidas de dos. Pero todavía necesitábamos pagar el hotel y el billete a México de Revueltas. Paz estaba preocupado: "Esa cabecita nunca para de pensar", acostumbraba decirle Concha Albornoz en España. Ahora sí que era verdad, Paz no paraba de pensar.

—¡Ya tengo la solución! —gritó una mañana y se sentó en la cama admirado de su inteligencia.

Yo esperé anhelante: teníamos dos billetes de clase turista para Nueva York, bastaba cambiarlos por tres billetes de tercera en un barco directo a Veracruz. Si sobraba algo pagaríamos el hotel y la comida de Silves-

tre. Paz salió corriendo a una agencia de viajes. Los trámites eran complicados, pero al final, logró obtener tres billetes de tercera en el barco alemán el "Orinoco". Revueltas se apaciguó. Pellicer regresó de Alemania, había ido de turista y estaba maravillado con el Tiergarten:

—Esos alemanes hacen todo perfecto.

Y nos explicó cómo las fieras de ese zoológico eran dichosas. Además había comprado una vajilla magnífica para doña Deifilia Cámara viuda de Pellicer, como llamaba él a su madre. Para él se compró una cámara Leika de fotografiar que en ese tiempo era la cámara más perfecta. Venía muy satisfecho de su viaje. Yo no entendía cómo había tenido valor para ir a Alemania, con las cosas que se contaban de ese país.

—Mi señora, cambié de pasaporte en el consulado de México, de manera que los alemanes no supieron que estuve en la España roja —dijo satisfecho.

A pesar de la combinación de Paz, faltaba un poco de dinero para pagar el hotel de Revueltas y el nuestro. Renato Leduc dio una parte y con sus amigos los empleados reunió la otra parte.

Un grupo de jóvenes comunistas amigos de Paz vinieron a invitarnos al teatro.

—Vamos de claque —dijeron.

Yo no entendí.

—Es fácil, tú patea cuando nosotros lo hagamos.

Me había comprado un casco de plumitas muy untado a la cabeza y acepté encantada ir a patear para poder lucirlo. El teatro estaba tapizado de rojo, la gente muy elegante y nuestras butacas ocupaban las primera filas. Los comunistas franceses eran muy alegres y se habían vestido con esmero. La obra me gustaba, pero de pronto Jacques empezó a patear y todos lo seguimos. Pateába-

mos acompasadamente y Jacques silbaba con furia. La gente empezó a incomodarse y nosotros seguíamos pateando hasta llegar a las injurias contra el autor.

—¿Es necesario esto? —pregunté.

—Sí, muy necesario.

Cuando terminó la obra nos fuimos a la Plaza de la Bastilla a desternillarnos de risa. Éramos buenos revolucionarios y seguíamos riendo con los alegres franceses y cantando *Bandiera rossa*, que entonces se cantaba mucho. Fue una muy buena noche.

En ese tiempo los comunistas tenían un gran poder en Francia. Habíamos asistido al entierro de un líder famoso y la manifestación era imponente y silenciosa. Los miles de participantes llevaban una corona de flores rojas en alto. Las coronas eran pequeñas y los manifestantes eran miles, de manera que avanzaba por la calle un río de flores rojas. El espectáculo era verdaderamente sorprendente.

Revueltas y yo teníamos un capricho: ver a Serge Lifar. Paz nos invitó a la ópera. Al entrar nos aturdió el lujo de las escalinatas y de los asistentes, y no sabíamos qué camino tomar, ya que íbamos al "gallinero". Se nos acercó un señor muy entorchado a preguntarnos si sabíamos adónde nos dirigíamos. Revueltas se puso nervioso:

—Este hombre debe ser algún general muy condecorado. . . —me dijo en voz baja.

El señor vio los billetes y nos indicó el camino. Desde el "gallinero" vimos y aplaudimos a Lifar deslizándose en la escena como un tigre. En verdad los rusos son los únicos bailarines que existen, nos dijimos muy convencidos. ¡Lástima que ya no pudiéramos ir a Rusia!

El poeta cubano Emilio Ballagas se unió al grupo nuestro, era un hombre joven y afable, pero no quería a Nicolás Guillén. Un día durante la comida recitó un

poema de Nicolás y recalcó varias veces: "Mi abuela blanca, mi abuela negra. . .", y se echó a reír:

—Me pregunto cuál fue la abuela blanca de Guillén —comentó alegre.

Carlos Pellicer lo miró con dureza:

—Me parece, compañero, que hoy se ha puesto demasiado talco en la cara —le dijo con voz rugiente. Emilio Ballagas enrojeció y se hizo un silencio embarazoso. En efecto, Ballagas pertenecía a los cubanos bien vestidos, peinados con esmero y perfumados. En ese tiempo los cubanos eran conocidos por su afecto a la coquetería masculina y todos iban hechos "un brazo de mar", como se dice. El incidente no pasó a mayores y Emilio Ballagas continuó en el grupo mexicano.

Entre Pellicer y Paz hicieron las cuentas al centavo de los gastos que había que cubrir antes de embarcar y faltaban veinte dólares. Pellicer los puso de su bolsillo y todo quedó arreglado.

Unos días antes de tomar el barco, llegaron al hotel Gamboa y Susana: acababan de regresar de Londres y parecían muy preocupados. Se sentaron en el borde de la cama y nos dijeron el objeto de su visita: querían que cambiáramos de barco. Ellos también tenían billetes en el "Orinoco" y se negaban a viajar conmigo, ya que yo era muy peligrosa por inconsciente. Nos quedamos boquiabiertos, mientras explicaban que el barco era alemán y su estancia en España los volvía el blanco de los nazis, a pesar de que también ellos habían cambiado de pasaporte en el consulado de México. Paz se negó rotundamente a cambiar de barco. Era imposible, ya que no había otro. Hubo un forcejeo y ellos se alarmaron aún más cuando supieron que ni Revueltas ni nosotros habíamos pedido un nuevo pasaporte.

—¡Qué barbaridad! Los nazis los pueden matar en la travesía —nos dijeron.

A pesar de ese peligro no quisimos cambiar el pasaporte. Entonces, nos suplicaron que durante el viaje nos les dirigiéramos la palabra, que hiciéramos como si no los conociéramos.

—Muy bien. No se preocupen. No los conoceremos.

—¡Es una suerte que estos jijos no quieran conocernos en el viaje! —dijo Revueltas cuando le contamos lo sucedido.

Íbamos a hacer el viaje sin un centavo en el bolsillo. Llegó la última noche de París y amaneció lluviosa la última mañana. Nos despedimos de León y de Bertuca. Ellos volvían vía Nueva York. Acompañados de Revueltas cruzamos la ciudad y tomamos el tren para Cherburgo en un vagón de tercera clase. Silvestre dio suspiros de alivio. Apenas nos habíamos sentado en los bancos de madera apareció un cubano muy joven y muy guapo. Riéndose, nos preguntó:

—¿Me puedo sentar aquí?

Y lo aceptamos de compañero de viaje. Era un joven muy elegante con un abrigo de pelo de camello echado con negligencia sobre los hombros. Su charla era fácil y divertida, como la de todos los cubanos. Pasaban los vendedores de bocadillos y de botellitas de agua y de vino, a Revueltas se le abrían los ojos inútilmente, pues no llevábamos nada en los bolsillos. El cubano se levantó y volvió a los pocos minutos acompañado de una negra muy vieja, provista de una canasta muy elegante llena de viandas exquisitas: bocadillos de "foie gras", queso, vino rosado, golosinas. Y empezamos todos a comer aquel banquete suculento. La negrita nos explicó que era la nodriza de "su niño" y que lo acompañaba en todos sus viajes. Supimos que el alegre muchacho pertenecía a los "oligarcas" cubanos y, gracias a él, el viaje resultó magnífico. En el puerto nos separamos, ya que él viajaba en

primera clase. Lo vimos subir por la pasarela acompañado de su nodriza. Luego vimos a Pellicer que iba en segunda clase. Ya de noche nos tocó subir a los de tercera. Susana y Gamboa no nos reconocieron.

# 18

Nuestra cabina vibraba como un motor en marcha, pues estaba en el fondo del barco y pegada a las máquinas. Era un rincón horrible, con dos camas estrechas, una encima de la otra, como en los trenes. Me pareció terrible pasar allí veinte días. Me senté en el borde de la cama y vi nuestro equipaje: maletas baratas y bultos, llenos de propaganda de la República Española.

—¡Caramba! ¡Veinte días! —dije angustiada.

—Sí, veinte días —contestó de mal humor Paz, que siempre trató de corregirme y de quitarme los prejuicios que me había inculcado según él mi "fatídica" familia.

Durante mi matrimonio, siempre tuve la impresión de estar en un internado de reglas estrictas y regaños cotidianos, que, entre paréntesis, no me sirvieron de nada, ya que seguí siendo la misma.

Llamaron a cenar y nos encontramos que en nuestra mesa estaban también Susana y Gamboa, y que el mueble estaba situado abajo de un gran retrato de Hitler, al que yo miraba con curiosidad. Su bigote era estrafalario y su mirada parecía querer dar miedo. Ante tan imponente presencia comimos en silencio y los Gamboa no nos dirigieron la palabra. Después de la cena, Revueltas y yo salimos a cubierta: acodados a la baranda platicamos, él me contó sus dificultades con Chávez, el director de orquesta de más renombre en México. Luego, en voz baja, me dijo:

—Mira a estos pendejos, no nos hablan, pero los alema-

nes saben que viajamos juntos –y ambos nos echamos a reír hasta que nos dolieron las costillas.

Por la mañana se desató una tormenta terrible y todos los pasajeros, menos Revueltas y yo, estaban mareados. Nos dimos cuenta en el comedor vacío. Los alemanes nos felicitaron. Era curioso, el pasajero más gordo y la pasajera más flaca íbamos y veníamos, divertidos por los saltos que nos obligaban a dar los cabezazos del barco. Fuimos a ver a Paz, que estaba mareado. Lo encontramos moribundo y nos pidió una naranja. ¿Una naranja?, si no teníamos ni un quinto para comprarla. Pero le prometí a Paz traérsela y subí dispuesta a robarla. Localicé el bar, era muy pequeño y modesto: a espaldas del barman había una claraboya que daba a la cubierta. Salí, la claraboya estaba muy alta, pero logré introducir medio cuerpo y alcanzar el frutero lleno de naranjas. Cogí tres y salí corriendo. Un marinero me vio y echó a correr detrás de mí. Me alcanzó en primera clase y me quitó las naranjas. Volví derrotada a la cabina. Las escalerillas estaban cubiertas de vómitos y el olor era nauseabundo. Paz se resignó a morir y yo volví a la cubierta. Allí las olas eran enormes: me abracé a un mástil y dejé que las olas pasaran sobre mí, pero desde el puente me observaron unos oficiales y enviaron a dos marineros a que me arrancaran del mástil y me llevaran adentro del barco pestilente. ¡Era una barbaridad, una ola podía barrerme y hacerme desaparecer! Empapada y descorazonada volví a la cabina donde yacía Paz. Al pasar por el pasillo oscuro oí que alguien me llamaba con voz débil, era Gamboa, que tenía la puerta de su cabina abierta. Entré y encontré a la pareja en estado de coma.

–Elena, por favor, cómpranos unas naranjas. . . –me suplicaron y me dieron dinero. ¡Claro que compré na-

ranjas y también cigarros para Paz y Revueltas! Volví triunfante a la cabina de ellos y a la de Paz. Los tres estaban muy enternecidos con mi buena obra y a partir de este momento los Gamboa decidieron que nos conocíamos. Revueltas y yo comimos y cenamos solos en el comedor, en donde los platos saltaban como los frijoles bailarines. Los oficiales nos felicitaron y nos obsequiaron pasteles y golosinas.

—¡Tienen pie marino! —dijeron muy satisfechos de encontrar a sus iguales.

La tormenta duró tres días, hasta que llegamos a Lisboa, y durante esos tres días me escapé muchas veces a cubierta, para resistir el viaje, ya que el agua y el aire marino me limpiaban de la peste encerrada en el barco.

En Lisboa, todos bajaron a pasear menos Paz, Revueltas y yo. "¡Imposible!", dijo un oficial portugués cuando vio los pasaportes. Desde cubierta contemplamos de lejos la ciudad, durante todo el día.

Cuando el "Orinoco" salió al Atlántico los pasajeros salieron de sus cabinas. Viajaban muchos niños enlutados y muchas mujeres también enlutadas que tejían a gran velocidad. Los niños cantaban: *Cara al sol*. Me explicaron que iban a Cuba donde tenían parientes. "A mi padre lo han matado los rojos", decían. ¡Qué hecatombe era España! Yo los observaba, sólo hablaban de la guerra. Jugaban con un niño mexicano y un día le preguntaron: "Oye, ¿tú eres falangista o comunista?" El mexicano se quedó perplejo y contestó: "No, yo soy orizabeño." "¿Qué partido es ése?" El mexicano reflexionó: "No es partido, es Orizaba, allí mi papá tiene una tienda." Luego me contó que su papá era sirio y que venían de visitar a su abuela, me explicó cómo era ese país, no le había gustado nada y estaba contento de regresar a Orizaba.

No teníamos dinero ni para fumar. Pellicer nos traía

nueces y el cubano golosinas y cigarrillos. Por las noches nos reuníamos en un saloncito pequeño, donde un hombre sombrío me hizo sus confidencias: "Si me agarran hago saltar el barco, coloco una bomba en los motores", me dijo en voz muy baja. Yo se lo comuniqué a Paz, pero no le dio importancia. Había dos tipos a los que les vi cara de mexicanos y les pregunté a bocajarrro: "¿Ustedes son mexicanos?" Me miraron con ira: "¡Sí!, ¡y a mucha honra!", y me dieron la espalda. No entendí su enojo.

Revueltas y Paz también iban sombríos. No jugaban a las damas ni al ajedrez. Solos, charlaban largas horas, evitando bajar a las cabinas hirvientes de calor. Por las noches, el barco se volvía misterioso y peligroso. Miraba el retrato de Hitler y recordaba el diario comentario de Pellicer cuando nos traía las nueces: "¡Qué espanto! ¡Ahí está el monstruo!" Sólo era feliz la pareja cubana de baile de salón, que repartía sus fotos elegantes firmadas a todos los que las solicitábamos. Un judío muy viejo, envuelto en un gabán raído, por el que circulaban con libertad los piojos blancos, pasaba el día acodado a la barandilla contemplando el mar. Se retiraba temprano; yo traté de hablar con él, pero fue inútil. "No hables con él, te va a dar el tifus", me explicaba Octavio. Una vieja francesa, muy maquillada, que tomaba el sol en la cubierta, se hizo muy amiga mía:

—Quisiega que trabajagas conmigo. . . Cágdenas es un buen pgesidente. . .

Paz dijo que la vieja tenía un prostíbulo. . .

"Los viajes ilustran", decían mis maestros y yo me iba ilustrando. . . Al cabo de muchos días me sentía como Cristóbal Colón, y sólo esperaba el grito: "¡Tierra!"

Había leído a Samaniego: "Pedro Ponce el valeroso y Juan Carranza el prudente. . .", pero lo olvidé. También lo olvidaron Paz y Revueltas y, de pronto, lo recordé y pensé que llevábamos pasaportes de rojos. . .

Un mediodía brillante divisamos tierra. Era Cuba, muy chiquita, como un lagarto verde echado sobre el mar. Los mexicanos, de mal humor me dijeron: "Batista echa los comunistas a los tiburones. . ." Me sobresalté: "¿Cómo lo saben?" Con voz amarga contestaron: "Somos diputados. . ., pero nos gastamos el dinero en París. . ." Me pareció muy bien lo del dinero y muy mal lo de los tiburones. "Yo no soy comunista", les dije. No me creyeron, sonrieron con malicia. Sus palabras me hicieron efecto y miré con miedo a la isla que se acercaba hasta que estuvo ¡ahí mismo!

—¡Octavio, los muelles son giratorios! —le dije asombrada.

—¡Idiota!, es el barco el que maniobra. . .

Habíamos llegado. Una multitud esperaba al "Orinoco". ¡Qué barahúnda! Se gritaban nombres y algunos niños contestaban: "¡Soy yo!" Otros levantaban el puño y unos policías vestidos con uniformes de verano daban de palos. Poco a poco los pasajeros bajaron y nosotros nos colocamos en la fila:

—¡Atrás!, ustedes no desembarcan —nos dijeron a Revueltas, a Paz y a mí.

¡Era una catástrofe! Bajaron los Gamboa y Pellicer. . . Samaniego tenía razón y nos quedamos en el barco vacío. Cuando anocheció sólo pensaba en Jonás, aunque no era lo mismo una ballena que un tiburón. Paz y Revueltas estaban resignados, el muelle vigilado por policías, ¡nada que hacer! Ya de noche vi atrás de la empalizada del muelle a Marinello y a Pepilla, su mujer, y bajé corriendo la escalerilla del barco, pero en el último escalón me detuvieron:

—No, chica, tú no bajas.

Discutí y un niño pobre se acercó corriendo y me en-

tregó un papel en las mismas narices de los policías: "Mañana pasaremos", había escrito Pepilla. Su promesa no nos consoló, teníamos hambre. ¡Caramba, qué mala suerte!. . . Yo no vería La Habana, tan querida por mi familia. Desde niña oí hablar de esa ciudad como de un pequeño paraíso. . . Subió un grupo de cubanos y unos me llevaron a la popa y otros se llevaron a Paz y a Revueltas. No podía imaginar lo que deseaban.

—Oye, chica, tú eres rusa. . .

—¡Vaya con la manía de que soy rusa! ¡Soy mexicana!

—¿Mexicana, chica? ¿Qué cosa es el mole de guajalote? —me preguntaron.

—¿Están de broma? ¡Ni siquiera saben que se dice GUAJOLOTE!. . .

Se miraron inquietos. "¿En dónde estarán Paz y Revueltas?", me preguntaba preocupada.

—¿Qué es el Zócalo? —preguntaron los cubanos.

Una voz potentísima atravesó la noche: "¡Esbirros!" Era Carlos Pellicer y los "esbirros" huyeron y buscamos a Paz y a Revueltas y se repitió la misma escena. No me consolaron las cocadas y los bocadillos que nos llevó Pellicer.

—Mañana vendrá el embajador Reyes Spíndola y bajarán a tierra —nos dijo Carlos. Reyes Spíndola había sido muy amigo del padre de Paz. Era muy noble de su parte molestarse por el hijo de un viejo amigo y su promesa nos consoló. Muy tarde, bajamos a nuestra cabina pegada a las máquinas del barco y el terror me paralizó: las maletas estaban abiertas y la propaganda que llevaba Paz, esparcida por el suelo: Pepe Díaz, el secretario del Partido Comunista español, "El Campesino", Líster, nos miraban desde sus tarjetas postales color sepia. "¿Por qué me habré casado con este tipo?", y me prometí alejarme para siempre de tanto peligro si salía con vida de Cuba y de sus tiburones. Lo peor era que no podía

decir que tenía miedo, pues Paz, muy tranquilo, recogía las tarjetas y los volantes para colocarlos otra vez en las maletas.

—¿No puedes ayudarme? —dijo enfadado.

No le ayudé. El calor y el miedo me tenían inmóvil.

—Oye, ¿sabes una cosa?, los comunistas están locos —le dije mirándolo tan ocupado.

¡Y era verdad! ¡Vaya secta de insensatos!. . . No dormimos.

Por la mañana se presentó el embajador, alto, elegante, cordial.

—Octavio, prométeme que estarán de vuelta a las siete de la noche —dijo muy serio.

—Lo prometo. . .

—El barco zarpa a las seis de la mañana y si los detienen no podré enterarme —nos explicó con gravedad. Íbamos en su autómovil, enorme, con un chofer muy serio, y la ciudad era esplendorosa. Un coche viejo nos seguía.

—¡Embajador!, déjenos en esta esquina —dijo Paz y saltó del auto casi en marcha. Yo lo seguí.

—¡Gracias! ¡Gracias, señor embajador! —le dijimos.

—¡A las siete! —nos gritó el embajador.

En el coche viejo que nos seguía venían Marinello, Pepilla, Carlos Rafael Rodríguez y su mujer.

—¡Camaradas!. . . ¡Camaradas! —y nos abrieron la portezuela muy contentos para darnos palmadas y besitos adentro del coche viejo. Luego nos echamos a reír y a reír y a reír. ¡Habíamos bajado del barco y estábamos en La Habana! Nada menos que en el Paseo del Prado, pulido como un salón de baile. En una esquina, una nevería preciosa nos recibió con sus mesitas de cubiertas de mármol y probamos los helados de guanábana, ¡tan famosos! El aire era tibio y perfumado. . . Cuba era dis-

tinta de todas las ciudades que habíamos visto, los camaradas eran muy alegres, todos hablaban al mismo tiempo, sólo Marinello era pausado.

—¡Vamos a pasear por La Habana!

Y nos llevaron por la ciudad llena de flores, de enredaderas, de bugambilias, de casas magníficas, de acantilados y de mar. ¡Qué lástima que a mi familia no se le hubiera ocurrido quedarse en Cuba! La Habana era la ciudad más bonita que había conocido y su gente la más fácil y la más guapa. . . ¡Mala suerte! Juan Marinello quiso llevarnos a ver desde afuera la Ciudad Militar que estaba terminando de construir Fulgencio Batista: campos amarillos y edificios modernos también amarillos. A mí me gustó, aunque a Marinello le disgustara. Pepilla tenía dientes muy bonitos y le gustaba reír. Carlos Rafael Rodríguez, al que habíamos conocido ese día, era un chico vivaracho y alegre, al que también le gustaba la risa. Se diría que le conocíamos de siempre. Noté que Marinello le daba trato de hijo predilecto. Fue Carlos Rafael el que propuso que cenáramos en el barrio antiguo, después de visitar a Juan Ramón Jiménez, que nos recibió en su casa, fresca, abierta al viento del mar, en su saloncito de piso de mármol. Juan Ramón estaba sentado en una mecedora de madera oscura, vestido de negro, con barba recortada muy negra. Tuve la impresión de que estaba desplazado, era como ver un Greco en una playa llena de sol. El poeta me dejó muy sorprendida. ¡Era tan pálido y gozaba de tan buenas maneras! Nunca olvidé su imagen, ni su voz tranquila, lejana.

Antes de ir a cenar, recogimos a Carlos Pellicer en la heladería del Paseo del Prado. A Carlos le fascinaban las guanábanas: "Fruto que encierra toda la magnificencia del trópico", dijo con voz tonante. Después buscamos a los Gamboa y nos fuimos al restaurante propuesto por

Carlos Rafael, ya que los cubanos querían festejar a los camaradas mexicanos. . .

En la mesa, los Gamboa hablaron del inevitable Prestes, de Getúlio Vargas, y de Machado, no de Antonio, sino del otro, del ex presidente de Cuba. Yo observaba a la gente de las otras mesas y a las que pasaban por las arcadas.

—¡Qué gente tan guapa!. . . —dije admirada y todos estuvieron de acuerdo conmigo. La mujer de Carlos Rafael se dio cuenta de mi ignorancia política, pero no le importó, dije que los comunistas cubanos eran más fáciles de llevar. . . y me gustaron.

—Hay que volver al barco a las siete —dije, cuando vi que eran las dos de la mañana y que hacía ya mucho que los Gamboa y Pellicer se habían retirado, mientras nosotros seguíamos charlando con los cubanos.

—¿Y el embajador? —pregunté una hora después y todos nos echamos a reír.

Después vinieron las despedidas.

—¡Chicos, vuelvan a Cuba! —nos repetían mientras nos llevaban al muelle. Triste despedida. Ellos se quedaron fuera y nosotros lo cruzamos de una carrera, asustadísimos por la desobediencia, la oscuridad y los tiburones. Subimos al "Orinoco" ya apagado.

Unos días después, por la tarde, llegamos a Veracruz. En el muelle, cargada con una cámara alemana al cuello, que era de Pellicer, me hundí en un agujero, pues las tablas estaban rotas. Carlos calculó bien, los aduaneros no se fijaron en el aparato de fotografía y él no pagó derechos. Formado en el muelle, con cartelones, había un sindicato que le daba la bienvenida a alguien que no supe quién era. . . ¡Qué diferencia con los muelles giratorios de La Habana!

Todos tomaron esa noche el tren para México. Todos, menos Revueltas, Paz y yo, que no teníamos dinero para pagar los billetes, ni el hotel. Paz le telegrafió a su madre y al día siguiente nos metimos los tres en un vagón de tercera, en donde apenas encontramos asientos, ya que iba lleno de campesinos que viajaban con sus pollos, sus cabritos, sus guajolotes y sus verduras para venderlos en la ciudad. Los asientos eran de madera, el vagón muy sucio y el viaje muy cansado por la aglomeración de gentes y de animales. Íbamos muy sucios, calculamos la entrada a México y nos pusimos lo más limpios y elegantes que pudimos, pues sabíamos que la familia en masa se encontraría en la estación. El tren se detuvo. Ya habíamos llegado. Pero el tren era muy largo y desde la ventanilla no vimos a nadie.

—¡Bájate! ¡Alcánzalos, se van a ir! —me ordenó Paz, que luchaba por una salida entre las jaulas de pollos, las verduras, los guajolotes y los campesinos que llevaban en brazos a sus cabritos. Me bajé y, en efecto, la enorme familia ya iba de salida, pues al no vernos bajar de primera clase, creyeron que no llegábamos en ese tren. Alcancé a los familiares de una carrera.

—¡No los vimos! —exclamaron sorprendidos mis padres, mis hermanos, mi suegra, mis tías, mis primos.

Vi que Revueltas se escabullía entre la gente y que ganaba la salida. Paz, en cambio, venía entre todos los campesinos cargando las maletas, en un estruendo de cacareos y ruidos de huacales.

—¡Ya lo sabía!. . . Ya lo sabía. . . que iban a llegar en tercera. ¡Cuántas tonterías hace este hijo mío!. . . —suspiró Pepita, la madre de Octavio, que muy elegante, vestida de negro y con sus dormilonas de diamantes, estaba guapísima y enojadísima. . .

compuesto en baskerville 11/13
por schussheim y asociados, s.c.
impreso en editorial melo, s.a.
av. año de juárez 226 local - d - col. granjas san antonio
del. iztapalapa - 09070 méxico, d.f.
cinco mil ejemplares y sobrantes para reposición
28 de octubre de 1992

Elena Garro nació en Puebla en 1920. En 1937, acompañando a Octavio Paz, con quien estaba casada, y a algunos intelectuales mexicanos pertenecientes a la LEAR (Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios): José Mancisidor, Juan de la Cabada, Fernando Gamboa, José Chávez Morado, Silvestre Revueltas, Carlos Pellicer, María Luisa Vera y Susana Gamboa, estuvo unos meses en España con motivo del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Las peripecias de ese viaje, las luchas en los diversos frentes en plena guerra civil española, el encuentro con David Alfaro Siqueiros, las relaciones y amistades con poetas y escritores españoles —muchos de ellos exiliados después en México— conforman un vívido y sabroso relato, muy personal, de aquellos años.

Autora de obras de teatro, recibió el Premio Villaurrutia (1963) por su novela *Los recuerdos del porvenir*, traducida a varios idiomas.

ISBN 968-23-1827-0

siglo